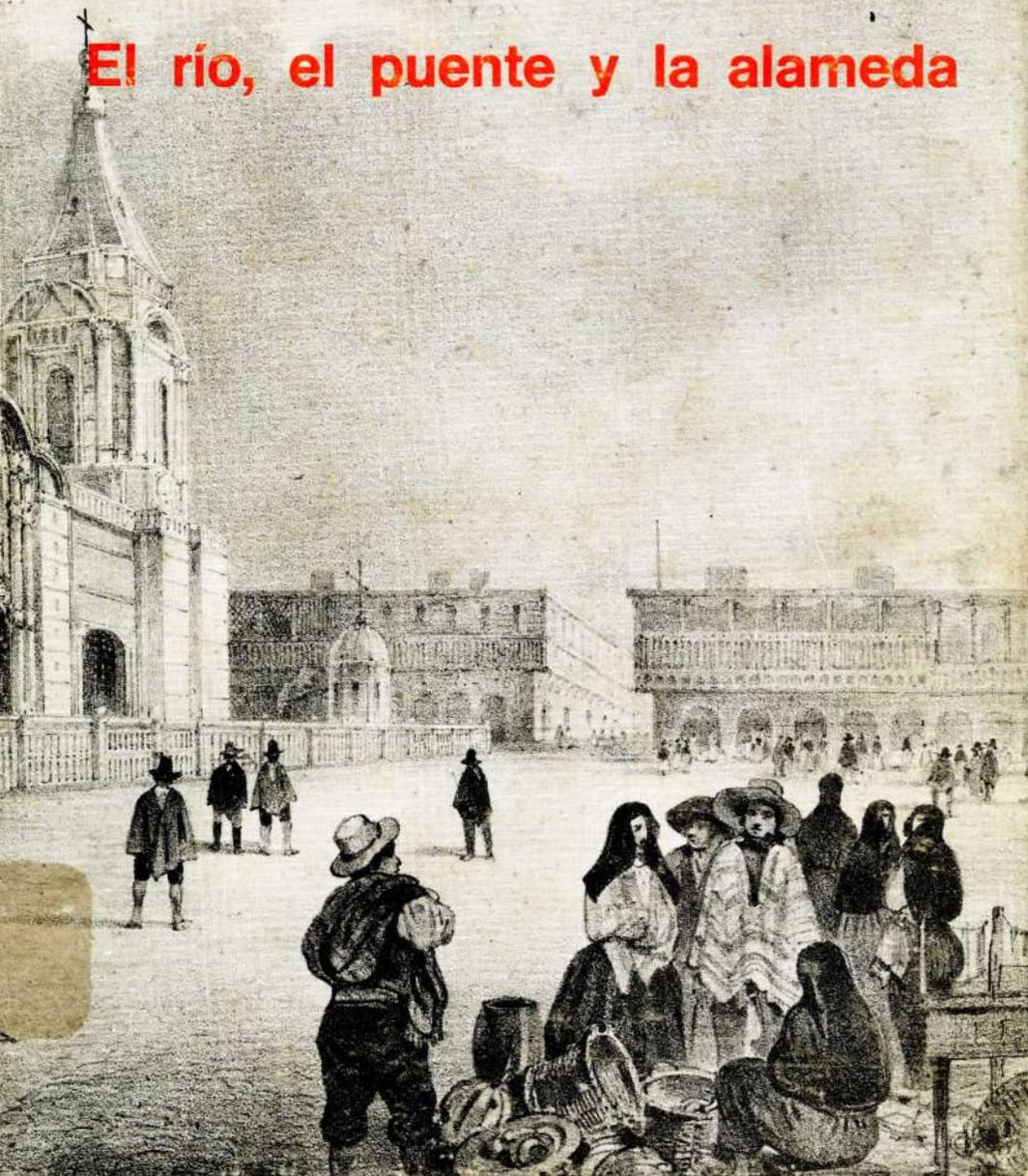


RAUL PORRAS BARRENECHEA

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE LIMA

El río, el puente y la alameda





PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE LIMA

RAUL PORRAS BARRENECHEA

DONATIVO

VALENTÍN PANIAGUA CORAZAO-2008

REVERENDADO NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
BIBLIOTECA CENTRAL

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE LIMA

El Río, el Puente y la Alameda

L I M A

1 9 6 5

22/04/08

INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA

Escuela de Altos Estudios y de Investigaciones Peruanistas

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

© Instituto Raúl Porras Barrenechea - Colina 398, Miraflores - Lima-Perú

En esta segunda edición, que reproduce el texto completo de la primera, publicada en Madrid, en 1935, en la Imprenta de Galo Sáez, se incluye, además, el trabajo "El río, el puente y la alameda", texto de la conferencia sustentada en la Galería de Lima, el 17 de Abril de 1953.



Rail Thomas.

—

PRESENTACION Y AUTOCENSURA

Esta Antología se publica en homenaje al IV centenario de Lima, que se celebra el 18 de enero de 1935. "La Ciudad de Los Reyes" la llamaron hace cuatro siglos—creyendo en la eternidad de lo percedero—, pero hoy es sólo Lima. La ciudad—ya lo sabéis— la fundaron en colaboración don Francisco Pizarro y don Ricardo Palma.

Lima (para no tener que abrir el Diccionario), en la costa occidental del Pacífico, a los 12° de latitud Sur y a los x grados de longitud de cualquier meridiano, la ciudad del chupe y de la mazamorra, de las tapadas y de las calesas, del puente, del río y de la alameda.

Las ciudades existen, no sólo en la geografía, sino en el espíritu. Para conocer Lima no basta visitar la catedral o el Country Club, ver las momias del Museo Arqueológico o la momia de Pizarro. Precísase también de un itinerario espiritual que lleve al viajero a darse con el alma misma de la ciudad, sin ubicación material. Hay que encontrarse con la huachafa en la Procesión del Señor de los Milagros, asistir a una jarana con guitarra y cajón abajo del Puente, saborear los dulces de las monjas de la Encarnación, las nueces del nogal del monasterio de Prado y el turrón de ñoña Pepa, cortarse el pelo en una peluquería japonesa, pa-

searse por el jirón de la Unión: comer en el Ton Pono en el Café Blanco del Callao, oír gritar en una esquina a don Pedro sobre toros y política, asistir a una asamblea universitaria o a la salida de misa de San Pedro y, si es posible, tener—como Paul Morand—una aventura con la Perricholi. En otro orden de cosas, hay que haber presenciado bailar una marinera, haber recorrido con la vista las estampas de la Lima de Fuentes o haber leído alguna de las Tradiciones Peruanas.

El alma de Lima ha sido sorprendida principalmente por algunos viajeros aguzados. Havelock Ellis, el célebre sexólogo, autor de *El alma de España*, cuenta que fué en Lima, donde desembarcó siendo niño, y ante el aspecto hispanomorisco de sus balcones y callejas, que se prendó para siempre del alma de las ciudades españolas. Radiguet declaraba en 1843 que para conocer lo que hay “de gracia inimitable” y de “gozosa animación” en la vida limeña había que asistir a una tertulia o ser recibido en el seno hospitalario de un hogar limeño. Monnier, coincidiendo con algunos limeños viejos, apuntaba que había que recorrer Lima después de anochecer, para ver surgir de las sombras de algunas calles dormidas personajes de la conquista y figuras del Romancero. Lima es la única ciudad en la costa occidental del Pacífico, agregaba que no es simplemente una aglomeración de casas, sino que posee lo que les falta a otras ciudades, “la poesía de los viejos recuerdos, la personalidad viviente que el tiempo da a las cosas”. Rubén Darío sintetizó: “Santiago es la fuerza. Lima es la gracia”. Y Rafael Heliodoro Valle: “ciudad de luz, de niebla y de rocío”.

La mayor parte de los viajeros vió la ciudad por fuera. Los de la época colonial describieron todos la Plaza, la Catedral y el Palacio, contaron los leones de bron-

ce de la pila y el número de los conventos, sintieron un temblor de tierra, describieron a las tapadas y fueron de paseo hasta la Alameda. Los que vinieron crecida la República, hablan de la carretera del Callao, del ferrocarril, de los montoneros, de los cafés de los portales, de los Te Deum y los pronunciamientos; conversaron con el caudillo en auge y siguieron a las tapadas que perduraban. Unos y otros no han podido evitar una cuchufleta ante el esqueleto de Pizarro ni un madrigal para las limeñas, y todos se han sentido en la obligación de describir una corrida de toros.

Los viajeros modernos visitan el Palacio Torre Tagle, el mercado, San Francisco, la Universidad de San Marcos, la presunta quinta de la Perricholi, el Museo Arqueológico, la higuera y la tumba de Pizarro. De ellos sólo se trae aquí las impresiones de Waldo Frank, Paul Morand y García Sanchiz, dado el carácter principalmente retrospectivo de esta Antología.

El alma de la ciudad no está en esas descripciones de Baedeker o réplicas de Merimée o Gautier. La hallamos, inesperadamente, en otros trozos con sabor a confianza: en la impresión de Lizárraga de la salve cantada a las seis de la tarde, en el siglo XVI, en el monasterio de la Encarnación; en el encanto campesino de la Lima de Cobo, llena de árboles frutales, fragancia de enredaderas y con sus molinos a la vera del río; en la impresión de cuál ignoto viajero en la paz conventual de San Francisco; en la descripción de Radiguet del instante de silencio y recogimiento de los limeños, de la mística suspensión de todo movimiento, al toque del Avemaría, al crepúsculo, sobre el Puente de Lima; en la sensación de Monnier al anochecer en las calles limeñas. Otros viajeros nos dan el apunte de un momento histórico emocionante: Stevenson, el del día del sa-

queo del local de la Inquisición en Lima; Basilio Hall, el de la proclamación de la independencia por San Martín el día 28 de julio de 1821; de Petit Thouars, la sensación de la resistencia limeña a la Presidencia boliviana de Santa Cruz, en los días de la Confederación; Radiguet, la del pronunciamiento de Elías contra Vivanco en 1844; diversos viajeros, la del de los hermanos Gutiérrez en 1872, y Monnier, la triste impresión de la ciudad después de la invasión chilena.

Al lado de los viajeros, los limeños, para dar el alma de Lima, desde Cobo, viajero limeñizado, hasta Palma, el creador de la leyenda de la ciudad, recayendo en los más insignes limeñistas o evocadores de ella: Caviedes, Felipe Pardo y Aliaga, Segura, Chocano, Riva Agüero, José Gálvez, Ventura García Calderón, los Lavalle, Luis Fernán Cisneros, Sánchez, Basadre, Leguía. Es ésta, por desgracia, una Antología incompleta. La lejanía de Lima ha impedido obtener páginas de todos los escritores representativos, insertas en libros o periódicos que, a fuer de limeños, sólo en Lima se consiguen. Faltan particularmente en esta colección, en omisión que no puede dejar de explicarse, algunos de los más alquitarados cronistas de la ciudad, como Cabotin (Enrique A. Carrillo) y Gastón Roger (Ezequiel Balarezo Pinillos); el primero, alado cronista de Viendo pasar las cosas, y el segundo, el periodista cordial de la Perspectiva diaria y el fino artífice de La Ciudad evocadora. Faltan también, aunque figure su nombre poético, las crónicas de Gálvez, el cronista de Una Lima que se va, el Répide limeño, y de su moderno continuador, el imberbe Pedro Benvenuto Murrieta, que sabe los secretos de todos los viejos barrios. La Lima de los gallinazos y de las huachafas reclama con derecho los limeñísimos apuntes de Valdelomar y Angela

Ramos y los de Fausto Gastañeta, fundador de la casa madre de todas las huachafas de Lima: el respetable hogar de doña Caro y de sus hijas Zoraida y Etelevina, musas del Chirimoyo. Faltan artículos de Segura, versos de Cisneros, Yerovi y Velarde, recuerdos de Portal, la prosa con "sabor de anticucho" del Tunante o de Cloamón, o del trashumante diputado por Amancaes don Apapucio Corrales (Clemente Palma); crónicas limeñas de Clovis, de Mejía, de Clodoaldo, de Mariategui. De los escritores viejos faltan también a la cita Calancha y los cronistas conventuales, Mugaburu, Peralta, Echave y Assu, Córdova y Urrutia, Unánue y, más tarde, Manuel Atanasio Fuentes, el autor del libro y álbum más divulgado sobre Lima; Pablo Patrón, Lavalle—el pulcro y aristocrático licenciado Perpetuo Antañón—, Mendiburu, con sus apuntes históricos; Juan de Arona y otros.

Falta también una categoría de testigos del más alto valor para la caracterización de Lima. Es la que podríamos llamar la casta de sus detractores o censores apasionados. Ellos han contribuído en parte a modelar el juicio sobre nuestra ciudad, a apabullar la hinchazón de ciertas hipótesis y descubrir defectos tan significativos como muchas cualidades. Su irritación y su exaltación son un homenaje a la inversa, que no excluye, sino que prueba su exaltado limeñismo. Alguna vez se ha dicho que esas diatribas apasionadas no son en el fondo sino una forma militante del amor. De aquéllos sólo figura aquí Terralla y Landa, único que he tenido al alcance. Debieran figurar trozos lapidarios de González Prada—uno de los más grandes limeños—y de Federico More, en contra de Lima. Y, haciéndoles coro, Groussac, el viajero malhumorado, y el indio Concolorcorvo, entre los más ilustres.

En una Antología completa de Lima—que el Municipio debiera propiciar—no podrían faltar tampoco grabados antiguos de la ciudad, estampas de la Lima de Fuentes o de la de Goyzueta, retratos de mujeres y reproducciones de Pancho Fierro, ese zambo guasón de las acuarelas que todavía se ríe de la Lima de 1850. Del rico acervo artístico de Lima sólo figuran aquí dos representativos: el gran pintor Ignacio Merino, con alguno de sus apuntes de la Lima de 1850, y el finísimo artista, de la mejor cepa limeña, Jorge Holguín y Lavalle.

Tales omisiones no invalidan el interés de estas páginas, de las mejores escritas sobre Lima, con excepción de las del recopilador. Hay entre ellas testimonios de viajeros traducidos por primera vez al español, y trozos del más alto valor literario.

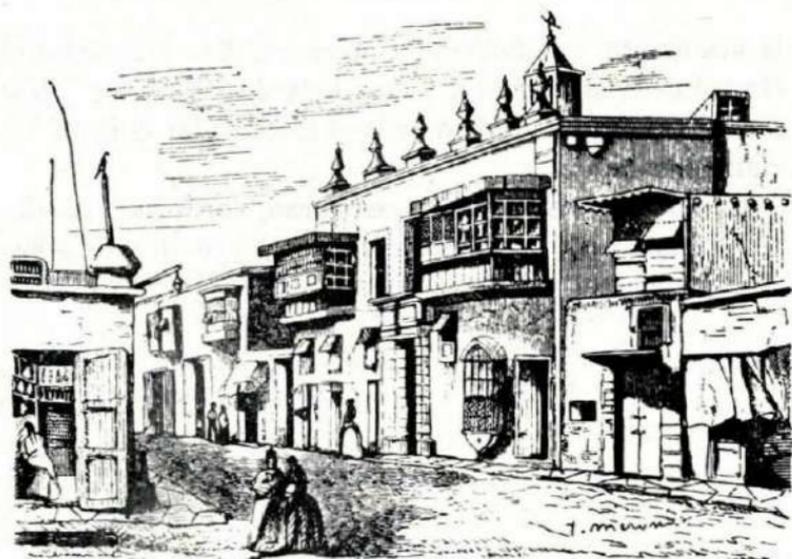
Esta Antología es, con todo, tan sólo la insinuación de un libro.

R. P. B.

Madrid, 1935.

PERSPECTIVA Y PANORAMA
DE LIMA





PERSPECTIVA Y PANORAMA DE LIMA

POR

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

POSICIÓN Y CLIMA

“Lima, quien no te ve no te estima”, dice una mimosa frase proverbial. Frase nacida al conjuro de la historia, envanecida con la prestancia del heroico fundador, con su opulencia de ciudad colonial, blasonada por los reyes y ufana de la plata de sus templos y mansiones, con su prodominio indiano de primera y única capital del virreinato austral, arquidiócesis eclesiástica, metrópoli universitaria y sede central del comercio y de

la académica y soñolienta cultura criolla. "La primera ciudad de Sudamérica y la segunda de España, si no lo era más todavía", dijo de ella el historiador chileno Vicuña Mackenna.

Geógrafos y astrónomos aseguran, con pequeñas discrepancias, que Lima está situada a 150 metros sobre el nivel del mar y a los 12° 2' 50" de latitud Sur y 77° 5' de longitud Oeste del meridiano de Greenwich. Esto no sirve tanto para identificar la situación de la ciudad como para deducir de esa posición el clima que ella goza. Ha sido tradición afirmar que ese clima era de una benignidad celeste. Don Hipólito Unánue lo decía ya en 1799, en su obra sobre *El clima de Lima*. La ciudad contó siempre entre sus prerrogativas ilustres, a la par de sus coronas reales y de sus privilegios virreïnaticios, este don amable de gozar de "una eterna y continuada primavera". Ni calores excesivos, ni fríos intensos, ni lluvias abundantes. Resguardada por el Norte y el Oriente por ramales de los Andes, y refrescada por el Occidente y el Sur por vientos húmedos y nebulosos, ninguna brusca transición atmosférica interrumpe la languidez de su reposo. Tres o cuatro veces, en 1552, en 1720, en 1747 y en 1803, se ha oído retumbar el trueno en su contorno y brillar los relámpagos. Pero es tan anormal e inusitado el fenómeno, que, leído en las historias por los limeños de hoy, parece cuento.

LA GARÚA Y LOS TEMBLORES

No quiere decir todo esto que la ciudad no tenga sus meteoros distintivos. Sus originalidades climatológicas son la garúa y los temblores. Ambos definen momentos de la ciudad y deciden matices psicológicos del alma

limeña. Nada más análogo al ingenio criollo, por superficial, por menudo y hasta por inconstante, que ese rocío intermitente de nuestros inviernos que se desliza finamente por el harnero celeste, y que, con una ironía muy frecuente, inunda las calles, traspasa los techos y empapa a transeuntes, a quienes se ha inculcado previamente la inutilidad del paraguas. Lá garúa, la inofensiva "mollizna", como la llaman los científicos, crea y decora uno de los aspectos vespertinos más propios de la ciudad. Pocas horas más limeñas que esa de las seis de la tarde, de bullicio en los jirones centrales, de honda y crepuscular melancolía en los paseos abandonados. La garúa desciende entonces con una gracia leve y presurosa, arropa las casas con un gorro de neblina y se desliza entre el trajín urbano, hasta que pinta un húmedo brillo en los asfaltos, engarza algunas cuentas de cristal en los alambres telefónicos, estruja el diario de algún lector callejero, amontona junto a las aceras un copioso fango municipal y se disipa, después de haber alucinado a unos cuantos extranjerizantes con su picaresca e insidiosa comedia invernal. Tan genuinos como la garúa son los temblores. El temblor sustituye adecuadamente a la tempestad, espectáculo demasiado trágico y solemne para el ligero espíritu criollo. Algo de la bufa alma limeña hay, en cambio, en el fenómeno sísmico. Si la garúa es irónica, el temblor parece una broma de algún oculto dios subterráneo. Broma que, a veces, muy pocas, se convirtió en tragedia, única forma, por otra parte, de conservar el terrorífico prestigio de la burla. Pocas visiones, en efecto, más cómicas y capitolinias que la del temblor. Con el "cierrapuertas" podría formar la tragicomedia del susto criollo. Nada más abigarrado, ni más risueño, que ese despavorido conjunto que irrumpe en el cuadro callejero, entre las

cogitaciones del miedo, exhibiendo las más jocosas e inesperadas disonancias de la indumentaria y de la actitud. Pero no sólo como espectáculo es típico el temblor. Descubre también debilidades del ánimo criollo. Así como el cierrapuertas provoca, aun en los más intransigentes y callejeros conspiradores de palabra, una inminente nostalgia hogareña y la más repentina adhesión al orden público, el temblor devuelve la fe a escépticos e indiferentes y despierta súbitamente en todos los corazones un fervor medroso y una piedad contrita y pusilánime.

A falta de rayos, truenos y lluvias torrenciales, la ciudad era intermitentemente sacudida por los temblores, y fué destruída totalmente por los terremotos en 1606, en 1687 y en 1746. El clima modelaba la molicie, la indolencia y el escepticismo limeños, esa ociosidad de maledicencia y chascarrillo que todavía perdura; pero las bruscas sacudidas terráqueas restauraban, para satisfacción del inglés Buckle, el prestigio absorbente de la fe, la ciega adhesión a Dios y el ideal ascético de la estirpe castellana. ¡Castizos colaboradores de la Inquisición fueron los temblores! Cada vez que la ciudad se apartaba del rígido ejercicio espiritual, aparecía en la Plaza Mayor algún fraile penitente, que podía ser Fray Francisco Solano, el amansador de toros salvajes en el Tucumán, con los brazos alzados al cielo y el sayal desgarrado, anunciando la destrucción de la Nínive pecadora.

Todo aquello se halla hoy olvidado, y hasta la geografía parece urgida de renovación. Wilde se habría encantado al hallar la comprobación de su paradoja contra Montesquieu: es el clima el que se modifica por los hombres y la civilización. La modernización de Lima ha coincidido con apreciables cambios climatológicos. No

se sabe bien si los veranos son más ardientes y los inviernos más fríos, pero las playas de moda: Ancón, la Punta, la Herradura, Chorrillos, aumentan considerablemente su población y su *confort*, y el invierno se hace duro para los limeños y limeñas de hoy, sin ropa de lana y sin pieles caras. Chosica, en las estribaciones de la cordillera, a una hora de tren o de automóvil, atrae, en busca de unas horas de sol, a todos los hostigados por la húmeda niebla limeña. Los hombres de ciencia comprueban, simultáneamente a la instalación de chimeneas y aparatos de calefacción en algunas casas, el alejamiento de nuestras costas de la cálida corriente del Niño, compensadora de las frialdades aportadas por la corriente polar de Humboldt. La antigua e insignificante garúa limeña, que casi no merecía a nuestros antepasados el nombre de lluvia, inunda ahora las pistas de asfalto, con derroche tropical. La ciudad parece haber olvidado también el azote de los temblores, y, en prueba de moderna incredulidad, hasta el arzobispo ha construído una casa de cinco pisos. Tan sólo como un rezago, como una superstición que se aferra a lo pintoresco para no desaparecer, recorre aún la ciudad, en el mes de octubre, la procesión del Señor de los Milagros. Procesión ésta de mantos violetas, durante la cual parece haberse derramado por las calles un frasco de tinta morada, pero que no es ya la urgencia de pedir a Dios la mitigación de los males, sino tan sólo la ocasión de escoltar a las limeñas, místicamente ataviadas de mantilla, y de comer turrones, conforme al clásico calendario gastronómico de Lima.

Felizmente, garúa y temblores, al fin limeños, no son tenaces. Las lluvias duran de abril hasta octubre, dicen los meteorologistas, y los temblores sobrevienen a la entrada de la primavera y del estío. Lo que no impide que

llueva a veces en enero y que haya temblores en junio. Nuestra indisciplina comienza por la meteorología.

EL CERRO Y EL RÍO

Mejor que los paralelos y los meridianos, determinan la posición de Lima dos fáciles accidentes geográficos: el Rimac y el San Cristóbal; los dos, testigos inmemoriales del auge limeño. Río y cerro que tienen tradición y leyenda y que viven indisolublemente unidos a la historia de la ciudad. Una sublevación de indios, en tiempos de la conquista, fué dominada el día de San Cristóbal, y dió nombre cristiano y castizo al montículo; en cambio, el nombre de Rimac es voz indígena que significa "el que habla" denominación la más apropiada para el canal que distribuye las aguas a la ciudad murmuradora y parlante. Distinción ésta que trasciende de la nomenclatura y parece encarnar en las cosas. Así, el cerro se yergue al Norte de la ciudad, vigilante y altanero como un hidalgo castellano, ostentando la católica cruz sobre la cima. El río, en cambio, humilde y sinuoso como el alma del indio, es un expoliado que se arrastra repitiendo una queja que habrá de convertirse en rugido en algunos de los periódicos desbordes de su cauce. Nada debe la población al cerro árido e indiferente, en tanto que el río, sometido y canalizado, riega y fecunda con infatigable energía los campos que rodean a la ciudad y abastece a ésta de agua y de fuerza motriz. Y es tan diverso el destino de uno y otro, que al cerro inofensivo llegóse a atribuir entrañas de volcán, en tanto que al río tormentoso se le hurtan zonas de su cauce, y hay limeños que, ante la escasez de vo-

lumen de sus aguas, sonríen de que se hayan tendido puentes para vadear aquella líquida ironía.

FUNDACIÓN DE LA CIUDAD

El predominio limeño no fué una imposición de la naturaleza ni de la historia. Se confabularon para crearlo la obra feliz del azar y el capricho del conquistador voluntarioso. El humilde valle, por cuyo fondo corre el riachuelo del Rimac, no era, geográficamente, la capital de la exuberante región en que se levantan los Andes colosales y por la que corre el río más grande del universo. No lo era tampoco por el prestigio de la tradición. El señorío de Cuismanco, con los fértiles valles de Pachacamac y del Rimac y sus ídolos triviales, fué uno de los que más dócilmente aceptó la denominación de los Hijos del Sol, cuando Pachacutec descendió del Collao legendario. Entre sus más humildes vasallos, el Inka no habría reparado en el cacique del Rimac. De las áridas y ardientes tierras de esta sección de los Yungas no había surgido ninguna contribución original a la cultura del Imperio. El culto rendido a Pachacamac, Hacedor y sustentador del Universo, era de origen incaico. La civilización material, la organización política y social, así como los grandes guerreros y los legisladores pacíficos, habían hecho su aparición junto a la meseta en que duerme el lago sagrado y ancestral. El Cuzco era, por la antonomasia de su esplendor y de su historia, la sede del apogeo solar, "el ombligo" del Imperio y del mundo...

La fundación de Lima fué obra del azar, si no de la equivocación, y su prosperidad, consecuencia de la buena fortuna de su fundador. Al avanzar Francisco Pi-

zarro de Cajamarca hacia el Cuzco, después de haber ejecutado a Atahualpa, considerando que se alejaba mucho de la ciudad de San Miguel de Piura, la primera que fundara en las cercanías de su desembarco, se decidió a establecer una población que sirviera de centro a sus conquistas, para lo cual escogió el valle de Jauja, en la cordillera, junto al pueblo indígena de Atun-jauja. Pero los vecinos alegaron a poco razones paradójicas para pedir a Pizarro que trasladara la ciudad a los llanos. El valle de Jauja, considerado hoy por su feracidad y por la bondad de su clima como el granero y el sanatorio de nuestra capital, fué tachado por los descontentadizos vecinos de estéril e insalubre. El valle era frío y de muchas nieves, y no se podían "criar puercos, ni yeguas ni aves, por razón de las muchas frialdades y esterilidad de la tierra", según representó el Cabildo a Pizarro. Añadíase a estas desventajas la falta de madera para construcciones y leña y la distancia de la mar. Pizarro, atendiendo a estas razones, decidió el traslado de la ciudad a la costa, y nombró desde Pachacámac a Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de don Benito, quienes tenían la experiencia necesaria, por haberse hallado en anteriores fundaciones de pueblos, para que buscasen y se informasen en la comarca del Rimac el lugar donde pudiera asentarse cómodamente un pueblo.

Los comisionados de Pizarro hallaron y eligieron el asiento actual de la ciudad, en el que había un pequeño caserío de indios, y el que juzgaron lugar "sano y airoso", con muy buenas salidas y tierras para labrar y abundancia de leña. El gobernador aprobó la elección de sus enviados, por cuanto él había visto y paseado ciertas veces la tierra del dicho cacique de Lima, y junto al río y "contiene en sí las calidades susodichas que se requie-

ran tener los pueblos y ciudades para que se pueblen y ennoblezcan y se perpetúen y estén bien situados". Escogido así el asiento de la futura capital del Perú, a la que se dió el nombre de Ciudad de los Reyes, en honor de los monarcas españoles según unos, o en recuerdo del día de la Epifanía, en que se halló el sitio de la ciudad, según otros, Pizarro procedió a fundar Lima, lo que hizo con las proverbiales solemnidades el 18 de enero de 1535.

Sin ofender los títulos que después adquirió, y sin hacer agravio a su tradición ya venerable, debe decirse que la capital fundada por Pizarro fué, en aquellos días del apogeo del Cuzco, de Cajamarca y de Quito, una ciudad advenediza, la hija y la heredera afortunada de aquel audaz aventurero. Su subsistencia y su grandeza estuvieron ligadas inicialmente a la buena suerte de su fundador. Si Pizarro hubiera sido derrotado en la batalla de las Salinas, Lima se hubiera quedado en cimientos, y todo el oro y el prestigio del Virreinato hubieran servido para engrandecer y hermohear la ciudad de Almagro, que el compañero y rival de Pizarro comenzaba a levantar en las inmediaciones de Chíncha, para que fuera émula de la naciente villa del Rimac.

Triunfador Pizarro, Lima fué la capital de su gobierno, cabeza del Virreinato y de toda Sudamérica. Los Reyes hispanos la colmaron de títulos y blasones. En tres siglos de coloniaje y de hipérbole señorial, la ciudad criolla llegó a creer en la nobleza de su linaje, a medida que se desvanecía la memoria del cuidador de cerdos que la fundara. La independencia consolidó esa primacía limeña y asentó la conciencia capitalina de la ciudad. En cien años de República, la organización política, la imperiosa dirección espiritual ejercida por Lima, la centralización de todas las actividades del comercio,

de la agricultura y de la industria que hacia ella convergen, han consumado la decisión del arbitrario conquistador. Lima es hoy, por su población, por su extensión y por su cultura, la primera ciudad del Perú, su capital indiscutible, la cifra y la síntesis de nuestra República heterogénea.

LIMA PRIMITIVA

Sobre la banda izquierda del Rimac asentó Pizarro la ciudad, dándole, según refieren los cronistas y aparece en los antiguos planos, una forma triangular, cuya base se recuesta en el río, dejando entre éste y los primeros edificios un espacio de cien pasos, que fué reservado para ejido.

Pizarro mismo, acompañado por los primeros cabildantes, trazó con la espada hazañosa de la isla del Gallo su cuadrilátero histórico, y presintiendo en toda su genialidad vidente de fundador el torrente de vida y de pasión que habría de albergar esa concavidad, batiéndose y estrellándose entre sus lados, como mar prisionero, instaló en tres de los frentes de la Plaza, como infranqueables muros de su época, el Palacio del Gobernador, la Catedral y el Cabildo. Dios, el Rey y el Pueblo, los tres grandes protagonistas en el drama español del siglo XVI, fueron así los testigos citados por Pizarro para presidir el destino de la ciudad y para asistir a la aventura de su historia como eternas e impasibles cariátides.

El área de la ciudad fué seccionada, como un tablero de ajedrez, en 117 islas o cuadras. Cada manzana, de 15.687 metros, fué dividida en cuatro solares. Las calles, anchas y derechas, y orientadas del Sudeste al Noroeste, consultaban el que a toda hora del día hubiese

una acera en la sombra, al mismo tiempo que los vientos alisios, que soplan constantemente del lado Sur, incidiesen de un modo oblicuo, para procurar una moderada circulación del aire. Esta sabia disposición de las calles que el marqués adoptó, con los consejos de los "artífices y personas de mejor discurso", permitía ver el campo desde la Plaza Mayor, y en lontananza el mar. La historia ha transmitido los nombres de los que acompañaron a Pizarro en la fundación, los que, contándole a él, fueron trece, como los que le siguieron en la isla del Gallo. Era ése, por lo visto, el número de su fortuna y de su gloria. Los nombres de los penates limeños fueron: Nicolás de Ribera, el Viejo, y Juan Tello, los dos primeros alcaldes; Alonso Riquelme, tesorero; García de Salcedo, veedor; Nicolás de Ribera, el joven; Rodrigo de Mazuelas, Ruiz Díaz, Alonso Martín de don Benito, Cristóbal Palomino, Diego de Agüero, Antonio Picado, secretario del Gobernador, y Alonso Tinoco, que fué el primer cura que hubo en Lima.

Se agregaron a los fundadores treinta españoles que vinieron de San Gayán y veinticinco indios de Jauja. A estos primeros vecinos se les repartió solares, por los que tenían que pagar, a falta de moneda, un censo de gallinas, disposición que se modificó cinco años después.

Trazada así y repartida el área, la villa naciente fué creciendo y poblándose con urgencias de vida y de grandeza. Largo sería detallar el lento surgimiento de la ciudad, a la que sus primeros pobladores infundieron la recia alma castellana del siglo XVI. Recogida, silente, menesterosa y austera, fué la Lima de los días previrreinales. A falta de las riquezas, que la cornucopia de la fortuna no derramaba aún sobre su propio suelo, sino que las depositaba en la comba potente de los galeones, le sobraron desde su cuna honores y blasones. Para su

escudo nobiliario le otorgó la magnanimidad de Carlos V, en 1537, coronas que eran el símbolo de la realeza, columnas que representaban su inquebrantable lealtad y una estrella para presidir su destino fulgurante. Se la motejó también heráldicamente como "la muy noble, muy insigne y muy leal ciudad de los Reyes del Perú".

Durante su primera centuria, la ancha y silente ciudad fué creciendo alrededor de la Plaza Mayor. Sin fausto y sin vanidad fueron levantándose las humildes fachadas de las casas. Los edificios, de un solo piso, eran de ruin fábrica, según lo relata el Padre Cobo, "cubiertos de esteras, tejidas de carrizos, y madera tosca de mangles, y con poca majestad y primor en las portadas y patios, aunque muy grandes y capaces". En lo único en que la ciudad ponía singular empeño era en la fábrica de los templos. La piedad hacía surgir sin descanso nuevas iglesias y alzarse cada año alguna torre desde la cual llamar con el tañido ~~de una campana~~ más a la oración incesante. El mismo Pizarro había dado comienzo a la fundación, poniendo "por sus manos la primera piedra y los primeros maderos" de la iglesia que había de ser poco después la catedral de Lima, y la que fué colocada bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Hernando Pizarro hizo construir a poco el convento y la iglesia de la Merced. Surgieron en seguida San Francisco, en 1535; la capilla de la Veracruz, dotada por el mismo Pizarro, en 1540; el Sagrario, en 1541; Santo Domingo, en 1549; Santa Ana, en 1550; la admirable iglesia de San Agustín, en 1551; la Encarnación, en 1558; la Caridad, en 1559; San Sebastián, en 1561; San Lázaro, en 1563; la Concepción, en 1573; la Trinidad, en 1580; la iglesia de Santa Clara, a la que Santo Toribio hizo el regalo de

su corazón, en 1596; San Carlos, en 1597; San Pedro y San Pablo, en 1598; las Descalzas, en 1603, y la Recoleta Dominica, en 1606.

El convento de San Francisco, dirá más tarde un hiperbólico viajero francés, ocupaba la octava parte de la ciudad. El área de los templos era superior a la de todos los edificios públicos reunidos, a pesar de que en 1562 la población había comenzado a extenderse al otro lado del río, en el barrio de San Lázaro, y de que en 1571 se había fundado para residencia de los indígenas el Cercado, rodeado de un alto muro.

La ciudad carecía entre tanto de palacios y de paseos. La residencia virreinal tenía por frontispicios los inmundos tenduchos llamados "cajones de ribera", y la Plaza Mayor, la única de la ciudad, servía al mismo tiempo de mercado o "tianguéz", como se decía en la época, de atrio de "mercachifles, escribanos y sacristanes (eran en la plaza el comercio, las cortes y la iglesia), de redondel de toros en las grandes solemnidades, de paseo de la aristocracia en las noches, y a diario de ágora criolla de la maledicencia y la chismografía. Pero la ciudad sufría gustosa tales deficiencias con tal de ornar la piedra hasta el cansancio en las portadas de las iglesias y de multiplicar sobre la chata superficie de sus edificios las esbeltas siluetas de las torres sonoras.

En otro capricho se complacía también la holgura de la ciudad, según nos lo cuentan Fray Reginaldo de Lizárraga y el Padre Cobo, y era en las extensas y perfumadas huertas que rodeaban los edificios, y cuyos ramajes, cargados de frutos, asomaban su verdor y su fragancia por sobre los altos muros de adobes. El minucioso Cobo nos dice, en efecto, que todas las casas "son capaces y anchurosas, con grandes patios, corrales, huertas y jardines". Y Fray Reginaldo, enguinal-

dando la frase, refiere que "desde afuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas con naranjos, parras, granadas y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan".

Lima del siglo XVI fué toda en sus iglesias y en sus huertas. Construída de materiales toscos, desprovista de comodidades, descuidada y antihigiénica, sin agua, sin policía y sin alumbrado, careció la ciudad de prestigio civil y de la gloria, aún desconocida, del *confort*, pero pudo envanecerse, en cambio, de serenar el alma con el tañido de sus bronces dolientes y de embriagarla con la furtiva esencia de sus madre selvas y jazmines.

Un doble significado musical y floral encierra lo que dijo José Gálvez: "Lima, ciudad de campanas y de campanillas."

LIMA EN EL SIGLO XVII

Al comenzar el siglo XVI Lima ha adquirido ya su fisonomía peculiar. Sus campanarios y sus cúpulas le dan a la distancia esa gracia musulmana que ha de sorprender a los viajeros. Y como la religiosidad no ha decaído, sino que se ha estimulado por asombrosos ejemplos de santidad, y es la época áurea del Virreinato, los alarifes continúan levantando arcos y bóvedas para cobijar la creciente piedad de los fieles. Se aunan en la obra el fervor más intenso y el más esplendoroso boato.

La ciudad ha seguido creciendo hacia el Sur y hacia el Este, nos dice en interesantísimo estudio sobre el plano de Lima el ingeniero Tizón y Bueno. Por la parte meridional alcanza a unirse a la ermita de Guadalupe, situada a trescientos pasos, y se extiende a Belén y la Recoleta, fundados en 1604 y 1606. Por el Este llega

a Santa Clara, los Descalzos, San Ildefonso y el Carmen. Los puntos de avance de la ciudad los marcan las iglesias. El censo del marqués de Montesclaros arrojará sobre un total de 26.441 habitantes, un 10 por 100 de clérigos, canónigos, frailes y monjas. Juan María Gutiérrez podrá decir de Lima que era "un inmenso monasterio de ambos sexos". Florecen en los claustros Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano, Fray Martín de Porres, y en la silla episcopal, Santo Toribio de Mogrovejo.

Pero Lima no es sólo eso en el siglo XVII, sino que es la feria comercial más importante de las colonias, adonde llegan las mercaderías de Europa que han de distribuirse a toda Sudamérica, y de donde parten las armadas que llevan los millones de ducados a Tierra Firme y España. Con la riqueza crecen la edificación y el ornato externo de la ciudad. Empiezan a usarse más nobles materiales de construcción para las casas. Se utiliza el roble para las vigas y tablones, primorosamente tallados; se trae piedra de Panamá para los frontispicios, madera de Guayaquil y cedro de granadillo de Tierra Firme y de Nueva España para puertas, celosías, ventanales, balcones, sillas, mesas y vargueños. La falta de canteras en las cercanías de la ciudad, que excluye la piedra de la mayor parte de las construcciones, hace derivar el anhelo plateresco de los artistas hacia la talla en madera. Surgen entonces los altares, los pulpitos, las sillerías de coro, las retorcidas escaleras y los techos artesonados, los balcones calados, todos los prodigios y primores de la marquetaría colonial.

Crece también el lujo personal de los limeños. El Padre Cobo se admira en 1629 "de la vanidad de trajes, galas y pompa de criados y librea". En ese año pasan de 200 las carrozas de la ciudad, y son todas ellas cos-

tosísimas, “guarnecidas de oro y seda con gran primor”. Nobles y simples ciudadanos visten únicamente ropa de seda. En el interior de las casas se prodigan los damascos y las más finas telas y encajes que se tejen en Holanda, en Venecia, en Bruselas y en Flandes. “No se halla ninguna—dice el cronista que seguimos—, aun de la gente más humilde y pobre, en que no se vea alguna joya o vaso de plata o de oro.”

Todo este frívolo fausto está subordinado, sin embargo, al servicio divino. El oro, las piedras preciosas, los tapices y las sedas se prodigan, sobre todo, en los templos o al paso de las procesiones. Las andas pasan cargadas de joyas por calles que la piedad y el orgullo han pavimentado con barras de plata. Las más ruidosas fiestas del siglo XVII son las de la canonización de Santa Rosa y de Santo Toribio de Mogrovejo, fiesta esta última de la que queda en *La Estrella de Lima*, de Echave y Assu, una prueba de que la literatura vestía entonces también su más gallardo oropel.

Pero los santos y los iluminados de la Colonia, que realizan milagros pueriles, como el de hacer sudar a las imágenes o comer en un plato a perro, pericote y gato, no logran salvar a la ciudad del flagelo de los terremotos ni prevenirla contra el ataque de los piratas. En 1687 Lima es destruída por una tremenda sacudida terrestre, y en 1685, el duque de la Palata, celoso guardador de sus riquezas, prefiere preservarla rodeándola de una poderosa muralla con treinta y cuatro baluartes, para defenderla eficazmente de los temibles filibusteros. Son, a pesar de la fe, los dos sucesos más notables del siglo religioso limeño.

LIMA EN EL SIGLO XVIII

Jorge Guillermo Leguía nos ha afirmado en su lujosa descripción de Lima en el siglo XVIII, que, a pesar de los contrastes del comercio, interrumpido por piratas; de la supresión de las encomiendas, de las desmembraciones del Virreinato y del terremoto de 1746, causas que contribuyeron al empobrecimiento de Lima, continuó sin desmayo la fiesta colonial.

El aspecto de la ciudad sigue siendo austero y sombrío como el de un claustro. Los viejos solares, de portales solemnes, los zaguanes oscuros y las altas cercas de los monasterios, prestan sombra y silencio a las calles. Las campanas—como en la Quito evocada por Rodó—son lo único que suena alto en la ciudad, envuelta, según el decir de Vicuña Mackenna, en “la doble neblina del Rimac y del incienso”.

Pero tras la apariencia grave, el alma de la ciudad se sonreía, como el rostro de la tapada bajo el manto encubridor. Dentro de las casas señoriales, la limeña alegraba la vida de los traspacios luminosos, plenos de geranios y de trinos de canarios, y entregaba a la linfa afortunada de los estanques familiares el codiciado secreto de su belleza. Tras de los muros de los conventos surgía la alegre fiesta de los jardines y de los azulejos, y en los claustros propicios el libertinaje triunfaba ya sobre la oración. “A pesar de la religión, que es inflexible—dice Ventura García Calderón—; a pesar de la honra, que es tirana, no es raro el delicioso relajamiento de Versailles.”

Vida y cultura llegan al ápice, dice el mismo florido cronista. Pero la hegemonía no la ejercen los emperifor-

llados doctores ni los monstruos de erudición que entonces albergaba la Universidad, sino que la atención, el orgullo y el mimo de la ciudad estuvieron concentrados alrededor del más grácil de los personajes: la limeña. Ella resume lo más típico del setecientos limeño, en el alma, en las costumbres y hasta en el traje. Nadie como ella encarna el ingenio, la agilidad incesante, la malicia y la agudeza de la inteligencia criolla. Por traviesa y por maliciosa, porque comparte con ellos el cetro de la gracia o se los arrebató a menudo la denigran los dos ingenios más cáusticos de la época: el indio Concolorcorvo y el español Terralla y Landa. Pero tanto en *El Lazarillo de ciegos caminantes* como en *Lima por dentro y fuera*, ella es, a despecho de los resentimientos de ambos satíricos, el mayor atractivo del cuadro. Coqueta, supersticiosa, derrochadora, amante del lujo, del perfume y de las flores, ella domina en el hogar, atrae en los portales y en los estrados de los salones, edifica por su piedad en la iglesia, y en los conflictos del amor, de la honra y de la política es el más cuerdo consejero, cuando no el actor más decidido, que obliga a algún desleal a cumplir su palabra o pone en jaque al mismo Virrey del Perú. El único que las desacata y las resiste es el hurano Virrey, a quien ellas llamaron Pepe Bandos, pero es a riesgo de la impopularidad.

Su mayor originalidad y su gracia más genuina la reservaron, sin embargo, para su atavío. La saya y el manto no se usaron sino en Lima. Los visitantes extranjeros se detuvieron siempre seducidos por el pintoresco y enigmático traje de "las tapadas". La saya ceñía tentadoramente las caderas y se detenía a la mitad de la pierna, para dejar visible la media de seda y el menudo pie de la limeña. El manto dejaba solamente al



Una tapada, por Merino.

descubierto un ojo, cuya mirada hacía presumir la gracia oculta del rostro.

El burlón Concolorcorvo dirá a propósito de la clásica vestimenta que las limeñas, "que toda su vizarría la fundan en los vaxos, desde la liga a la planta del pie". La picardía del embozo, las jugarretas que con él realizaban las limeñas, daban a las calles el aspecto de un baile de máscaras. Y fué tal este amable absolutismo, durante el siglo XVIII, que la villa misma pareció construída por el capricho tiránico de la mujer y bajo el dictado de su implacable coquetería.

Hay una íntima correspondencia entre el ambiente de la ciudad, entre la arquitectura misma de ésta y el alma de la limeña. La severidad y aridez de afuera contrastaban con la alegría y desenvoltura de adentro. Muros severos y portales oscuros resguardaban la andaluza fiesta de los jardines, como la picaresca sonrisa de la limeña se escondía bajo el manto encubridor

La celosía, el mirador, la cancela, toda aquella arquitectura de atisbo y de recato, parece fraguada por la misma fantasía diabólica de quienes imaginaron el manto y manejaban divinamente el arma aleve del abanico.

El personaje céntrico del siglo XVIII no es el políglota y polierudito don Pedro de Peralta y Barnuevo, a pesar de sus conflictos con la inquisición, sino la descocada comedianta Miquita Villegas, "la Perricholi", que se roba el corazón de un Virrey senil y se hace pagar el ardor de una pasión retardada con una quinta versallesca y un paseo de aguas que le sirviera de espejo.

LIMA REPUBLICANA

La mimada ciudad de los Virreyes se transformó con la independencia en la "heroica y esforzada ciudad de los libres del Perú". Por un momento pudo creerse en una transformación radical del alma y del ambiente limeños. En efecto, de 1810 a 1816, la vida limeña cobra una inquietud inusitada. Los primeros levantamientos realizados en las colonias vecinas determinan al Virrey del Perú a asumir la contraofensiva revolucionaria. Lima es por algunos años el cuartel general de la resistencia española y el más fuerte baluarte del Rey. Llegan a su recinto y salen de él tropas peninsulares y criollas que van a deshacer los ejércitos patriotas en toda Sudamérica. Los periódicos—cuya aparición se ha permitido por entonces—son leídos con avidez. La sedición alienta en el mismo palacio del Virrey. Entre sus favoritos y consejeros cada día se descubren nuevas conspiraciones. El lugar de reunión más característico de la época es el café. Allí, alrededor de las mesas en que se juntan a beber, a jugar y a discutir, cuando no a esto sólo, tahures, clérigos, burócratas, desocupados y estudiantes, se comentan en alta voz los sucesos que trae *La Gaceta* y hasta aquellos cuya publicación no ha permitido la censura. Entre los parroquianos hay algún desconocido que pasa por comerciante, y es acaso agente secreto de San Martín, que alienta los descontentos contra el Gobierno y aplaude las exaltaciones de algún joven carolino que, porque diserta a favor de la patria, bien pudiera ser Sánchez Carrión. La discusión, tímida y susurrante al iniciarse, se torna pronto en vocerío, culmina en diálogos irritados

y va a tener un desenlace violento que puede comprometer a muchos, cuando la repentina agudeza de algún fraile disuelve todo aquel acaloramiento en hilaridad. Lima, capital del ingenio, se esforzaba ya, desde 1810, por ser libre, usando su favorita arma del epigrama.

Con la llegada de los ejércitos libertadores de San Martín y Bolívar, la vida se trastorna aún más. "Aquella apacible ciudad de los místicos amores—dice Viçuña Mackenna—comenzó a oír los juramentos de soldados extranjeros a su suelo; el claustro se convirtió en cuartel; el paraíso en eriazó, y aquella olorosa Lima... se puso hedionda con el olor a azufre y con el sudor de los soldados de Ultramar, vestidos todavía con los andrajos de los presidios peninsulares."

Pero la alteración fué momentánea. Pasado el turbión revolucionario, la ciudad recobró su fisonomía y sus costumbres coloniales.

La vida social volvió al siglo XVIII. El reposo, la monotonía, la inercia y el tedio de la ciudad cuando Terralla y Landa escribía en *El Diario*, de 1790, "La semana de un currutaco en Lima", eran los mismos que cuando don Felipe Pardo, en 1840, describía el inusitado "Viaje" del Niño Goyito para el *Espejo* de mi tierra. Radiguet, que contempló y describió Lima cuatro años más tarde, se asombraba de encontrar en ella como en ninguna otra ciudad sudamericana la persistencia arcaica de las costumbres, de los trajes y de las formas arquitectónicas. No habían desaparecido con la República las rígidas distinciones de casta, las "tapadas" seguían vistiendo su típico traje, aunque aprendieran a conspirar, y como los cuartelazos y la algarabía política no dejaban tiempo para innovaciones, la ciudad se conservaba inalterable.

La riqueza fiscal producida por el descubrimiento del

guano, unida a unos cuantos años de paz civil, vinieron a redimir a la capital de su largo período de estancamiento. El Presidente Castilla la dotó de un ferrocarril que la unió al puerto del Callao, de los servicios de agua de que carecía hasta entonces y del enlosado y alumbrado en las calles. La embelleció además con la reparación de la Alameda de los Descalzos y la erección de los monumentos a Colón y a Bolívar.

El segundo impulso de adelanto lo recibe la ciudad en 1870, en el período presidencial de Balta. El ingeniero Meiggs, que trazaba entonces los planos de los más grandes y audaces ferrocarriles peruanos, obtuvo autorización para demoler las opresoras murallas levantadas por el duque de la Palata, que hasta esa época detenían el crecimiento de la población. Esta se extendió entonces prodigiosamente, reemplazando los antiguos muros por anchas avenidas de circunvalación. A la visión certera y previsoras de Meiggs se unieron, para transformar Lima, el espíritu artístico y la infatigable actividad de Manuel Atanasio Fuentes, a cuyo gusto y bajo cuya inspiración se trazaron los planos del palacio de la Exposición de 1872 y de los jardines que lo rodean, dentro de los cuales se hallaban los actuales Parque Zoológico y Parque Neptuno.

Piérola, que, según lo ha dicho Gálvez, tuvo el "culto helénico por la ciudad representativa", abrió nuevas perspectivas de adelanto urbano. En su período, de 1895 a 1899, se fundan Compañías urbanizadoras que entregan zonas nuevas a la edificación y prolongan el área histórica de la ciudad a los fundos que antiguamente fueran quintas de recreo y de cita para las cabalgatas de la nobleza colonial y de la no menos encoquetada aristocracia republicana. En la antigua huerta de la Victoria, donde el Presidente Echenique diera

un baile deslumbrante, surge un barrio obrero, y al Este de la ciudad la clase media improvisa el barrio alegre y amplio del Chirimoyo. La principal obra edilicia de Piérola es, sin embargo, la apertura de dos grandes arterias centrales: el Paseo Colón, hoy el más hermoso de la ciudad, que dividió los parques de la Exposición, y del que irradian ya múltiples avenidas, y la amplia calle de La Colmena, que fué también concedida por aquel mandatario.

El último y más decidido impulso en esta creciente modernización y embellecimiento de la ciudad pertenece al Gobierno de Leguía. De 1919 a 1930, Lima se ha transformado. El área de la ciudad se ha abierto avasalladoramente paso hacia el Sur. Amplias avenidas de asfalto unen Lima con el Callao, La Punta, Miraflores, Chorrillos, la Magdalena, Chosica y los demás suburbios limeños. Surge una Lima nueva, amplia y clara, rodeada de árboles y césped, algo americanizada por el *comfort* y el asfalto, pero que, en algunos aspectos, se adhiere insistentemente a la tradición. En los balnearios limeños, cuya continuidad con la ciudad se halla casi establecida, prepondera en las casas el gusto español o las reminiscencias del estilo colonial y morisco. Perduran celosías y balcones, detona la gracia de los azulejos, y en el interior de las residencias subsisten o se renuevan los moblajes a la usanza colonial: vargueños, mesas taraceadas, sillas de vaqueta y los viejos utensilios de plata que reproduce fielmente una industria limeña rediviva. La tradición impera en Lima invenciblemente, e impone sus normas a los más modernos edificios. Son de estilo español el nuevo palacio arzobispal, el Country Club, el hotel Bolívar y los edificios de la gran plaza San Martín, en construcción. Los nombres de las calles guardan todavía pin-

torescas reminiscencias; hay rincones antiguos que no han perdido su nostalgia, y en algunas plazoletas olvidadas bajo la sombra de la torre, la pileta de la fuente murmura aún el místico rezo de antaño. En los barrios de abajo del Puente y en el mismo corazón de la Lima vieja, subsisten patios abiertos y floridos y balcones confidenciales como confesonarios. Y el viajero prefiere el sabor arcaico del convento de San Francisco y del palacio de Torre Tagle, el enervante aroma de la quinta de la Perricholi, a la vertiginosa excursión por las pistas asfaltadas que llevan al Leuro o al Country Club.

LOS PROTECTORES DE LA CIUDAD

Tuvo la ciudad sus genios tutelares que la levantaron de humildes cimientos, que le otorgaron insignes títulos de nobleza, que la hicieron renacer de sus escombros o prestaron decoro y grandeza a su riqueza arquitectónica. Al que no le recuerda el bronce, o la inscripción lapidaria, el nombre de una calle o el de un instituto, le perpetúa insuperablemente su propio duradero vestigio.

Pizarro es el primero de todos. Es el Júpiter capitolino de cuyo cerebro brota armada y escudada la diosa del casco alígero. Hizo más que trazar el plano de la ciudad, marcar el cuadro de la Plaza Mayor y poner el primer madero de la iglesia. Le legó con el episodio de su muerte su primera y más grande anécdota.

Carlos V le dió para su alarde el escudo que hasta hoy conserva, en el que alternan águilas y coronas sobre el heráldico azul de la lealtad. Gerónimo de Loayza, mirífico pastor de almas, fundó el primer hospital, en el que, para no ser extraño a la historia y al dolor

de la casa, se reservó el último lecho. El marqués de Cañete levantó el primer puente de madera sobre el río. Al conde de Nieva le sorprendió la muerte romántica cuando levantaba los arcos de los portales. El Virrey Toledo inauguró la Universidad de San Marcos, lustre de la vida colonial, e hizo correr el agua traída por el primer acueducto, en la fuente de la Plaza Mayor. El de Montesclaros reconstruyó la ciudad, destruida por un terremoto; levantó el puente de piedra que hasta hoy le recuerda e inauguró el primer teatro. El de Salvatierra instala la magnífica pila de la Plaza. El duque de la Palata y el conde de la Monclova reedifican Lima, arruinada en 1687; el de Navarra y Rocafull encierra la ciudad dentro del cerco de una muralla para defenderla de las miradas de los piratas, y el de Portocarrero restaura los portales. El tercer reconstructor de la ciudad es el conde de Superunda. Lavalle le considera el segundo fundador de la ciudad, y afirma que la Lima de hoy no es la que fundó Pizarro, sino la que formó el Virrey Manso sobre las ruinas de aquélla. Amat, virrey del placer, edificó la Plaza de Toros y, para seguridad de los primeros no-cherniegos limeños, estableció el alumbrado y las rondas. Además, echó a los jesuitas. Al Virrey Croix le corresponde la gloria de haber fundado el Colegio de San Carlos, como a Gil y Lemus la de haber auspiciado el *Mercurio Peruano*, la más ilustre publicación limeña. O'Higgins, porque es el único Virrey inglés y porque está cerca el fin del Virreinato, hace abrir una carretera. Y, parece una coincidencia simbólica, Abascal, que es en realidad el último de los Virreyes y el más conspicuo de ellos, lega a la ciudad el Cementerio.

A la lista virreinal hay que agregar la de los penates republicanos. San Martín fundó la Biblioteca Na-

cional. Bolívar creó la organización local, dividiendo la ciudad en cuarteles. Castilla, Balta, Meiggs, Fuentes, Piérola y Leguía marcan luego las etapas civilizadoras ya señaladas.

EL ALMA LIMEÑA

Faltarían un capítulo y un atributo esencial de la ciudad si no habláramos del alma limeña. Hablar no más, ya que definir lo que es inaprehensible, sería empeño presuntuoso.

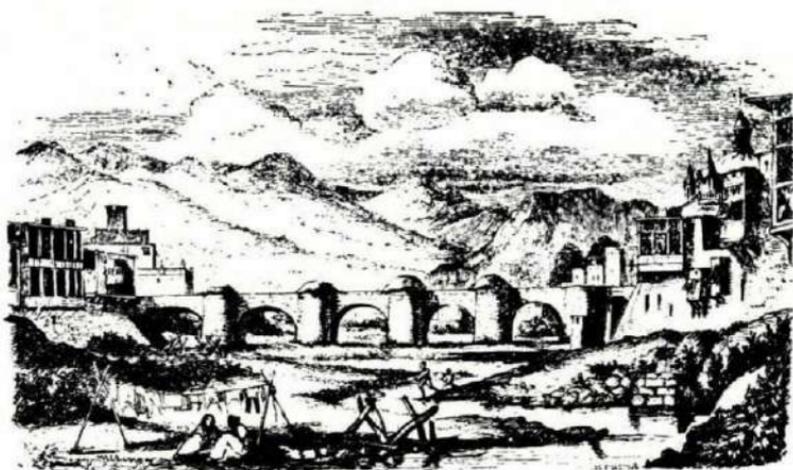
Algo hay, en efecto, de impalpable, pero de real; de desvanecido, pero presente; algo que bien pudiera ser la huella de los más culminantes momentos de su vida o acaso tan sólo una sugestión histórica hallada en los libros; pero es lo cierto que, extraños y nativos, hallan en la fisonomía de la ciudad, en el ambiente de sus calles o de sus rincones antiguos, una como extraviada nostalgia. El pasado vive y persiste en Lima, y atrae con fuerza innegable. Todo en ella tiene una historia. El nombre de una calle, la inscripción de un muro o de un frontispicio, perpetúan un episodio, nimio o característico, conocido u olvidado, pero con un fondo de vida que se aferra, con ansias de no perecer, a algún último vestigio. Historiadores y cronistas han exaltado, extendido y pormenorizado ese culto por la leyenda de la ciudad, al punto que ella constituye todavía su gala mejor y más genuina.

Pero, no sólo en la tradición residió el atractivo y perdura el alma de Lima. En el carácter ligero y burión de sus habitantes, en la fina gracia de sus mujeres, en el malicioso ingenio y la agudeza de los limeños, señalaron los viajeros la nota más típica y local de nuestra espiritualidad. Fuera redundancia insistir

en el elogio de esa sal criolla que se derrocha en las calles y en los papeles, en los labios y en la pluma, y que hace que conversaciones y versos y periódicos trasciendan siempre un poco a epigrama. En la vida nacional aseguran que fué perniciosa esta irreflexividad limeña, ese "estar siempre de burlas", que condenara "el Discreto". En la literatura, esa traviesa disposición determinó, en cambio, la aparición de un género peculiar, espontáneo y risueño, al que se ha dado el nombre de "criollismo", cuando es más bien limeñismo.

Añorando y riendo escribieron los más auténticos limeñistas, los intérpretes y los evocadores de la ciudad, aquellos por quienes ésta vive en la historia y en la literatura. El más glorioso de todos, el que unió en más sutil alianza tradición e ingenio, lo perdurable y lo efímero del alma limeña, fué don Ricardo Palma. Se confunden de tal modo su picardía con la picardía de la ciudad, la tradición que él noveló con la historia auténtica, que no se sabe ya con fijeza si fué la ciudad la que lo forjó malicioso, o si él le ha prestado su endiablada travesura, si las tradiciones relatan sucesos que pasaron en Lima o si transcurrieron tan sólo en el Virreinato de gracia de su fantasía.

LA FUNDACIÓN



El puente y el río, por Ignacio Merino.

LA FUNDACION DE LIMA

POR EL

PADRE BERNABÉ COBO

(1582-1657)

Al Padre Cobo podría considerársele casi como el cronista oficial de la fundación de Lima. Es cierto que no la presenció, sino que llegó muchos años más tarde de fundada; pero alcanzó aún muchos testimonios vivos de la primera época de la ciudad: conoció aún la catedral pequeña, erigida por Pizarro, que subsistió hasta 1604; los primeros templos limeños y el puente viejo sobre el río, erigido por el marqués de Cañete. Cobo vivió en Lima por espacio de treinta años, de 1599 a 1630, tocándole asistir al embellecimiento de la ciudad presidido por el marqués de Montesclaros. Vió nacer el puente de piedra y la Alameda. Gran viajero, recorrió todo el Perú y vivió largos años en México, regresando, después de veinte de ausencia, a morir en su predilecta ciudad de Lima, en 1657. Fruto de sus viajes e investigaciones fué su famosísima Historia del Nuevo Mundo, de la que se conserva íntegra su historia de los vegetales. El acucioso jesuita fué el revelador de

la flora americana y, por sus intuiciones y descripciones científicas de las plantas, el primer botánico del Nuevo Mundo. La misma prolijidad que puso en describir árboles y flores usó para escribir, con amorosa delectación, la historia de Lima. Sobre la fundación de la ciudad recogió los últimos testimonios directos y extrajo los documentos más significativos. El nos ha conservado el acta de la fundación, los actos preliminares de ésta y la fundación del Cabildo. Su libro, Historia de la Fundación de Lima, publicado en nuestra ciudad por primera vez en 1882, por el erudito peruano González de la Rosa, contiene la historia de los templos, conventos, hospitales, colegios, edificios, virreyes, arzobispos, de la Inquisición y de la Universidad, cuyo origen y vida están reseñados con paciencia de herborista. De él son los capítulos siguientes sobre la fundación de la ciudad y los copiados más adelante sobre la Lima de la época de Montesclaros.

I

JAUJA, PRIMERA CAPITAL PROVISORIA

DE LA FUNDACIÓN DE LIMA EN EL VALLE DE JAUJA Y CÓMO TRATARON LUEGO SUS VECINOS DE PASARSE A LOS LLANOS Y COSTAS DE LA MAR

En la ciudad de Lima, el imperio y corte de este reino de la Nueva Castilla del Perú, y tan esclarecida por muchas excelencias que en ella concurren, que sólo le faltan los años para poder competir en grandeza y majestad con las más nobles de Europa (calidad que sin sentirsele irá dando el tiempo), si bien se ve, y mayor gloria, como lo es que sus principios sean tan claros, que no sea menester para conocer su origen y nacimiento revolver historias antiguas, rastrear etimologías y examinar conjeturas, como se hace en las historias de otras ciudades, por haber comenzado las más de ellas escasas y de principios humildes y oscuros. Pero es razonable, porque desde que sólo tuvo ser fué señora, Corte y cabeza de la gobernación de este reino;

no fué poblada poco más o menos, ni con chozas de gentes rústicas, sino con mucho acuerdo por valerosos capitanes conquistadores de extraños reinos, y lo que es gloria, sobre todo honra humana, el haber sido fundada para maestra de la verdadera sabiduría, que es el conocimiento y culto del verdadero Dios, desde donde fuesen enseñadas las gentes de estas provincias y reinos.

Alargaréme al tratar de su origen, progreso y buenas calidades, lo que los historiadores de otras ciudades gastan en averiguar e inquirir antigüedades dudosas: lo uno, para que de lo que de la ciudad como metrópoli del reino se dijese se alcance mayor conocimiento de lo que al principio del mismo reino toca, y lo otro, para que, viendo en esta escritura las diligencias y consejos con que sus pobladores la fundaron, entendamos que en todas las demás que poblaron en esta tierra guardaron el mismo estilo, y no condene nadie fácilmente a los conquistadores de inadvertidos y descuidados en esta parte. Fué, pues, el principio y origen de esta nueva república en esta forma:

Habiendo el Gobernador don Francisco Pizarro, conquistador y fundador de este reino del Perú, llegado con su ejército al valle de Jauja, pacificando y poniendo en obediencia de su Rey las provincias del Imperio de los reyes Incas, llamado Tahuantinsuyo; considerando que se alejaba mucho de la ciudad de San Miguel de Piura, que había poblado, sin haber en tan grande espacio de tierra como quedaba atrás presidio de soldados, ni fuerza para conservar lo ganado, y sobre todo, atraído de la comodidad y aparejo de la comarca, por ser un valle muy capaz, ameno, abundante de mantenimientos y muy poblado de indios, habiéndolo consultado con los principales del campo, tomó reso-

lución de hacer en él la segunda población de españoles. Señaló sitio y nombró por vecinos a los soldados en quienes encomendó los repartimientos de indios que ahora caen en el distrito de este obispado de Lima; asentóla en la ribera del río, junto al pueblo de indios llamados Hatunjauja, y esto por vía de depósito, con intención que si después de explorada y vista la tierra se hallase otro sitio más conveniente se trasladaría a él, pero entre tanto sirviese de presidio para enfrenar y tener en obediencia los indios de la comarca, que eran muchos, y andaban inquietos y bulliciosos maquinando novedades. Hizo esta fundación en el año de 1532, con sólo 40 españoles. Nombró alcaldes y regidores, y dejando por su teniente a el tesorero Alonso Riquelme, partió con el resto del ejército para la ciudad del Cuzco. Este principio tuvo esta gran ciudad de Lima, el cual refiérese tan sucintamente por no haber permanecido en aquel primer asiento, ni haber sido aquella fundación más que un depósito de la República en aquel valle, entre tanto que se acababa de pacificar la tierra, para después con más acuerdo, y cual era menester, buscar sitio a propósito en que trasladarla, como se hizo; y porque esta mudanza al asiento que ahora tiene es tenida por su propia fundación, no embargante que fué hecha por vía de traslación del Consejo y Cabildo, trátese de ella más a la larga, como de su legítimo nacimiento, que pasó así:

Después que el Gobernador don Francisco Pizarro hubo ganado la ciudad del Cuzco, corte de los reyes Incas, y hecho la población de los españoles, descendió a la costa de la mar para resistir la entrada en la tierra al adelantado don Pedro de Alvarado, como queda dicho en su lugar; visitó de camino su nueva población de Jauja, y hallando a los vecinos descontentos de

aquella vivienda, de pedimento de ellos acordó mudarla a otro sitio más vecino a la mar; y porque las causas que movieron a sus procuradores para procurar esta traslación se verán mejor por los autos que para efectuarla se hicieron, me pareció poner aquí una copia de ellos, sacada del primer libro del Cabildo de esta ciudad, en que está todo lo que sobre de esta fundación se escribió, que es del tenor siguiente:

“En la ciudad de Jauja á 28 días del mes de Noviembre de 1534, estando en su Cabildo y ayuntamiento, según que lo han de uso y costumbre, los muy nobles señores Juan Mogrobejo de Quiñones, el Veedor García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas y Gregorio de Sotelo, rejidores de esta dicha ciudad, y en presencia de mí, Juan Alonso, escribano del Cabildo de esta ciudad, dijeron: que por cuanto al muy magnífico señor Gobernador Francisco Pizarro le pareció que los vecinos que tenían indios de repartimiento en la costa de la mar se debían ir á poblar á la costa, por el mucho daño y trabajo que los indios de sus repartimientos tenían en traer los bastimentos y provisiones para sus amos, y que los demás que tenían indios en la sierra se recibiesen en esta dicha ciudad; lo cual visto y sabido por nos fué requerido por parte del procurador de esta ciudad y después por la nuestra, según más argumentos que los dichos requerimientos parece, y después de sobre ello altercado y pasadas razones, el señor Gobernador dijo: que su voluntad era hacer lo que convenía en semejante caso para el bien y pro de los naturales de esta tierra, y que para semejante caso convenía que á toque de campana fuesen llamados los vecinos de esta ciudad sobre ello, y que cada uno de ellos dijese su parecer ante el escribano y lo firmase de su nombre; lo cual así fué hecho, y después de

junto y firmados dijeron los dichos vecinos: que les parecía que el pueblo principal se hiciese á la mar y que éste no se debía dividir, sino que juntamente se poblase como tenía dicho á la costa; y por nos visto el dicho su parecer y lo que más se debe mirar en semejante caso, y viendo que el señor Gobernador mandaba en hacer pasar los vecinos que tenían indios en los llanos, dijeron que su parecer es: que según la calidad de la tierra, así por ser fría y de muchas nieves y falta de leña, por tenerla lejos, y asimismo por estar cuarenta leguas de la mar y el camino muy despoblado, malos pasos, muy ásperos y de muchas nieves, donde los caballos no pueden caminar con carga para proveerse los vecinos de esta dicha ciudad, demás del mucho daño que han recibido y reciben los naturales para traerlos cargados con bastimentos; lo cual es en perjuicio á lo que su Majestad manda y libertad de los indias naturales, que por cargarlos han sido muchos de ellos muertos y alejándose de sus pueblos y huidose á la sierra. De donde ha de resultar abatimiento de la tierra y desasosiego de toda ella, y siendo pocos vecinos, á mí me parece que no sea de más de treinta vecinos, no pueden salir á pacificar los rebeldes ni aun sufrir la vela y ronda de esta ciudad, por donde conviene al servicio de su Magestad y al bien de los pobladores que este pueblo se mude y pase, juntamente con los vecinos de los llanos, para que todo sea un pueblo y aquél se acreciente.

"Otrosí, es muy gran perjuicio y falta á los vecinos y pobladores de esta dicha ciudad que en ella ni en sus términos ni en ninguna parte de la sierra se pueden criar puercos, ni yeguas, ni aves, por razón de las muchas frialdades y esterilidad de la tierra; porque como se ha visto por esperiencia á muchas yeguas que

han aquí parido, morírseles las crías, de más de no haber madera para solamente hacer casas de maderas, sino fuese con mucho trabajo para los naturales de esta tierra. Por ende, conformándose con la fundación de este pueblo y con una cláusula que dice: que porque al presente no se hallaba otro lugar ni sitio más conveniente que esta dicha ciudad, se hacía la fundación hasta que hubiese otro lugar más aparejado para poblar. Porque al presente no se podía buscar por causa de andar en la guerra, y ahora conformándose y viendo ser cosa justa lo que los vecinos y pobladores dicen, y piden que se haga el pueblo principal a la mar, y que no se dividan los vecinos en dos pueblos sino en uno, adonde más convenga al servicio de su Majestad y bien de los conquistadores y pobladores. Todo lo cual nosotros decimos nuestro parecer y si necesario es ahora lo requerimos, que habiendo de mandar su Señoría que los vecinos que tienen repartimientos en los llanos se hayan de ir á vivir allá, que su Señoría debe hacer un pueblo á la mar, juntamente de los vecinos de esta ciudad y de los otros que más pudiese allegar, porque por las causas dichas este pueblo y sus vecinos de él no se pueden sustentar; y esto dijeron, daban por su parecer y lo firmaron de sus nombres: Juan Mogrobejo, Sebastián de Torres, Gregorio de Sotelo, García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas, Juan Alonso, Escribano.

"Y luego en este dicho día, yo Juan Alonso, escribano, notifiqué lo de suso contenido á su Señoría en su persona, testigo el Tesorero Alonso Riquelme y el veedor García de Salcedo. Y después de lo susodicho en este dicho día, estando en el dicho Cabildo los dichos Justicia y Regimiento, y por ante mí el dicho Juan Alonso, escribano, presente el dicho señor gobernador

y el tesorero Alonso Riquelme y García de Salcedo, veedor, oficiales de su Majestad; habiendo visto los presentes pareceres de los vecinos de esta ciudad y el pedimento y requerimiento de su Señoría hecho por el procurador de esta dicha ciudad, y por los Alcaldes y Rejidores de ella, y vistas las causas y razones por ellos dichas, y lo que al servicio de su Majestad conviene, conformándose con la voluntad de todos los vecinos de esta ciudad, y con lo que á ella y á estos reinos conviene por las dichas causas presentadas en sus requerimientos y pedimentos y pareceres, y por otras que á ello lo mueven, que aquí no declara su Señoría, dijo: que no embargante, del repartimiento de los naturales comarcanos á esta ciudad, y los que viven á la costa de la mar piden que se haga el pueblo, y está hecho por causas más convenientes á su bien y provecho y sustentamiento; era y es contento de mandar pasar esta dicha ciudad á los llanos y costas de la mar, en el lugar más conveniente y que mejor sea para la fundación y sustentamiento de ellos; y que luego por lo mucho que conviene, se partiera á ver y buscar el mejor sitio, para fundar y mudar esta ciudad á los dichos llanos, y que buscado y visto, pasado y fundado el pueblo, dará licencia á los vecinos de esta ciudad para que todos junto con el oro que su Majestad aquí tiene, se vayan y pasen al dicho pueblo con sus casas y haciendas. Porque si ahora se fuesen no estando el sitio buscado, ni el pueblo fundado, ni los solares repartidos, no se haría tan sin trabajo como después, y los dichos oficiales asimismo dijeron: que lo que su Señoría dice es bien para estos reinos y servicios de su Majestad, y se conformaban con ello, porque es lo que conviene á los pobladores de esta ciudad, y los naturales de su comarca; lo cual su Señoría y los dichos oficiales dijeron

que les parecía y parece que se debe hacer, pues es señorío de su Majestad, y por los vecinos de esta ciudad le es pedido; y lo firmó su Señoría de su nombre.—*Francisco Pizarro, Alonso Riquelme y García de Salcedo.*”

Hasta aquí son los autos que se hicieron acerca de trasladar esta ciudad del valle de Jauja, en los cuales se declaran las principales causas y motivos que hubo para tomar la resolución que con tanta deliberación y acierto se tomó; con todo eso, no quiero dejar de advertir cómo en algunas de las razones que alegaron aquellos pobladores y primeros vecinos de esta ciudad manifiestamente se engañaron, por razón de la poca experiencia que tenían de la calidad de la tierra, como fué las tachas que al sobredicho valle de Jauja le pusieron: de que era estéril y que no se criaban bien en su comarca caballos, puercos y aves, pues hemos oído todo lo contrario, porque es muy abundante de trigos y todo género de granos, legumbres y frutos, así de la tierra como de los de España, y en especial es tan grande el acopio de puercos y gallinas que en él se crían, que gran parte de lo que de este género se gasta en esta ciudad de Lima se trae de ella, y su temperamento es tan sano y regalado, que muchos van de esta ciudad a cobrar salud y convalecer a aquel valle; con todo eso, no hay duda sino que anduvieron muy acertados sus pobladores en pasar esta ciudad al sitio en que ahora está, respecto de ser el más dispuesto y aparejado que se podía hallar para la contratación, y consiguientemente para que en tan pocos años llegara a el aumento y grandeza en que la vemos, lo cual de día en día va siendo mayor.

II

ELECCIÓN DEL SITIO DE LA CIUDAD

DE LAS DILIGENCIAS QUE HIZO EL GOBERNADOR PIZARRO EN BUSCAR SITIO CONVENIENTE DONDE ASENTAR ESTA POBLACIÓN

Decretada la traslación de la nueva ciudad, partió el Gobernador con parte de su gente a la costa de la mar, para buscar con su misma persona el sitio más a propósito en que poblar. También nombró del regimiento de Jauja personas que con especial cuidado explorasen la tierra y mirasen la disposición que tenía para la población. Llegado el Gobernador al valle de Pachacamac, cuatro leguas distante de esta ciudad, encomendó a otras personas distintas nombradas por el Cabildo el cuidado de buscar y elegir el sitio en que se debía de poblar, como todo consta de la comisión que se dió a los exploradores, y lo que con juramento depusieron, que es como sigue:

“En la ciudad de Jauja, á los cuatro días del mes de Diciembre de 1534, estando en Cabildo y ayuntamiento los muy nobles señores Juan de Mogrobejo de Quiñones, teniente de gobernador y alcalde ordinario de esta ciudad, García de Salcedo y Gregorio de Soto, regidores de esta ciudad, y por ante mí Juan Alonso, escribano del Cabildo de esta ciudad, entre otras que platicaron ser cumplidores del servicio de Dios y de su Majestad, dijeron que por cuanto el señor gobernador había acordado de mudar esta dicha ciudad y los vecinos y moradores de ellas á los llanos y costa, por cuanto

que acordaban, y acordaron, que el veedor García de Salcedo y Rodrigo de Mazuelas rejidores de esta ciudad, y juntamente con ellos Francisco de Herrera procurador de esta ciudad, vayan á ver la costa y lugar donde mejor les pareciere que convenga al servicio de su Majestad, y al bien de los vecinos y moradores de ella que la dicha ciudad se asiente, y vean y miren que tenga las cosas necesarias que cualquiera buen asiento de pueblo debe tener; y para ello dijeron que les daban y dieron poder según que ellos le tienen, contadas sus presidencias y dependencias, autoridades y conexidades, y lo firmaron de sus nombres, y para que puedan requerir al dicho señor gobernador que asiente el dicho pueblo donde á ellos mejor les pareciere.—*Juan Mogrobejo, Sebastián Torres, García de Salcedo, Gregorio de Sotelo.*”

El mandamiento que dió el Gobernador a los que envió a explorar la tierra es el que sigue:

“El Comendador Don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitán General y Gobernador en esta provincia de la Nueva Castilla, por su Majestad, digo: que por cuanto los vecinos y universidad de la ciudad de Jauja me pidieron, viendo que en aquel asiento que estaba no podía sostenerse al servicio de su Majestad y bien de los indios, porque recibían mucho trabajo en servir, por estar como están muy lejos; y á esta causa se disminuían y padecían necesidad los vecinos, y por otras muchas causas que parecían evidentes, que lo mudase; y porque me pareció que así convenía al servicio de su Majestad, yo túvelo á bien de mudar el dicho pueblo en esta provincia de Pachamac, en el asiento del cacique de Lima; porque me pareció que está en comedio de tierra donde los dichos indios puedan servir con poco trabajo y mejor sostenerse, y por estar como está

junto á él muy buen puerto para la carga y descarga de los navíos que vinieren á estos reinos, para que desde aquí se provean de las cosas necesarias los otros pueblos que están fundados y se fundaren la tierra adentro, y por estar como está el comedio de la tierra á propósito para lo susodicho; y porque conviene, primero que asiente el dicho pueblo, que se vean y pasee, en los términos y tierras de dicho cacique de Lima, y se examine el asiento lo mejor que se pudiere, que tengan las calidades que se requieren tener para que esté bien situado.

"Para hacer lo susodicho es menester nombrar personas cuerdas que sepan y entiendan las calidades y disposición de tierras en que conviene tener el dicho asiento. Por cuanto y porque, vos Ruiz Dias y Juan Tello y Alonso Martín de Benito, son personas muy antiguas en estas partes, y que os habéis hallado en fundación de muchos pueblos, en ello tenéis la experiencia necesaria y conocimiento para buscar asiento conveniente para el dicho pueblo; por la presente, en nombre de su Majestad, vos nombro para que vean hacer lo susodicho todos juntos y vos mando que luego os partáis y vayáis al dicho asiento y provincia de Lima, y en ella y en su comarca busquéis y miréis muy bien dónde se puede asentar y poblar el dicho pueblo, que tenga las calidades que conviene para que perpetúe, como conviene al servicio de su Majestad, y después de haber mirado según dicho es, con la relación de ello para que yo haga y provea cerca de ello lo que más convenga al servicio de su Majestad y á la población de dicho pueblo; y porque la leña parece que es la más necesaria para el dicho pueblo, por la falta que hay en estas partes de ella, mucho os encargo que la busquéis y os informéis de los caciques por donde andu-

viereis, y lo veais todo, por manera que de todas las calidades que hallareis que el dicho pueblo puede tener me hagáis entera y verdadera relación, como de vosotros confío, fecho en Pachacamac á 6 de Enero de 1535.—*Francisco Pizarro*; por mandato de su señoría, *Antonio Picado*.”

“En el pueblo de Pachacamac; á 13 días del mes de Enero de 1535 ante el dicho señor Gobernador parecieron juntos los dichos: Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Benito, y en presencia de mí el escribano infrascrito, y dijeron que ellos por virtud del mandamiento de su señoría han ido á ver la tierra para buscar el asiento, conforme al dicho mandamiento y que están prestos á declarar mandándosele el señor Gobernador.

”Y luego el señor Gobernador tomó y recibió juramento en forma de derecho á los dichos Ruiz Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Benito, y de cada uno de ellos por Dios y por Santa María su Madre y por una señal de la Cruz, como ésta †, en que puso cada uno su mano derecha corporalmente y por las palabras de los Santos Evangelios de quien era menester, y mejor y más largamente están escritos, que bien y fielmente con toda verdad declaran y dirán lo que les parece acerca de dicho asiento; los cuales dijeron: sí juro y amén; y habiendo jurado y prometido decir verdad, dijeron y dispusieron cada uno de ellos por sí lo siguiente:

”El dicho Juan Tello, habiendo jurado según dicho es, dijo: que él fué mandado de su señoría juntamente con los dichos, D. Alonso Martín de Benito y Ruiz Díaz á ver el dicho asiento, y que há seis días que lo andan estando por toda la tierra alrededor del pueblo de Lima, y que le parece que el asiento para hacer el dicho pueblo que se ha de hacer, estará muy bien en el asiento de

Lima; porque la comarca es muy buena, y tiene leña y tierras para sementeras y cerca puerto de la mar; y es asiento airoso, alto y escombrado que á la razón parece ser sano, tal cual conviene para asentar el dicho pueblo para que se perpetúe, y los indios que han de servir en él á los dueños no recibieron mucho trabajo por estar como están en comarca de él, y que por esto, es lo que le parece á cargo del dicho juramento, y lo firmó.—*Juan Tello.*

"El dicho Alonso Martín de D. Benito, habiendo jurado según dicho es, dijo: Que él fué por mandato de su señoría, juntamente con los susodichos Ruiz Días y Juan Tello, á ver y buscar el asiento para el pueblo que se quiere fundar en el asiento de Lima y que há seis días que lo anda, buscando y mirando el mejor sitio, y que habiendo paseado todo el (territorio del) cacique de Lima y la comarca de él, le parecía que el dicho asiento que hay en toda la tierra que vieron; porque el asiento tiene buena agua y leña en la comarca, muchas tierras buenas para sementeras y cerca del puerto de la mar, airoso y al parecer sano, y que tiene muy buenas calidades y es asiento tal, cual conviene para que el dicho pueblo se perpetúe; y que allí estaba el dicho pueblo muy bien situado, y que ésta es la verdad de lo que le parece, á cargo del juramento que hizo y lo firmó de su nombre.—*Alonso Martín.*

"El dicho Ruiz Días, habiendo jurado según dicho es, dijo: que él fué una de las personas nombradas por el dicho señor gobernador, para que fuesen á ver y buscar el asiento para el pueblo que quiere fundar en el asiento de Lima, y que há ciertos días que lo han andado, buscando juntamente con él dicho Juan Tello y Alonso Martín de D. Benito en la tierra del dicho cacique de Lima, y en su comarca, y después de haber pa-

seado y mirado muy bien dónde se podía fundar el dicho pueblo, para que tuviese las calidades que se requiere tener los pueblos que se han de fundar, le parece que el asiento de Lima es el mejor sitio que vió, halló y miró, es (al parecer) sano y cerca del puerto de la mar, airoso y tiene muy buenas salidas y tierras para labrar muchas, sin perjuicio de los indios, y en la comarca de él hay mucha leña y tiene todas las calidades que conviene examinarse para que el dicho pueblo tenga buen sitio y asiento, para que se perpetúe; y que esto es lo que le parece, á cargo de dicho juramento, y lo firmó de su nombre.—*Ruiz Días*.—Pasó ante mí, *Antonio Picado*.”

Por los autos referidos se echan de ver las diligencias tan grandes que hizo el Gobernador don Francisco Pizarro, fundador y padre de esta República, en buscarle sitio conveniente, y con cuán maduro consejo y diligente examen se hizo elección de este de Lima, que parece que tenía barruntos aquel esclarecido varón del notable aumento y majestad a que ha venido esta población, a que él entonces daba principios con tan pequeños y flacos fundamentos, si bien no del infeliz y desastroso fin con que la inconstante fortuna había de rematar sus hazañas heroicas y gloriosas empresas, quitándole cruelmente la vida por mano de sus enemigos dentro de seis años, en el mismo pueblo que ahora tan cuidadoso fundaba para dar descanso en él a su fatigada vejez, quebrantada con las continuas guerras y excesivo trabajo que en la conquista y establecimiento de este reino por tantos años padeció. Para mí tengo por indicio justo de que Dios Nuestro Señor ponía su mano con especial favor en esta fundación, y a lo mucho que había de ser servido y glorificado su santo nombre en esta cristianísima ciudad, el haber guiado a sus pobla-

dores a esta comarca y moviéndolos a que con tanta conformidad tomasen sitio en ella. Pues con no tener, cuando lo buscaban, descubierta ni vista toda la tierra, acertaron hacer elección del mayor y más a propósito que hay en toda ella para el intento que les movía, que era asentar la Corte y metrópoli de todo el reino. Porque desde que comenzaron a tratar de esta fundación fué con el fin de que esta población había de ser la principal y el emporio y silla del Gobierno de esta República; y es cosa conocida por tantos años de experiencia, sin que se hallase hombre de buen juicio que sienta lo contrario, que la Corte y residencia del Gobierno está mucho mejor en esta costa de la mar que no en la tierra adentro, así para el buen despacho y expediente de los negocios como para hacer mejor instancia a los enemigos cuando infestan las comarcas y costas de este reino; y no es menos notorio no haber en todas estas costas del Sur otro valle y campiña más dispuesta, acomodada y fértil, con puerto tan capaz y seguro como esta comarca de Lima. Escogieron, pues, este valle los tres sobredichos exploradores para asiento de la ciudad, el mismo que tenía un lugarejo de indios que en medio de él estaba, siguiendo en esto el dictamen que comúnmente guardaban los pobladores en estas Indias. Los cuales, como no pudiesen tan en breve tener entera noticia y experiencia de la tierra y sus cualidades, para escoger conveniente sitio en que poblar, juzgaban prudentemente por el mejor y más a propósito el que los naturales tenían poblado: lo uno, por hallarlo ya proveído de agua, leña y otras cosas necesarias a una república, y lo otro, porque conjeturaban sería el más sano; y fundamento era el que, en tantos años como sus fundadores tenían de experiencia, no dejarían de haber escogido para su vivienda el asiento más conve-

niente, mayormente siendo sus edificios y casas tan leves y de tan poco ruido; y consta que cuando hubieran errado en su elección al principio, luego que cayeron en la cuenta y advirtieron su yerro lo habrían enmendado, pasándose a mejor puesto, sin que se les pusiese por delante para dejar de mudarse el trabajo de labrar nuevas casas, que tan poco tiempo les había de llevar.

III

LA FUNDACIÓN

DE LA FUNDACIÓN DE ESTA CIUDAD Y EL SITIO EN QUE PERMANECE, Y LOS TÉRMINOS QUE ENTONCES LE FUERON DADOS, CON LOS QUE AHORA TIENE

Oída por el Gobernador don Francisco Pizarro la declaración que jurídicamente hicieron los exploradores sobre el sitio que habían hallado en que poblar, sin más detenerse, partió al punto para él desde el pueblo de Pachacamac, por satisfacerse por vista de ojos si era tan a propósito como se lo pintaban, y, lo principal, por hacer por su misma persona la fundación de esta ciudad. Llegado a este valle y al pueblo de Lima, y hallando ser así como le habían informado, aprobó la elección del sitio y, pagado de su bondad y comodidades, hizo en él la fundación de esta ciudad por el auto siguiente:

“Después de esto, en el dicho pueblo de Lima, en 18 días del mes de Enero del dicho año (1535), el señor Gobernador en presencia de mí el Escribano y testigos y suso escritos, dijo: que por cuanto visto el dicho pedimento á él hecho por la justicia, rejimiento y vecinos

de dicha ciudad de Jauja, él proveyó á los dichos Ruiz Días, Juan Tello y Alonso Martín de Benito para que viniesen como vinieron á ver el dicho asiento y parecer del dicho cacique de Lima, cerca de lo cual dijeron sus pareceres según que todo lo suyo se contiene, y que ahora él ha venido juntamente con los señores oficiales de su Majestad: Alonso Riquelme, tesorero; García de Salcedo, veedor, y Rodrigo de Mazuelas, que fué nombrado juntamente con el dicho veedor por el dicho Rejimien- to, para hacer lo susodicho, y ha visto y paseado ciertas veces las tierras del dicho cacique de Lima, y examinado el mejor sitio, y le parecía y fué parecido que el dicho asiento del dicho cacique es el mejor, y junto á él el río, contiene en sí las calidades susodichas que se requieren tener los pueblos y ciudades para que se pueblen y ennoblezcan, y se perpetúen y estén bien situados; y porque conviene al servicio de su Majestad y bien y sustento común y población de estos sus reinos, y conservación y conversión de los caciques é indios de ellos, y para que mejor y más presto sean instruidos y reducidos al conocimiento de las cosas de Nuestra Santa Religión. Por lo cual, en nombre de sus Majestades, como su Gobernador y Capitán General de estos dichos reinos, después de haber hallado el dicho sitio con acuerdo y parecer de dichos señores oficiales de su Majestad, que de sus mercedes se hallaron, y del dicho Rodrigo de Mazuelas, mandaron y mandó que el dicho pueblo de Jauja, asimismo el de San Gallán, porque no están en asiento conveniente, se saquen á este dicho asiento y sitio. Por cuanto el dicho pueblo de Jauja se fundó, visto que la tierra no estaba vista, para que el dicho pueblo estuviese mejor fundado, é hizo la dicha fundación de él, con ordenamiento y condición que se pudiese mandar á otro lugar que más conveniente

pareciere, y que ahora como dicho es, conviene que de los dichos pueblos se haga nueva fundación y porque el principio de dicho pueblo y ciudad ha de ser en Dios y por Dios, y en su nombre, como dicho es, conviene principiarlo en su iglesia; comenzó la fundación y traza de la dicha ciudad, de la iglesia que puso por nombre Nuestra Señora de la Asunción, cuya advocación será, en la cual como Gobernador y Capitán General de su Majestad de estos dichos reinos, después de señalada la plaza hizo y edificó la dicha iglesia, y puso por sus manos la primera piedra y los primeros maderos de ella, y en señal y tenencia de la posesión que justamente tiene tomada en estos dichos reinos, así de la mar como de la tierra descubierta y por descubrir, y luego repartió los solares á los vecinos de el dicho pueblo, según parecerá por la traza que de dicha ciudad se hizo. La cual espera de Nuestro Señor y su bendita Madre que será tan grande y tan próspera cuanto conviene y la conservará y aumentará para perpetuamente de su mano, pues es hecho y acabado y edificado para su santo servicio y para que su santa fe sea ensalzada y aumentada entre estas gentes bárbaras, que hasta ahora han estado descuidadas de su conocimiento y verdadera doctrina y servicio, para que la guarde y conserve y libre de los peligros de sus enemigos y de los que mal y daño le quisiesen hacer, y confío en la grandeza de su Majestad, que siendo informado de la fundación, confirmará y aprobará la dicha población de mí en su real nombre hecha, y le hará muchas mercedes para que sea ennoblecida y se conserve en su servicio, y los dichos señores Gobernador y oficiales reales, lo firmaron de sus nombres; y asimismo el dicho Rodrigo de Mazuelas testigos que fueron presentes; Ruiz Díaz y Juan Tello y Domingo de la Presa, escribano de su Majes-

tad, estantes en el dicho asiento y cacique de Lima.—*Francisco Pizarro, Alonso Riquelme, García Salcedo, Rodrigo de Mazuelas.*”

Que asentada y trazada la ciudad, conforme a la planta y dibujo que para ello se hizo en papel, en el mismo asiento del pueblo de indios, dichos Lima, que estaba en la ribera del río, a la banda del Sur, en el mismo sitio y lugar que hoy ocupa la plaza y casas reales, 40 leguas distantes del primer asiento que tuvo en el valle de Jauja, 38 leguas de San Gallán y cerca de la mar y puerto del Callao, en 52 grados escasos de elevación del polo antártico; concluído con la fundación y reparto de solares, se pasaron luego aquí los vecinos, y rastros se ven el día de hoy del Tambo real de Hatun-Jauja; también se mudaron y avecindaron en este lugar los españoles que habían comenzado la población de San Gallán, en el valle de Pisco, siete leguas de la mar río arriba, donde permanecen hasta ahora muchos montones de adobes que habían hecho para edificar algunas paredes, y hasta casas que iban labrando. Había cometido el Gobernador Pizarro la fundación de aquel pueblo a Nicolás Rivera y mandado se pasen a él los vecinos de Jauja que tenían repartimiento de indios en los llanos.

Los términos que en su fundación le fueron señalados a esta ciudad es todo lo que se comprende en la jurisdicción de este arzobispado y de Guamanga, y encomendó el Gobernador en sus pobladores los repartimientos de indios que se contenían en ellas. Pero duráronle poco estos tan extendidos y amplios límites, porque la intención del Gobernador era que las poblaciones de españoles se hiciesen en las mismas provincias y comarcas de los repartimientos y caciques que a los pobladores se daban en encomienda y depósito, para que los indios no fuesen trabajados en acudir de lejos a ser-

vir a sus encomenderos (que es causa con que le había movido a querer dividir el pueblo de Jauja, como queda visto). Luego que esta ciudad comenzó a crecer con los muchos españoles que habían acudido a avecindarse en ella; visto que ya no había ningún peligro en dividir las ruezas, puso por obra su intento, fundando en la población de Guamanga la ciudad de San Juan, y mandando se pasen a ella los vecinos de ésta que tenían repartimiento en aquellas provincias. Hízase aquella población por el mes de febrero de 1539, la cual resistió y contradijo tanto esta ciudad, aunque ya llegaban sus vecinos a doscientos, que nombró a Domingo de la Presa, alcalde ordinario, y a don Juan de Barbarán y a Juan de Berrio, todas las personas principales, para que pareciesen ante el Gobernador y le hiciesen un requerimiento, representándole el daño y perjuicio que se seguía a esta ciudad de sacarle sus vecinos para ir a poblar a otra parte. Mas, sin embargo de este requerimiento, la población fué hecha, y con el distrito que se le dió se acortaron los límites de esta ciudad.

Tres años después, que fué el 1542, el Gobernador de Vaca de Castro fundó la ciudad de León de Guánuco, en la jurisdicción de esta de Lima, quitándole las provincias que señaló por distrito de las de Guánuco, no obstante la contradicción grande que le hizo esta ciudad a aquella población, que en 6 de noviembre del mismo año de 1542 dió poder a Pedro de Valladolid, procurador de causas, para que ante el Gobernador contradijese aquella población, por caer en términos suyos y estar repartidas aquellas provincias en vecinos de esta ciudad de Lima, y que en caso de que se poblase pidiese al Gobernador la dejase a la jurisdicción de esta ciudad; pero ni lo uno ni lo otro alcanzó después. Así han fundado otros pueblos de españoles, y con el trans-

curso del tiempo se ha ido repartiendo y dividiendo el distrito a esta ciudad en los corregimientos que se han ido acrecentando, con que se ha venido a estrechar sus límites, que no tiene hoy más que cinco leguas en su contorno, si bien es verdad que en lo que toca a las encomiendas de indios pertenecen a esta ciudad, en cuyos vecinos están repartidos los de los regimientos y provincias siguientes: Ica, Cañete, Cercado, Jauja, Yauyos, Guarochirí, Canta, Chancay, Santa, Guayla y Cajatambo, que cogen todos el lugar de la costa del arzobispado, en que hay más de veinte pueblos de españoles, las cinco villas y los demás lugares, 340 de indios, y en ellos 71 encomiendas; 26.000 indios tributarios y once a doce mil vecinos españoles, con los de esta ciudad; 140 doctrinas y curatos, en pueblos de indios y españoles.

CARTA DE LOS REYES DON CARLOS Y DOÑA JUANA, SU MADRE, DE VALLADOLID, A 3 DE NOVIEMBRE DE 1536, AL GOBERNADOR FRANCISCO PIZARRO, APROBANDO LA FUNDACION DE LIMA

“Por cuanto nos somos informados que teniendo el adelantado D. Francisco Pizarro, nuestro Gobernador y Capitán Gral. de la provincia del Perú, poblado de españoles el valle que dicen de Jauja, que es en la dicha provincia del Perú, el dicho Gobernador, con acuerdo de nuestros oficiales de la dicha provincia, pareciéndoles que convenía que la dicha población se mudase á otra parte, porque los indios que estaban en el llano, á causa de subir á la sierra á servir á los españoles, á quien estaban encomendados, se morían los más, mudó la dicha población á la costa de la dicha provincia, en la tierra que llaman Lima, é hizo en ella un pueblo, al

cual llamó é intituló la ciudad de Los Reyes, é por parte del dicho nuestro Gobernador nos ha suplicado mandásemos confirmar la mudanza del dicho pueblo, pues así convino á nuestro servicio ó al aumento é población de la tierra é conservación é buen tratamiento de los naturales della, ó como la nuestra merced fuere; lo cual visto por los del nuestro Consejo de las Indias, acatando lo susodicho, fué acordado que debíamos mandar é confirmar la dicha mudanza, é dar esta nuestra carta en la dicha razón, é nos tubimoslo por bien é por la presente confirmamos, loamos y aprobamos la mudanza que el dicho nuestro Gobernador D. Francisco Pizarro hizo del dicho pueblo que así estaba hecho en el dicho valle de Jauja á la dicha provincia de Lima, é que le haya llamado é intitulado la ciudad de Los Reyes, é mandamos que así se llame é intitule de aquí adelante, é que goce de las preeminencias é prerrogativas é inmunidades que puede y debe gozar por ser ciudad; y encargamos al ilustre príncipe don Felipe nuestro muy caro é muy amado nieto é hijo y mandamos á los infantes, duques, prelados, marqueses”, etc., etc.

(Del *Libro de los Cabildos de Lima*, por E. Torres Saldamando. Lima, 1888.)

PRIVILEGIO DE ESCUDO DE ARMAS QUE EL INVICTISIMO EMPERADOR CARLOS V, REY Y SEÑOR NUESTRO, DIO A ESTA CIUDAD DE LOS REYES.
Y CONFIRMACION DE SU FUNDACION

“Don Carlos por la Divina Clemencia, emperador de los romanos, augusto rey de alemania, e Doña Juana su madre, el mismo Don Carlos por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, de Leon, de aragon, de las dos Cici-

lias, de Hierusalem, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, Demallorcas, de Sevilla, de Serdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los algarbes, de algeciras, de Jibraltar, de las islas de Canaria, de las indias yslas, y tierra firme del mar oceano, Condes de Barcelona, señores de Viscaya y de Molina, duques de Athenas, y de neopatria, Condes de Rosellon y Cerdania, Marqueses de Oristain y de gociano, archiduques de austria, Duques de Borgoña y de Brabante, Condes de Flandes y Tirol &, &. Por cuanto nos siendo informados, que teniendo el marqués Don Francisco Pizarro, nuestro adelantado, gobernador y capitán general de la nueva Castilla llamada Perú del nuestro conss., poblado de españoles el valle que dicen de Jauja ques en la dicha provincia, el dicho Marques con acuerdo de los nuestros oficiales della, pareciéndoles que convenia y por algunas causas. Trasmudó la dicha poblacion a la costa de dicha Tierra en una Provincia que en lengua de yndios se dice Lima, y en ella hizo un pueblo de cristianos españoles, alqual mandamos llamar e intitular la Ciudad de los Reyes, e por agora hernando de Zevallos ennombre de los vecinos della, nos ha suplicado queacatando lo que han servido, mandásemos dar á la dicha ciudad armas que pongan en sus banderas y sellos y en las otras partes y lugares quecuiesse y por bien tubiese o como la nuestra merced fuese, enosacatando los muchos peligros e trabajos que los vecinos de la dicha ciudad pasaron en la conquista y poblacion de la dicha provincia y lo que en ellos nos sirvieron, y porque es justo que los que bien y fielmente sirven á sus Reyes y señores naturales, sean dellos favorecidos y honrados: nos por mas honrar y favorecer a la dicha Ciudad tuvimoslo por bien é por la presente es nuestra merced y Voluntad que agora y de aqui

adelante perpetuamente para siempre jamas, la dicha ciudad de los Reyes aya y tenga por sus armas conocidas. Un escudo en campo azul con tres coronas de oro de Reyes puestas en triángulo, y encima dellas una estrella de oro la cual cada una de las tres puntas de la dicha estrella toque a las tres coronas, y por orla unas letras de oro que digan Hoc signum Vere Regum est; en campo colorado y por timbre y divisa dos aguilas negras de corona de oro de Reyes que se miren la una á la otra, y abracen una I y una K que son las primeras letras de nuestros nombres propios, y encima de estas dichas letras una estrella segun que aqui van figuradas y pintadas:

"las cuales dichas armas damos á la dicha ciudad de los Reyes por suyas y como suyas señaladas y conocidas para agora y para siempre jamás, como dicho es; le damos licencia y facultad para que las traygan y pongan e las puedan traer e poner en suspendones, sello y escudos y Vanderas y edificios y en las otras partes y Lugaresque quisieren y por bien tuvieren: y segun y como y de la forma ymanera que las traen e ponen en las ciudades destos nuestros Reinos de Castilla a quien tenemos dadas armas e divisas: e por esta nuestra carta e por su traslado signado descrivano público, encargamos al Illustrísimo Principe don Felipe; nuestro muy caro y muy amado nieto e hijo e a los Infantes, Perlados Duques, Marqueses, Condes, Ricos homes, maestros de las ordenes, Priores, Comendadores y subcomendadores, alcaydes de los Castillos y casas fuertes y llanas y a los del nuestro consejo, alcaldes, alguaciles de la nuestra casa y corte y Chancillerías y á todos los consejos, correjidores, asistentes, Gobernadores Alcaydes, alguaciles maiores, prevostes, Veinte y cuatro Regidores, Jurados, Caballero, Escuderos oficiales y omes buenos

de todas las ciudades, Villas y lugares destos nuestros Reynos y señorios y cada uno y qualquier dellos en su jurisdiccion, que le han de guardar. La dicha merced que assí les hacemos de las dichas armas, e que las hayan y tengan. Por veras armas conocidas y vos las dejen comotales poner y traer y que en ello ni en parte dello pongan embargo ni contrario alguno, ni por alguna manera, sopena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra cámara a cada uno que lo contrario hiciere: y demas mandamos al ome á que esta dicha nuestracarta se mostrare o el dicho su traslado signado de escribano publico, segun dicho es que les emplace que parezcan ante nos en la nuestra corte, doquier que nos seamos del dia que los emplazare hasta quinze dias primeros siguientes, sola dicha pena, sola qual mandamos a qualquier escribano público que para esto fuere llamado, que dé, al que la mostrare testimonio signado con su signo, porque nos sepamos cómo se cümple nuestro mandado.—Dada en la villa de Valladolid a siete dias de mes de Diciembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo, de mill y quinientos y treinta y siete años— Yo el Rey— Yo Ju.º Vazques de Molina, secretario de su Cesárea y cathólicas Magestades las içe escribir por su mandado.”

(Del *Libro de los Cabildos de Lima*, por E. Torres Saldamando.)

PIZARRO, EL FUNDADOR

PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO

POR

FELIPE SASSONE.

De Felipe Sassone, gran escritor, gran bohemio y gran limeño, es esta descripción de la magnífica escena de la isla del Gallo, el momento de más decisivo heroísmo en la vida de Pizarro y en la gesta de la conquista peruana, que Sassone ha sabido describir, como nadie, con viveza de emoción y de colorido, con intuición de poeta y elegancia y sencillez de historiador clásico.

Francisco Pizarro abandonó su tienda y se acostó en la arena. Estaba en la solitaria Isla del Gallo, hacia el Norte del Perú. Era una noche de estío, clara y tropical.

El cansancio excesivo, el hambre y la sofocación producida por el calor que emanaba de la tierra como un aliento infernal, y sobre todo la espera, esa espera de alucinado, sediento de oro, causaban el insomnio del valeroso español. De repente se puso en pie y aspiró a grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos, al par soñadores y enérgicos, escrutaban inútilmente ansiosos una nave amiga por la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá

arriba, la luna llena, redonda, enrojecida como un extraño sol nocturno. Pizarro volvió a tenderse en la playa. Los rayos del satélite rielaban sobre el mar y un reflejo azulado, irradiando sobre la coraza del conquistador, dábale en la soledad de la noche un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el gran lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso del bravo aventurero, cuya palidez de cera nimbaba la luna, contrastando con el negror de la barba luenga y poblada, recortábase como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero noble en su miseria como un héroe en desgracia, la bella figura de Francisco Pizarro, todo un gran caballero anacrónicamente medieval y fanático, parecía predecir otra figura: la de aquel gran loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes. Tendido en la arena, Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo adivinar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extremeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos primero, criado después de un monje, platero artífice que, labrando custodias y cálices, despertó su codicia y su sed de riquezas; la tristeza de los que no fueron niños jamás había traducido en él en un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un "nuevo mundo" por aquel entonces tan en boga, comparadas con lo miserable de su condición, sugiriéronle un deseo incierto e incontenible de batalla y de oro.

Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué, a la presencia inesperada del Océano Pacífico, cuando vió a Núñez de Bolboa entrar en las aguas y con épico grito exclamar: "Yo me apodero de vosotras en nombre de

mi señor el Rey de España", cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que iba a conquistar. Y entonces puso la suerte en su camino a dos hombres como él, ambiciosos y decididos: Hernando de Luque y Diego Almagro, que cooperaron a la empresa, reunieron dinero, equiparon fuerzas, consiguieron la protección del Gobernador de Panamá y comulgaron de una misma hostia con Pizarro, jurando por Dios llevar más allá de los mares el culto bendito y la doctrina insuperable de la cruz. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente activo y belicoso de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, con un puñado de hombres hambrientos, esperaba en la Isla del Gallo un refuerzo del Gobernador de Panamá. Había combatido rudamente con los indios en varios parajes; había sobrevivido a siete flechas que se clavaron en su pecho; había resistido largos días entre selvas de insectos y de miasmas mortíferos, y todo iba a perderse en una hora de desaliento, en aquella fatídica Isla del Gallo, por un refuerzo que tardaba mucho en llegar. Los soldados se negaban a seguirle; como los tripulantes de Colón amenazaban al genovés porque la tierra no aparecía, las huestes del conquistador extremeño protestaban contra tanto sufrir por unas dudosas baratijas de oro. ¡Ah, pero él resistiría, él debía resistir, porque era un caballero español, esforzado y fanático, y porque había emprendido la conquista en el nombre de Dios! Y pensando las frases con que arengar a sus soldados, Pizarro se amodorró bajo el aliento de aquella noche estival de los trópicos, clara y ardiente.

.....

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el rostro demacrado del conquistador español. Francisco Pizarro

se puso en pie. En el agua del mar trató en vano de refrescar sus sienes calenturientas, y luego interrogó una vez más el horizonte con la mano en la frente, a guisa de pantalla. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la arena, el océano y el aire tenían a la vez una diáfana y áurea coloración. Mejor dicho, no tenían color: era todo luz blanca. De pronto el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen a nosotros!

De las tiendas que albeaban en la llanura amarilla salieron cien soldados, macilentos, con débil paso y con crujiente son. Sus armaduras incompletas brillaban todavía. Allá lejos, en el cielo luminoso, se recortaban las velas de dos galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Todos se agolparon en la playa. Pizarro animaba a su tropa con sonora voz:

—¿Veis? ¡Resurja en nuestros ánimos la esperanza; ya viene el refuerzo: nuestra será la gloria; nuestra religión redimirá a los bárbaros y nuestro será el oro del Perú!

Pero la esperanza se desvaneció pronto. Arribados los dos buques y desembarcados los viajeros, pronto se vió que no venían a prestar ayuda, sino a echar por tierra todos sus esfuerzos. El caballero Tafur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse a Pizarro en tono de reproche zumbón. Era hombre pequeño y ventruado, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus finos labios, astutos y descoloridos, había una expresión fría de malicia y de perversidad.

—Vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura cura y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tafur—respondióle Pi-

zarro, en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada bajo el arco magnífico de las cejas—. No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré; no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no se salva mi empresa.

—Bueno, bueno; todas esas altiveces, seor Pizarro, a don Pedro de los Ríos, al ilustrísimo Gobernador de Panamá y no a mí, pues él me envía.

Del trópel de soldados salió un grito ansioso:

—¡Loado el señor Gobernador, que manda por nosotros!

—¡Callad—rugió Pizarro—; dejad que nos entendamos el caballero y yo!

—Pues, sí—prosiguió Tafur—; han llegado al Gobernador noticias de vuestros mismos soldados, que se quejan de las penalidades y miserias que sufren en esta quimérica expedición en pos de un quimérico mundo de sueños y de fábula, y ordena que todos volváis a Panamá.

—Todos, no—exclamó Pizarro—, que en mi libre albedrío nadie manda, y he de quedarme a morir con mi locura o a triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y bajo la voz iracunda, la gran barba de Cristo bizantino tembló en belicoso vibrar.

—Eso, al Gobernador—murmuró con su helada sonrisa Tafur.

—¡Y a vos, grandísimo bellaco!—rugió Pizarro—. ¡A vos, emisario de la cobardía y de la desconfianza, que no os avergonzáis de venir a sobornar a un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos!

—Reportaos, seor Pizarro, y no hagáis que se convierta en misión de sangre ésta de paz con que a vosotros vengo.

—¡Ira de Dios!—gritó fuera de sí el conquistador—. ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza! ¡Venid que os muestre cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey nuestro señor!

Los soldados ya se agitaban como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposa hueste de Pizarro salió el piloto Ruíz a apaciguar los ánimos.

—¡Calma, hermanos! Caballero Tafur, seguid a don Francisco a su tienda y entendedos allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis a los soldados!

El emisario de Pedro de los Ríos explicó al conquistador que se había recibido dentro de un ovillo de algodón de los que fueron enviados como muestra de la riqueza del nuevo mundo, una carta del soldado Sarabia, quejándose de lo infructuoso de la empresa. Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tafur se la leyó, con la copla sangrienta que le servía de estribillo:

Pues, señor Gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.

Inútiles fueron todas las súplicas; inútiles las protestas de que era evidente la existencia de un reino suntuoso, "El Dorado", a pocas leguas.

—Dejadnos un buque, dejadnos provisiones—suplicaba Pizarro—, y yo os respondo del éxito. Asociaos a mí; seréis rico, os cubriréis de gloria...

—Comprendo que la ambición os ciegue, y admiro vuestro valor; pero he de cumplir las órdenes recibidas. Salgamos, pues; embarcaos con vuestros soldados. Estáis viejo ya para tales andanzas.

—El corazón no envejece, caballero Tafur; que los soldados decidan; pero yo no me voy.

Al caer la tarde, reunidos todos, Pizarro los arengó con un resto de esperanza:

—Oidme. Ha habido entre vosotros un Judas que ha escrito al Gobernador don Pedro de los Ríos quejándose de mí y de lo alocado de la empresa. ¿Qué hice yo para merecerlo? ¿No fué mi pecho el primer blanco que se ofreció a las flechas de los indios? ¿No he padecido con vosotros el hambre y la sed? ¿No he recibido siete heridas? ¿No he sido para vosotros, más que capitán, enfermero y hermano? Injusto y cobarde ha sido; pero le perdono al Judas con tal de seguir...

Una voz de entre los soldados salió a interrumpir el discurso:

—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro.

Y un clamor unánime agregó:

—¡A Panamá! ¡A Panamá! ¡A Panamá!

—Y a Panamá iréis, tened calma—aseguró Tafur.

Entonces Pizarro desenvainó su espada, y, rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán, trazó en la arena una línea de Oriente a Occidente (1). Sus ojos brillaban con fulgor de poseído, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí—dijo señalando al Norte—se va a Panamá, a la pobreza y a la vergüenza; por allá—agregó señalando al Sur—se va al Perú, a ser ricos y a llevar la religión verdadera del verdadero Dios. Ahora, escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estu-

(1) Y no de Norte a Sur, como dicen, equivocadamente, algunos historiadores.

viese—y erguido, con majestuoso continente, el esforzado y noble y fanático caballero pasó la raya. El griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu de los héroes homéricos, la pasó también, y luego el piloto Ruiz, y luego diez más, vencidos por el ejemplo de su capitán. Este habló entonces entre el reducido grupo que le rodeaba, inmóvil y fiero, como esperando a un escultor que copiara la grandiosa apostura.

—Ya lo veis, caballero Tafur, pocos somos, trece tan sólo; pero como tenemos fe para cruzar las montañas que nos separan del Perú, nosotros creceremos como gigantes. Regocijaos, amigos y fieles soldados del Rey nuestro señor, porque, aunque perezcáis en la demanda, siempre habréis cumplido la más grande de las victorias: vencer a la muerte y al olvido.

Sobre la espada de Pizarro, doce espadas más cayeron, formando doce cruces en una sola.

—Por la cruz de nuestra espada—dijo el griego—, juramos todos correr la misma suerte.

—Y esa cruz—terminó Pizarro—será el símbolo que triunfará en el Nuevo Mundo.

Resueltos ya a permanecer y a llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese a Panamá a dar cuenta a Luque y a Almagro de los acontecimientos, y a exhortarlos que no desmayaran en prestarle ayuda.

La despedida fué conmovedora. Los que partían, confusos y apenados, veían con lágrimas en los ojos a los doce restantes, a quienes consideraban víctimas de su osadía y de su obstinación.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles parte de sus provisiones, y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el leja-

no horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor. En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol, enrojecido, se hundió tras el Océano como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

LA CASA DE PIZARRO

TRADICIÓN

POR

RICARDO PALMA

Mientras se terminaba la fábrica del palacio de Lima, tan aciago para el primer gobernante que lo ocupara, es de suponer que Francisco Pizarro no dormiría al raso, expuesto a coger una terciana y pagar la chape-tonada, frase con la que se ha significado entre los criollos las fiebres que acometían a los españoles recién llegados a la ciudad. Estas fiebres se curaban sin específico conocido hasta los tiempos de la Virreina condesa de Chinchón, en que se descubrieron los maravillosos efectos de la quinina. A esos cuatro o seis meses de obligada terciana era a lo que llamaban pagar la chapetonada, aunque prójimos hubo que dieron finiquito en el cementerio o bóveda de las iglesias.

Hecho el reparto de solares entre los primeros po-

bladores, don Francisco Pizarro tuvo la modestia de tomar para sí uno de los lotes menos codiciados.

El primer año de la fundación de Lima (1535) sólo se edificaron treinta y seis casas, siendo las principales la del tesorero Alonso Riquelme, en la calle de la Merced o Espaderos; la de Nicolás de Ribera, el Viejo, en la esquina de Palacio; las de Juan Tello y Alonso Martín de don Benito, en la calle de las Mantas; la de García de Salcedo, en Bodegones; la de Jerónimo de Aliaga, frente al Palacio, y la del marqués Pizarro.

Hallábase ésta en la calle que forma ángulo con la de Espaderos (y que se conoce aún por la de Jesús Nazareno), y precisamente frente a la puerta lateral de la iglesia de la Merced y a un nicho en que, hasta hace pocos años, se daba culto a una imagen del Redentor con la cruz a cuestas. Parte del área de la casa la forman hoy los almacenes inmediatos a la escalera del hotel Europa, y el resto pertenece a la finca del señor Barreda.

Hasta 1846 existió la casa, salvo ligeras reparaciones, tal como Pizarro la edificara, y era conocida por la casa de cadena, pues ostentábase en su pequeño patio esta distinción señorial, que desdecía con la modestia de la arquitectura y humildes apariencias del edificio.

Don Francisco Pizarro habitó en ella hasta 1538, en que, muy adelantada ya la fábrica del Palacio, tuvo que trasladarse a él. Sin embargo, su hija doña Francisca, acompañada de su madre, la princesa doña Inés, descendiente de Huayna-Capac, continuó habitando en la casa de la cadena hasta 1550, en que el Rey la llamó a España. Doña Inés Yupanqui, después del asesinato de Pizarro, casó con el regidor de Cabildo don Francisco de Ampuero, y arrendó la casa a un oidor de la

Real Audiencia, y en 1631 el primer marqués de la Conquista, don Juan Fernando Pizarro, residente en la metrópoli, obtuvo declaratoria real de que en dicha casa quedaba fundado el mayorazgo de la familia.

Anualmente, el 6 de enero, se efectuaba en Lima la gran procesión cívica conocida con el nombre de paseo de alcaldes. Después de practicarse por el Ayuntamiento la renovación de cargos, salían los cabildantes con la famosa bandera que la República obsequió al general San Martín (y cuyo paradero anda hoy en problema), y venían a la casa de Pizarro. Penetraban en el patio alcaldes y regidores, deteníanse ante la cadena y batían sobre ella por tres veces la histórica e historiada bandera, gritando: ¡Santiago y Pizarro! ¡España y Pizarro! ¡Viva el Rey!

Las campanas de la Merced se echaban a vuelo, imitándolas las de más de cuarenta torres que la ciudad posee. El estampido de las camaretas y cohetes se hacía más atronador, y entre los vivas y gritos de la muchedumbre se dirigía la comitiva a la Alameda, donde un muchacho pronunciaba una loa en latín macarrónico.

El Virrey, oidores, cabildantes, miembros de la real y pontificia Universidad de San Marcos y todos los personajes de la nobleza, así como los jefes de oficina del Estado, se presentaban en magníficos caballos lujosamente enjaezados. Tras de cada caballero iban dos negros esclavos, vestidos de librea y armados de gruesos plumeros, con los que sacudían la crin y arneses de la cabalgadura. Los inquisidores y eclesiásticos acompañaban al arzobispo, montados en mulas ataviadas con no menos primor.

Así en este día como en el de la fiesta de Santa Rosa, el estandarte de la ciudad, llevado por el alférez real,

cargo hereditario o vinculado en cierta familia, iba escoltado por veinticinco jinetes, con el casco y armadura de hierro que usaron los soldados en tiempos del marqués conquistador.

Las damas de la aristocracia presenciaban desde los balcones el desfile de la comitiva, o acudían en calestín, que era el carruaje de moda, a la Alameda, luciendo la proverbial belleza de las limeñas.

Danzas de moros y cristianos, payas, jíbaros, papahuevos y cofradías de africanos con disfraces extravagantes recorrían más tarde la ciudad. El pueblo veía entonces en el Municipio un poder tutelar contra el despotismo de los Virreyes y de la Real Audiencia. Justo, muy justo era que manifestase su regocijo en ocasión tan solemne.

En septiembre de 1812 se recibió y promulgó en Lima el siguiente Decreto de las Cortes de Cádiz, comunicando al Virrey que el Consejo de Regencia:

“Considerando que los actos positivos de inferioridad, peculiares a los pueblos de Ultramar, monumento del antiguo sistema de conquista y de colonias, deben desaparecer ante la majestuosa idea de la perfecta igualdad.

”Queda abolido el paseo del Estandarte real que acostumbraba hacerse anualmente en las ciudades de América, como un testimonio de lealtad y un monumento de la conquista de aquellos países.—Esta abolición no se extiende a la función de iglesia que se hacía en el mismo día del paseo del Estandarte real, la cual seguirá celebrándose como hasta aquí.—La gran solemnidad del Estandarte real se reservará, como en la Península, para aquellos días en que se proclame un nuevo Monarca.”

Restablecido en 1815 el régimen absoluto, quedó de-

rogada esta disposición, y desde ese año hasta que los amagos de independencia lo permitieron, siguió paseándose el estandarte el 6 de enero y el Jueves Santo, que era otro de los días de precepto.

En 1821 se efectuó, pues, por última vez en Lima el paseo de alcaldes; y desde entonces apenas hay quien recuerde cuál fué el sitio en donde estuvo la casa de Pizarro, que hemos debido conservar en pie, como un monumento o curiosidad histórica.

LOS ULTIMOS AÑOS DE PIZARRO

POR

RAÚL PORRAS BARRENECHEA

Después de los rudos años de su juventud en España, Italia y América, Francisco Pizarro se recoge bajo la niebla de Lima, serenados el odio, la codicia y la ambición. Son los años, muy cortos y fugaces, de la única paz de que disfrutó en su vida, de la expansión cordial, de los afectos y gratitudes en torno, de la esplendidez señorial y hasta del olvido de los viejos rencores implacables.

En 1535, Pizarro había fundado la ciudad de Lima en el valle más ancho y central de la costa del Perú. Desde entonces, el conquistador del Perú amaba quedarse en la capital por él escogida, libre ya de la faena de cabalgar por las sierras y llanos hostiles y de blandir la espada vengativa en las contiendas. Sólo dos veces abandonó Lima para dirigirse al Cuzco, cuando

estalló la primera pretensión de Almagro y, más tarde, para apaciguar los ánimos después de la lucha de las Salinas. Pero en ambas ocasiones retornó pronto.

Su figura debió adquirir en los últimos años un aspecto patriarcal. Cercano a los setenta años, conservaba la entereza viril de su figura, erguida y algo escuálida por las muchas hambres y fatigas que había pasado, pero circundada entonces por el nimbo blanco y acogedor de la barba apostólica. Había adquirido gran decoro de maneras y gestos, pero conservaba la sencillez inalterable de sus vestidos. Ataviábase siempre de negro, y usaba, como el Gran Capitán, el sombrero y los zapatos blancos, de piel de venado, y a la diestra un puñal a la antigua. Sólo en muy raras excepciones se ponía un lujoso traje de martas que le había enviado Hernán Cortés, y que le recordaba, un poco irónicamente, su entrevista con Carlos V, en Toledo, en que el Monarca vestía un traje de esa clase.

Por primera vez en su vida, se sentía en estos años benévolo y paternal. Solía salir por las tardes a recorrer la ciudad, ansioso de su progreso, a inspeccionar las fábricas de las iglesias nacientes y a recibir el saludo de los pobladores, que se le rendía respetuoso y cordial desde las puertas de las casas. Entraba continuamente a hacer un rato de charla con los vecinos, sus antiguos compañeros de armas, y comía con el primero que lo convidaba. Repartía también numerosas limosnas, aunque ocultando su generosidad bajo una reprensión, para evitar ternezas y sensiblerías.

Su dinamismo, su espíritu luchador no se habían extinguido, sin embargo. Mantenía el cuerpo joven y ágil, a pesar de los años, e intacta su resistencia para los ejercicios corporales. Atleta formidable, como casi todos los conquistadores, había demostrado sus fuerzas



Francisco Pizarro
por Germán Suárez Vertiz

a los cincuenta años, cuando en la región de los esterros, vecina a Coaque, llevaba a los soldados a cuestras para atravesar los ríos, y seguía, pasados veinte años, haciendo largos paseos hasta las afueras de la ciudad, iba a pie a una huerta y molino que tenía cerca de ella, sin acompañamiento, y jugaba todos los días a la pelota, no permitiendo que sus criados le recogieran ésta del suelo. Y competía democráticamente en este deporte con gentes humildes, como marineros y molineros.

Seguía, por otra parte, siendo sobrio y abstinentes, no sólo en la ropa y en la mesa, sino en los demás apetitos. El cronista Zárate asegura que fué muy templado en el amor, y sólo se conocen sus relaciones con la india Inés Huaylas. No pretendió nunca mujeres españolas, que las había entonces, muy pocas, en Lima, hermanas o hijas de conquistadores, por no ofender a éstos.

Quien había conservado tan celosamente sus energías físicas tenía forzosamente que mantener su arrogancia moral. En la ciudad que él había fundado, capital del reino por él descubierto, en medio de vecinos que le habían obedecido siempre y que le debían vida y fortuna, lejos del Rey y de la Corte, Francisco Pizarro se sentía el dueño y señor legítimo del Perú. El respeto al Rey era un simple convencionalismo, sujeto a la revisión de su voluntad y al sentido en que se moviera su brazo. Su filosofía espontánea y natural había reemplazado los dogmas monárquicos con una política propia, adquirida y probada en la experiencia. En su fuero íntimo no admitía en el Perú ninguna autoridad por encima de la suya. Cuando el comisionado real Berlanga le pide cuentas de su administración, él responde que nadie se las pidió cuando él iba con la mochila a cuestras para ganar el Perú, y que ahora que

la tierra estaba ganada querían enviarle padrastro. Y a Juan de Guzmán dijo en otra ocasión: "¿Qué es lo que pueden escribir, sino decirle—al Rey—que me quieren tomar y usurpar lo que con tanto trabajo gané?" Y cuando uno de los parciales de Almagro le requiere para que diga hasta dónde piensa extender los límites de su gobernación, él responde impertérrito, con ademán imperial: "¡Hasta Flandes!"

Arquetipo del conquistador, heroico, codicioso, fanático, ignorante, cruel, anárquico, Francisco Pizarro es la figura más arrogante que ha cruzado por la historia del Perú. No hay quien más a tono supiera acordar la vida con la muerte. Hombre de acción, sobre todo, que vivió continuamente en obra, destruyendo o creando, pero en perpetua actividad, sin conocer jamás el reposo absoluto ni el ocio. Y como hombre de acción, espíritu sin amarras ni raíces sentimentales, presto a desligarse de todo, sin más perspectivas que las del futuro, sin mirar nunca atrás en la propia vida ni en la de los otros, fugitivo de sí mismo y de toda intimidad asentadora. Y, por eso, su inquietud de crear y su falta de compromisos con el pasado. A los cincuenta años, mirando sólo adelante, emprende la conquista del Perú; pasados los sesenta emprende la fundación de Lima. Veinte años pasados de amistad no significan nada para él si le estorban lo único que para tal hombre vale: el porvenir. He aquí por qué olvida a Ojeda, traiciona a Balboa, si traición hay en ser fiel a sí mismo y servir su propia gloria y destino; por qué ejecuta al Inca y niega su piedad a Almagro. Su sed de porvenir le arrastra, genuino Quijote, capaz de todos los heroísmos y de todas las arbitrariedades, por pura gula solitaria de inmortalidad.

FRANCISCO PIZARRO

POR

LOUIS BAUDIN

El autor de la espléndida síntesis sobre la civilización de los Incas, titulada L'Empire Socialiste des Inkas—el más documentado y original estudio sobre la organización social del Imperio peruano y sobre su régimen económico, publicado en los últimos tiempos—, es también el autor de una sugestiva biografía de Pizarro, plena de animación novelesca y de gracia evocativa, cuyo perfil final sobre la personalidad del conquistador del Perú, reproducimos por su don verídico y por el del arte.

Capitán, Gobernador, Marqués, Francisco Pizarro ha trepado en los últimos años de su vida los más altos escalones de la jerarquía social. Ha conocido el vértigo de las bruscas elevaciones y, discapacitado por su origen, sobrepasado por los acontecimientos, no ha sabido guardar el equilibrio: tan pronto gran jefe de Estado como pésimo político. La forma lo obsede: cree convertir a los hombres plantando cruces y anexar las ciudades haciendo levantar un acta por un notario. Resulta siempre superficial; nunca una sonrisa leal de mujer ilumina su ruta, nunca un impulso hacia el ideal lo eleva. No es ni marido ni padre; vive con una concubina, no con una esposa; tiene hijos, pero no se ocupa nunca de ellos—¿se ocuparon de él alguna vez?—. Don Juan de la aventura, conoce el deseo, no el amor; practica un culto, no una religión; conquista un territorio, pero no somete a un pueblo. El alma se le escapa siempre.

Sin embargo, es un hombre de orgulloso valor y de leal servicio. Su herencia campesina hace de él un buen colonizador; su herencia guerrera, un gran capitán. No tiene ninguna otra tradición. Por eso su carácter escapa a menudo al análisis y ofrece sorpresas, como la vida misma. Su rasgo más saltante es quizá esa voluntad que confina con el empecinamiento y que ha permitido que su nombre se inscriba en una de las grandes encrucijadas de la historia.

En cuanto a su obra, el transcurso del tiempo permite apreciarla ahora mejor. Rudo soporte de la civilización latina, campeón del individualismo, Pizarro ha establecido la supremacía de la raza blanca sobre los pueblos anemizados de los Andes. Sus medios de acción son muchas veces condenables; pero las circunstancias los explican y los resultados obtenidos son inmensos. Los Estados sudamericanos del Pacífico han nacido del genio de este hombre, que no sabría inspirar amor, pero que suscita la admiración.

En aquel tiempo de total incompreensión entre dos razas que se yuxtaponen sin fundirse, ¿dónde hubieran podido encontrar los indios los gérmenes de vida que sus propios jefes habían ahogado? Después del hundimiento del poder central, director de la vida económica y moral, los indios continúan vegetando en la gran sombra del pasado. Son los vencidos: vencidos por los blancos; vencidos, sobre todo, por ellos mismos. Agrupados en sus comunidades agrarias, fieles a su lengua y a sus costumbres, se repiten de generación en generación las leyendas de otrora y visten con nombres antiguos a los Cristos convulsos y a las Vírgenes, suntuosamente ataviadas, que decoran los nuevos altares: "Capac Viracocha... Gran Viracocha, hombre o mujer, escucha a tu pueblo." Por mucho tiempo to-

avía los pastores, guiando sus tropeles de llamas por entre las soledades de las punas, entre las cordilleras inmutables como sus almas, modularán sus endechas sobre su flauta de carrizo, y las mujeres, sobre el umbral de las puertas, la mirada vaga, cantarán a sus hijos las palabras de maldición de la raza roja: "Mi madre me crió bajo la lluvia y la neblina para que yo sea desgarrado como las nubes. Maldito sea el día de mi nacimiento, maldita la noche en que fuí concebido."

LIMA EN EL SIGLO XVI



Carroza de la época virreinal.

COLONIAJE

POR

JOSÉ SANTOS CHOCANO

¡Vale un Perú!—y el oro corrió como una onda.
¡Vale un Perú!—y las naves lleváronse el metal...
Pero quedó esa frase magnífica y redonda,
como una resonante medalla colonial.

Dijérase que el arca de un Crespo se desfonda...
¡Oh Edad de los Virreyes, que nunca tuvo igual!;
se abren los ojos claros de la virreina blonda
y hace brillar sus piedras la mitra episcopal...

¿Cúyo el balcón morisco que un púlpito remeda?
 ¿Quién descolgó la escala de retorcida seda?
 ¿Cuál paseo, el de sauces, que en el río se ve?...

La Edad de los Virreyes es baile de gran brillo,
 y en él, mientras se doblan las basas de un tresillo,
 parecen desdoblarse los cuadros de un minué...

LIMA EN 1550

SEGÚN EL CRONISTA

PEDRO CIEZA DE LEÓN

Entre los primeros cronistas, por la honradcz de su autoridad y seguridad de su documentación está Pedro Cieza de León, el autor de la Crónica del Perú, del Señorío de los Incas y de la historia de las guerras civiles de la conquista. Cieza vivió de principios del siglo XVI a mediados de éste. En su juventud fué soldado en el Perú, y en sus ocios de campaña tomaba apuntes, notas e informaciones directas de testigos y lugares, que más tarde recogió en libros. Su Crónica es el primer ensayo de una geografía peruana y un itinerario de todos los caminos, ciudades y monumentos antiguos del Perú, un verdadero Baedeker de la época de la conquista, como la titula Baudin. Del Baedeker centenario tomamos la descripción de la entonces Ciudad de los Reyes. Como notas distintivas de la ciudad seiscentista están la atmósfera delcitososa de los huertos y jardines y ese rústico sabor a granja que le dan los árboles—naranjos, higueras y granados—, las yuntas de bueyes pacientes, los molinos y los palomares. Símbolo permanente, ya estaba la cruz, presidiendo el panorama, sobre el cerro doméstico.

DE LA MANERA QUE ESTÁ SITUADA LA CIUDAD DE LOS REYES Y DE
 SU FUNDACIÓN Y QUIÉN FUÉ EL FUNDADOR

El valle de Lima es el mayor y más ancho de todos los que se han escrito de Túmbez á él; y así, como era grande, fué muy poblado. En este tiempo hay pocos

indios de los naturales; porque, como se pobló la ciudad en su tierra y les ocuparon sus campos y riesgos, unos se fueron á unos valles y otros á otros. Si de ventura han quedado algunos, ternán sus campos y acequias para regar lo que siembran. Al tiempo que el adelantado don Pedro de Albarado entró en este reino hallóse el adelantado don Francisco Pizarro, Gobernador dél por su Majestad, en la ciudad del Cusco. Y como el mariscal don Diego de Almagro fuese á lo que apunté en el capitulo que trata de Riobamba, temiéndose el Adelantado no quisiese ocupar alguna parte de la costa, abajando á estos llanos, determinó de poblar una ciudad en este valle. Y en aquel tiempo no estaba poblado Trujillo ni Arequipa ni Guamanga, ni las otras ciudades que despues se fundaron. Y como el Gobernador don Francisco Pizarro pensase hacer esta poblacion, despues de haberse visto el valle de Sangalla y otros asientos desta costa, abajando un dia pareció lugar conveniente para ello y que tenia las calidades necesarias; y asi, luego se hizo la traza y edificó la ciudad en un campo raso deste valle, dos pequeñas leguas de la mar. Nace por encima della un río á la parte de levante, que en tiempo que en la serranía es verano lleva poca agua, y cuando es invierno va algo grande, y entra en la mar por la del poniente. La ciudad está asentada de tal manera, que nunca el sol toma al río de través, sino que nace á la parte de la ciudad; la cual está tan junto al río, que desde la plaza un buen bracero puede dar con una pequeña piedra en él, y por aquella parte no se puede alargar la ciudad para que la plaza pudiese quedar en comarca; antes de necesidad ha de quedar a una parte. Esta ciudad, despues del Cusco, es la mayor de todo el reino del Perú y la más principal, y en ella hay muy buenas casas, y algunas muy galanas

con sus torres y terrados, y la plaza es grande y las calles anchas, y por todas las más de las casas pasan acequias, que es no poco contento; del agua dellas se sirven y riegan sus huertos y jardines, que son muchos, frescos y deleitosos. Está en este tiempo asentada en esta ciudad la corte y chancillería real; por lo cual, y porque la contratación de todo el reino de Tierra-Firme está en ella, hay siempre mucha gente y grandes y ricas tiendas de mercaderes. Y en el año que yo salí deste reino habia muchos vecinos de los que tenían encomienda de indios, tan ricos y prósperos, que valian sus haciendas á ciento y cincuenta mil ducados, y á ochenta, y á sesenta, y á cincuenta, y algunos á más y otros á menos. En fin, ricos y prósperos los dejé á todos los más; y muchas veces salen navíos del puerto desta ciudad que llevan á ochocientos mil ducados cada uno, y algunos más de un millón. Lo cual yo ruego al todopoderoso Dios que, como sea para su servicio y crecimiento de nuestra santa fe y salvación de nuestras ánimas, él siempre lo lleve en crecimiento. Por encima de la ciudad, á la parte de oriente, está un grande y muy alto cerro, donde está puesta una cruz. Fuera de la ciudad, á una parte y á otra, hay muchas estancias y heredamientos, donde los españoles tienen sus ganados y palomares, y muchas viñas y huertas muy frescas y deleitosas, llenas de las frutas naturales de la tierra, y de higuerales, platanares, granados, cañas dulces, melones, naranjos, limas, cidras, toronjas y las legumbres que se han traído de España; todo tan bueno y tan gustoso, que no tiene falta, antes digno por su belleza para gracias al gran Dios y Señor Nuestro, que le crió. Y cierto, para pasar la vida humana cesando los escándalos y alborotos y no habiendo guerra, verdaderamente es una de las buenas tierras del mundo, pues vemos

que en ella no hay hambre ni pestilencia, ni llueve, ni caen rayos ni relámpagos, ni se oyen truenos; ántes siempre está el cielo sereno y muy hermoso. Otras particularidades della su pudieran decir; mas, pareciéndome que basta lo dicho, pasaré adelante, concluyendo con que la pobló y fundó el adelantado don Francisco Pizarro, Gobernador y Capitan General en estos reinos, en nombre de su Majestad el Emperador don Carlos, nuestro señor, año de nuestra reparación de 1530 (*sic*) años.

EL RECIBIMIENTO DEL SELLO REAL EN LIMA (1544)

Escena de la mayor solemnidad en las ciudades coloniales era el recibimiento del sello real, símbolo de la delegación del poder soberano depositado en las Audiencias o Chancillerías Reales. El sello era recibido como un personaje humano o como una reliquia de santo, en forma procesional y gran aparato. En alguna ciudad indiana—Santiago o Bogotá—, los oidores velaron el sello la primera noche de su llegada, y en todas era recibida bajo palio. En Lima se recibió el sello real en 1544, siendo la primera ciudad sudamericana en homenajearlo. El documento que sigue, firmado por el conquistador don Gerónimo de Aliaga, refiere la pompa característica de esa ceremonia, con su despliegue de maceros, alabardas, terciopelos y “ropas rozagantes de raso carmesí”, como acostumbra usar los cabildantes en la crónica de Gutiérrez de Santa Clara.

En la cibdad de los Reyes, de estos reinos de la Nueva Castilla llamada Pirú, en 1º día del mes de Julio, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1544 años. El muy ilustre Sr. Blasco Nuñez Vela, criado de S. M., y su Visorrey y presidente en estos dichos reinos, los muy magníficos señores, licenciado Diego Vazquez de Cepeda, y el licenciado Alonso Al-

varez, oidores de la Real Audiencia, que por mandado de S. M. ha de residir en estos dichos reinos, y en presencia de nos, Gerónimo de Aliaga, escribano mayor del juzgado de los dichos reinos, y Pedro Lopez, escribano de S. M., y su teniente en el dicho oficio, y de los testigos de yuso escritos: su señoría y mercedes, con la más gente de la dicha cibdad á caballo y á pié salieron de la dicha cibdad á recibir el dicho sello de S. M., de la dicha Real Audiencia, y fueron hácia el rio que pasa por junto de la dicha cibdad á recibir el sello Real de S. M. de la dicha Real Audiencia, y fueron hacia el rio que pasa por junto de la dicha cibdad, un tiro de ballesta fuera della poco más o menos, donde estaba el dicho sello real. En el cual dicho recibimiento se hicieron los autos y de la forma siguiente:

Llegado el dicho señor Visorrey y los dichos señores oidores y cibdad, donde estaba el dicho sello real, el Virrey mandó abrir un cofre, tumbado, pequeño, redondo, impreso en él las armas reales de S. M., y fué mostrado á toda la gente que allí estaba, por la cual fue hecho el acatamiento y reverencia debida, como á insignia del Rey y señor natural. Luego fue tornado a meter en el dicho cofre y cerrado con la llave, y fue puesto encima de un caballo overo, el cual estaba ensillado á la estradiota, con una silla y guarniciones de terciopelo negro, con clavazón dorada, y una gualdrapa de raso carmesí, y encima de la dicha silla y guarniciones, en dicho cofre; y cubierto con una bandera de damasco carmesí, bordadas en él las armas de S. M. y reatado sobre el dicho caballo.

Y puesto de la forma susodicha, yendo toda la gente de la cibdad delante á caballo y á pié, con dos maceros, y junto con el dicho sello real dos mazas de plata, é tras ellos el dicho sello real, y junto tras dél, iba el di-

cho señor Visorrey en medio de los dichos señores oidores.

Desta manera llevaron el dicho sello real hasta la entrada de la cibdad, á la esquina y casas de Lorenzo de Villaseca, carpintero, donde estaba hecho un arco de madera; y llegado al dicho arco, salieron el concejo, justicia y regimiento de la dicha cibdad, conviene á saber, Alonso Palomino, y Nicolás de Rivera, alcaldes, y el tesorero Alonso Riquelme, y el veedor García de Sucedo, y el fator Illan Suarez de Carvajal, y el capitán Diego de Agüero y Nicolás de Ribera, y Joan de León, regidores todos, vestidos de ropas de damasco y raso carmesí. Y por el dicho señor Virrey fue mandado á los dichos alcaldes tomasen de rienda el dicho caballo, los cuales le tomaron; y los dichos regidores, con un pálio de raso carmesí con seis varas, llevando cada uno la suya, pusieron debajo el dicho sello real, y así lo llevaron por la calle dicha á la plaza y á las casas donde posaba el dicho Virrey, que son en ella. Y al pié de la escalera de las dichas casas reales, apeado el dicho señor Visorrey y los dichos señores oidores, fue quitado el dicho cofre de el dicho caballo, y por el dicho señor Virrey fue entregado á los dichos alcaldes, los cuales le subieron en las manos hasta el aposento del dicho señor Virrey, que guardó y puso el dicho cofre con el dicho sello real. Lo cual pasó de la forma susodicha, en presencia de los dichos escribanos; y fueron testigos Hernando de Montenegro y Francisco de Herrera, y el licenciado Francisco de Talavera y otros muchos vecinos y estantes en la dicha cibdad, que á ello se hallaron presentes.—*Gerónimo de Aliaga.*

LA JURA DE FELIPE II EN LA CIUDAD DE LOS REYES (1557)

POR

DON CARLOS WIESSE

Esta es una breve relación de la jura del rey Felipe II en Lima, consignada en la historia del Perú para los niños, por el buen abuelo historiador, don Carlos Wiese. La proclamación de un monarca daba lugar a grandes fiestas coloniales: oficios religiosos, corridas de toros, funciones en la Universidad y en las casas de comedias y concursos poéticos de deplorable apología. En la jura de Felipe II en Lima, como en otras posteriores, desfilan en el cortejo el viejo estandarte de la Conquista, de damasco carmesí, con el Apóstol Santiago y la Virgen en el anverso y reverso, y el pendón de damasco amarillo de la ciudad, llevado por el nobilísimo alférez don Nicolás de Ribera; "el Viejo": uno de los del Gallo y primer alcalde de Lima, al fundarse la ciudad.

Por el mes de Julio (año 1557) llegó aviso de España al Virrey (el primer marqués de Cañete) y Audiencia; venían dos cartas: una del emperador (Carlos V), en que anunciaba cómo había renunciado los reinos en su hijo Felipe II y que le obedeciesen á éste de allí en adelante como su Rey y Señor natural; otra del rey Felipe II haciendo mención de la renuncia de su padre y como había aceptado. En cumplimiento de esto el día de Santiago, Domingo 25 de Julio, salió el Virrey y Audiencia real, los Oficiales de la Real Hacienda, y el Cabildo y Regimiento. Iba el Virrey en un caballo blanco; los regidores con ropas de raso carmesí y gorras de terciopelo del mismo color, á caballo. Nicolás de Ribera, el Viejo, como alférez de la ciudad, llevaba su pendón de damasco amarillo, que por una parte tie-

ne las armas del Imperio y de Castilla y por otra las de la ciudad. Iba el Arzobispo (Fray Gerónimo de Loayza) con el Virrey, las dignidades de la Iglesia con la audiencia, los Canónigos con el Cabildo, y la clerecía interpolada con los caballeros de la ciudad. Todos los eclesiásticos iban con sus loras y manteos largos de raso negro, y á mula, y los caballeros y vecinos del reino á caballo y con ricos vestidos.

Hizo alto todo este acompañamiento en la plaza donde se juntaron como á las ocho de la mañana. Estaba delante del Virrey, Diego de Barahona, su caballero, á caballo, con un estoque desnudo en la mano sobre el hombro derecho y dos reyes de armas á los lados con sus mazas de plata al hombro vestidos de damasco carmesí.

Tocóse mucha música y trompetas, ministriles, atabales, y el clarín del Virrey, y habiéndose disparado la artillería gruesa, dió el Virrey en presencia de todo el concurso las cartas del Emperador y del Príncipe al secretario Pedro Avendaño, y le mandó las leyese públicamente.

Acabadas de leer dichas cartas, tomó el Virrey en la mano derecha un pendón real de damasco carmesí, de una parte tenía dibujada la imagen de Santiago y de la otra la de Nuestra Señora, y habiéndolo puesto en un portaclave, hizo accidentar un poco de tiempo su caballo, diciendo y apellidando:

“Castilla, Castilla, Pirú, Pirú, por el Rey don Felipe nuestro señor.”

Consecutivamente el Arzobispo, Oidores, Dignidades, Cabildo y Canónigos y los reyes de armas y todo el concurso apellidaron lo mismo.

A este tiempo, el Virrey y el Arzobispo, tomaron de una fuente de oro cantidad de monedas que se había

mandado recientemente para hacer este efecto. Eran unos reales grandes de plata; tenían por una parte las armas de Castilla, en el reverso las imágenes del Príncipe don Felipe, rey de España, y de la serenísima María, Reina de Inglaterra y de España, su mujer, con la inscripción correspondiente de una parte y en reverso. Esta fué la primera moneda que se labró en el Perú. Tomaron pues de ella el Virrey y Arzobispo, y á puñados derramaron y arrojaron por la plaza.

Luego el Virrey entregó el pendón, que tenía, al Capitán Don Pedro de Córdoba, y con él, y Nicolás de Ribera, con el de la ciudad, fueron por las calles apellidando lo mismo que el Virrey había dicho, siguiéndoles gran acompañamiento y detrás el Virrey y el Arzobispo con grandes piezas de música.

Volvieron despues á la catedral; los que llevaban los pendones, los arrimaron á un lado del altar mayor. Hizole luego procesión alrededor de la iglesia. Iba el Arzobispo de pontifical y la clerecía y religiosos de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, y Nuestra Señora de la Merced. Dijo Misa el Arzobispo, y acabada, Don Pedro de Córdoba metió el pendón en palacio y Nicolás de Ribera, el de la ciudad en Cabildo.

LIMA AL FINALIZAR EL SIGLO XVI

POR EL PADRE

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA

(1540-1612)

Fray Reginaldo de Lizárraga—en el mundo, Baltasar de Ovando—, español, de Medellín, novicio en Lima, predicador famoso, cura en Jauja, obispo en Chile y en el Paraguay, escribió una Descripción y Población de las Indias, publicada primero en Lima por don Carlos A. Romero y después en España por M. Serrano y Sanz, con adiciones y correcciones provenientes de un mejor original. El frailecito vino a Lima en 1560, treinta años después de su fundación, y alcanzó algunos de los antiguos fundadores y conquistadores. La nota predominante de su descripción limeña es la de la intensificación de la piedad. La ciudad se ha recogido dentro de un beatífico misticismo, se levantan fábricas continuas de iglesias y crece—no sin cierta emulación—el área de los conventos. El de San Francisco, sobre todo, falto de moderación cristiana, se ha apoderado de una margen del río y de una finca de recreo, con estanque, que fué del conquistador don Francisco Pizarro. Lizárraga describe todas las iglesias, conventos y capillas, comenzando por los de su Orden dominica y terminando por los monasterios de monjas de la Encarnación, la Concepción y la Trinidad. Su emoción religiosa nos transporta a una tarde de sábado, en la Encarnación, con voces de órgano y de mujeres que cantan la salve y entre cuyos rostros piadosos pudiera estar el de Santa Rosa de Lima. Lizárraga se admira del crecimiento de la población, no obstante de que, según sus datos, la iglesia de Guadalupe quedaba aún fuera de la ciudad, “en el camino de Pachacamac”. El más destacado propulsor de la ciudad, después de Pizarro, había sido el marqués de Cañete—don Andrés—, “el Limosnero”, constructor del puente de cal y ladrillo, que enlazaba la ciudad con el barrio de indios de San Lázaro y con el camino a Trujillo, que comenzaba frente a aquel puente y llevaba ya el nombre de calle de Trujillo. El fraile se irrita demasiado temprano contra el lujo de los limeños, y declara que la riqueza de los vestidos de las mujeres y de los adornos de ventanas, altares y calles para las procesiones es sólo comparable a la de la imperial Toledo. Ingenuo y supersticioso, Lizárraga apunta que los vientos son causas de “pestilencia” y que en Lima “el Sur es sano y el Norte enfermo”, y, en lo relativo a los pobladores, asienta, como muchos otros viajeros de más tarde, que las mujeres “hacen mucha ventaja a los varones”.

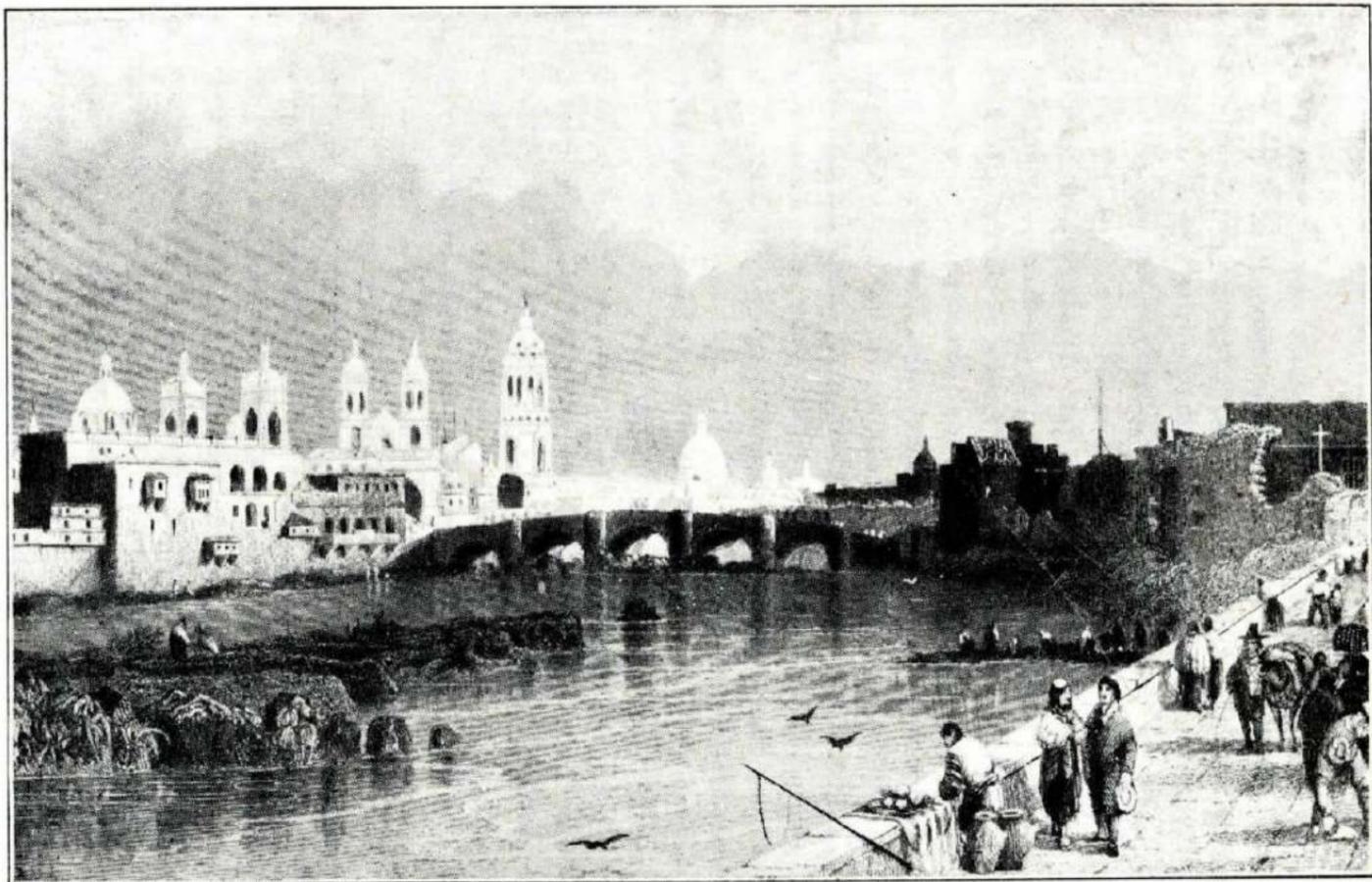
CAPITULO XXI

DEL VALLE Y CIUDAD DE LOS REYES

El valle donde se fundó la ciudad de Los Reyes, llamado Rimac en lengua de los indios, sin hacer agravio á otro, es uno de los buenos, y si dijera, uno de los mejores del mundo, muy ancho, abundante, de muchas y muy buenas tierras, todas de riego, pobladas de chácaras, como las llamamos en estas partes, que son heredades donde se da trigo, maíz, cebada, viñas, olivares (á las aceitunas llamamos criollas; son las mejores del mundo), camuesas, manzanas, ciruelas, peras, plátanos y otros árboles frutales de la tierra, membrillos y granadas tantos y tan buenos como los de Zahara; las legumbres, así de nuestra España como las de acá, en mucha abundancia en todo el año.

El agua del río no es tan buena como la de los demás valles destes llanos, *respeto* de juntarse con el río principal otro no de tan buena, que la daña. Pero proveyóle Dios de una fuente á tres cuartos de legua de la ciudad, de una agua tan buena, que los médicos no sé si quisieran fuera tal. Oí decir á uno dellos, y el mas antiguo que hoy vive, que la fuente desta agua le habría quitado mas de tres mil pesos de renta cada año, porque después que el pueblo bebe della, las enfermedades no son tantas, particularmente las camaras de sangre, que se llevaban a muchos.

Esta agua se trujo á la ciudad, y en medio de la plaza hay una fuente muy grande, bastante para dar la agua necesaria; pero porque es grande y más *sin costa* se aprovechase della, en los barrios hay sus fuentes, como en la placeta de la Inquisición, en la esquina de



Lima. (Grabado antiguo.)

las casas del licenciado Rengifo, en el barrio de San Sebastián y en todos los monasterios y en casas de hombres principales, y en las cárceles y en el palacio hay dos, porque como las calles sean en cuadro, y el agua vaya encañada por medio de las calles, es fácil de la calle ponerla en casa.

Llamaron los fundadores, que fueron el marqués don Francisco Pizarro y sus pocos compañeros, á este pueblo la ciudad de Los Reyes; porque en este día la fundaron; diéronle, aunque acaso, auspiciatísimo nombre, porqué si muchos reyes le hubieran ennoblecido, en tan breve tiempo como diremos, no hubiera crecido más, ni aún tanto; mas como el favor del cielo sea mayor que el de los hombres, Nuestro Señor, por intercesión de los Santos Reyes, la ha multiplicado; es la silla metropolitana de todo este reino de Quito á Chile; aquí reside el Virrey con el Audiencia, la Santa Inquisición, y aquí se fundó la Universidad.

De todo diremos adelante mas en particular lo que á esto toca, cuando tractaremos de los Virreyes y perlados eclesiásticos.

El río desta ciudad, en tiempo de aguas de la Sierra, que llueve como en nuestra España, es muy grande y extendido; no tiene madre, como la tienen los demás destes llanos; corre por cima de mucha piedra rolliza; antes que tuviese puente, muchas personas se ahogaban en él queriéndole vadear, porque aunque tenía un puente de madera hecho de horcones hincados en el suelo, estaba tan mal parada, que no se atrevían a pasar por ella, y no podían pasar sino uno solo, y con sus pies. Lo cual visto por el marqués de Cañete, don Andrés Hurtado de Mendoza, de buena memoria, llamado el limosnero, gran amigo de pobres, dió orden cómo se hiciese puente todo de ladrillo y cal, de siete

ó ocho ojos, que comenzase desde la barranca del río á donde casi llegaban las casas Reales, y desde los molinos del Capitán Jerónimo de Aliaga, secretario que fué de la Audiencia, que hacen casi calle con las casas Reales; al cual diciendo los oficiales maestros de la obra que mejor se fundaría mas abajo, donde estaba la puente de madera que acabamos de decir, aunque había de ser mas larga, porque haciéndola allí el río se iba su camino, sin echarlo a la ciudad, lo cual forzosamente se había de hacer habiéndola donde el Virrey mandaba, y que la barranca era señal evidente ya el río había llegado una vez allí y había de llegar otra, por el común refrán, al cabo de los años mil vuelve el río á su carril, respondió la mandaba hacer en aquel sitio porque los pasajeros que viniesen de abajo, y pliegos de Su Majestad de España, por tierra entrasen á una cuadra de las casas Reales donde el Virrey viviese, y por la calle derecha á la plaza una cuadra della, y cuanto á echar el río á la ciudad, que no habían de ser los Virreyes tan flojos que el río la hiciese daño; palabras realmente de gran republicano como lo era.

Con todo eso, como diremos, ha hecho daño el río, si los Virreyes no tienen ánimo para remediarlo.

CAPITULO XXII

DE LA CIUDAD DE LOS REYES

No creo ha habido en el mundo ciudad que en tan breve tiempo haya crecido en número de monasterios, ni iguale á los religiosos que en ella sirven á Dios, alabándole de día y de noche, y ejercitándose en letras para el bien de las ánimas, como esta de Los Reyes,

habiendo ayudado muy poco ó nada los príncipes o Gobernadores destes reinos al edificio dellos.

El más principal y el primero della es el nuestro, llamado Nuestra Señora del Rosario; no ha 68 años que se fundó; el primer fundador fué el padre fray Juan de Olías; su sitio es una cuadra de la plaza y muy cercano al río. Oí decir a los viejos lo que aquí referiré de su fundación.

Llegado el Marqués Pizarro con los demás conquistadores á este valle, despues de haber preso en Cajamarca á *Atabalipa* y habiéndole muerto, vinieron con él dos religiosos, uno nuestro, el sobredicho, y otro de la órden del glorioso padre San Francisco; eligieron para fundar su ciudad, el sitio que ahora tiene, que es el mejor del valle junto al río, á la parte casi del Oriente; á la del sur por la parte de arriba a una acequia de agua ancha que atraviesa todo el valle de Oriente á Poniente; por la parte del Poniente, el puente llamado el Callao, dos leguas de la ciudad de los Reyes. Carreteras: por la parte Norte, el camino real para Trujillo, y desde abajo señalaron sus cuadras y sitios para casas.

CAPITULO I

DE LOS EDIFICIOS

Los edificios desta ciudad son de adobe, pero buenos, y como no llueve, los techos de las casas son chatos. Las casas principales tienen sus azoteas; desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero agora,

como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra.

La plaza es muy buena y cuadrada, porque toda la ciudad es de cuadrado; tiene la plaza las dos frentes cercadas de arcos de ladrillo y sus corredores encima, ó por mejor decir doblados en los portales; arriba mucho ventanaje y muy bueno, de donde se ven los regocijos que en ella se hacen. Estos portales y arquería adornan mucho la plaza y defienden *el* sol á los tractantes, el cual á su tiempo es muy caluroso; debajo destes portales hay muchos oficiales de todo género que en la plaza se sufre haya.

CAPITULO LIV

LAS COSAS CONTRARIAS A ESTA CIUDAD

Es combatida esta ciudad de enfermedades, que de cuando en cuando Nuestro Señor por nuestros pecados envía, y en otros tiempos lo era de cámaras de sangre, por causa del agua del río, como dijimos; despues de traída la fuente, esta enfermedad ha cesado. Las enfermedades cotidianas son, en alcanzando algún nortecillo, romadizo, catarros, juntamente con dolor de costado. El viento Norte en todas estas partes, en Tucumán y Chile, es pestilencial, porque como es de su natural muy frío, en corriendo son estas enfermedades con nosotros, y en todo lo que habitamos desta tierra y de los demás dos reinos no corren otros vientos sino Norte ó Sur, el *Sur sano*, el *Norte enfermo*; demás desto como las mercaderías se traigan de otros reinos, si en ellos han pasado algunas enfermedades contagiosas, nos vienen y cáusanos mucho daño y gran disminución en los naturales, como ahora lo causa una

enfermedad de viruelas juntamente con sarampión, llevándose mucha gente de todas naciones, españoles naturales, negros, mestizos y de los demás que en estas regiones vivimos, y escribiendo este capítulo, agora actualmente corre otra de no tanto riesgo, acá en la Sierra, como lo fué en los llanos, de sarampión solo, el cual en secándose acude un catarro y tose que de los muy viejos y niñas deja pocos, y en la ciudad de Los Reyes hizo mucho daño, particularmente en negros.

Alcancé en esta ciudad algunos de los conquistadores viejos, a los cuales oí decir que, llegados a este valle, les parecía era imposible morirse; aunque también decían habían oído a los indios que no fueran poderosos a conquistarlos si pocos años antes no hubiera venido una enfermedad de romadizo y dolor de costado que consumió la mayor parte dellos. Las frutas nuestras, como son melones, higos, pepinos, etc., y otras de la tierra, en gente desreglada causa grandes calenturas, a los cuales, si les halla un poco faltos de virtud, fácilmente los despacha; pero desto es la causa la incontinencia de los necios. Dejo otras particularidades, por no ser prolijo y no se diga de mí que como aficionado las trato. Serla aficionado no lo niego, por tenerla por mi patria; en lo demás no digo tanto bien como en ella, por la bondad de Dios, ha crecido en tan breves años.

CAPITULO LV

DE LAS CALIDADES DE LOS NACIDOS EN ELLA

Los que nascen en esta ciudad meros españoles son gentiles hombres por la mayor parte y de buenos entendimientos, y animosos, y lo serían más si los ejercita-

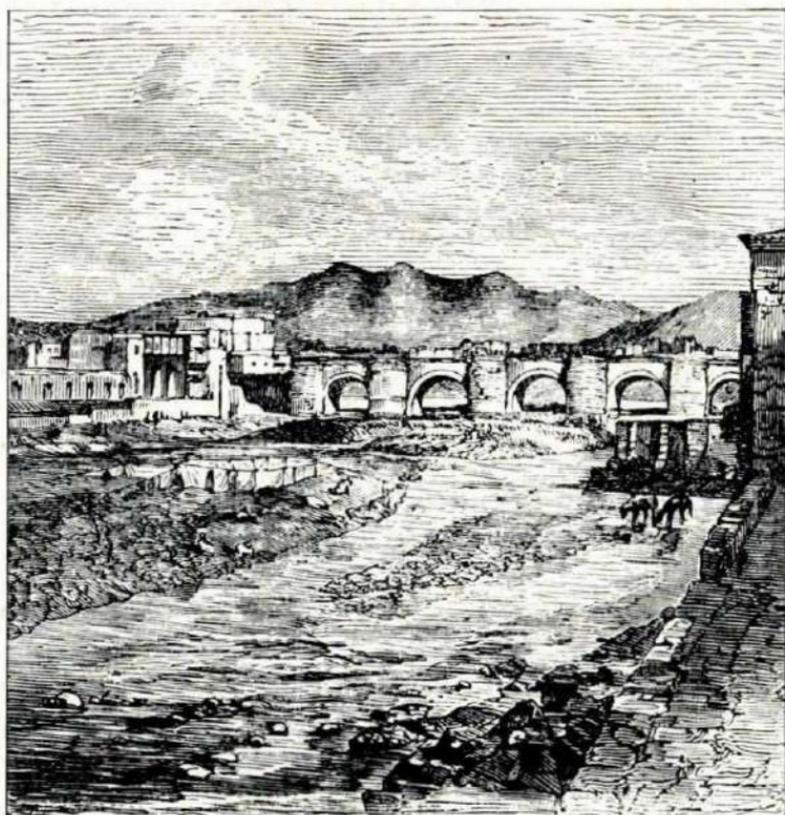
sen en cosas de guerra; son muy buenos hombres de a caballo y galanos, y para otras cosas que adornan, la policía humana, no les falta habilidad. Por la mayor parte son más pródigos que liberales, y transportados hacen muchas ventajas a los naturales. En una cosa tienen gran falta, ésta no es la culpa suya, sino de los que gobiernan; déseme licencia para tratarlo, porque a ello no me mueve quererme entremeter en cosas de gobierno, sino advertir del daño que podría suceder. La falta que tienen es que esta ciudad es puerto de mar. Pues los nacidos en puerto que no sepan nadar, que no sepan qué cosa es mar, que no entren en ella, y que si entran luego se marean como si vivieran muy apartados della; esta es la falta. Hasta ahora no se *sintía*, porque no se imaginaba que enemigos de la Iglesia Católica y del nombre español nos habían de venir a robar; pero ya que por nuestros pecados lo experimentamos, debían los gobernadores a todos los nacidos en esta ciudad desde muchos años, mandar llevarlos al puerto, enseñarlos a nadar, meterlos en barcos y hacerlos llevar por lo menos dos veces en la semana cuatro leguas y más a la mar, porque se hiciesen a ella, y no que como testigo de vista hablo.

Cuando don García de Mendoza, marqués de Cañete, envió contra el inglés tres navíos grandes y otros patajes, yo iba en la Almiranta, y cuantos criollos, así los llamamos, iban en ella, y hombres bien nacidos, entrando en la mar cayeron como adormecidos, y el día que vimos al enemigo, de mareados que estaban no eran hombres, y en tierra riñeran con el gran diablo de Palermo, los cuales si estuvieran hechos a entrar en la mar no les subcediera.

Esto no es falta de ánimo, sino falta de ejercicio marítimo; lean los gobernadores a Platón en los libros

de sus Leyes, y en los de la República, y *deprendan* de allí en qué han de ejercitar los muchachos para que puedan y sepan defender su república. Que los nacidos en puerto a la lengua del agua no sepan ni conozcan la mar, notable descuido es; y desto no más. De las mujeres nacidas en esta ciudad, como en las demás de todo el reino, Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen muchas ventaja a los varones; perdonenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.

LIMA EN EL SIGLO XVII



El Puente. (Grabado antiguo.)

LIMA DE 1600 A 1630

DESCRITA POR EL

PADRE BERNABÉ COBO.

La ciudad de 50 vecinos que fundó Pizarro había crecido bastante en los primeros años del siglo XVII, no cumplida aún su primera centena. Su plano había desbordado las previsiones del fundador. De Monserrate al Cercado había calle muy larga, de 24 cuadras. La ciudad había

crecido hacia el Este. De Norte a Sur tenía por extremos el río y la iglesia de Guadalupe. Pero dos nuevos barrios habían inflado su área: el barrio de San Lázaro y la reducción de indios del Cercado, iniciada por Toledo. Se contaban 4.000 casas y hasta 60.000 habitantes. El trazo de la ciudad había sufrido modificaciones impuestas por la vida: algunas calles habían perdido la amplitud que les dió el fundador, estrechándose, y en los arrabales, donde no se pensó que llegara la población, había calles sinuosas y sin salida, que rompían el "tablero de ajedrez" delineado por Pizarro. La ciudad tiene ya también una fisonomía urbana característica. Se desvanece su ambiente pastoril. Y surge una edificación peculiar entre criolla y sevillana. Las casas tienen ya un sello limeño: hay portadas de piedra, zaguanes, oratorios, patios, rejas de madera, azoteas y—alma de la ciudad—los balcones tallados en madera. La Plaza se ha transformado. La adornan el edificio del Cabildo, los "lucidos ventanales" del Arzobispado, la fábrica de la iglesia y la portada de piedra y galerías espectaculares del Palacio, contruidos por el virrey Velasco. La Plaza ha adquirido animación y donosura. Se ha quitado de ella la picota. En el centro, funciona el mercado o tianguéz, "El Gato", le llaman los limeños, y hay alboroto diario de pregones y pleitos de indios y mulatas. Ha comenzado también el apogeo de Mercaderes—la calle señorial y del más alto rango comercial—, y no pueden rivalizar con ella ni la de Mantas, con sus tiendas de toscas bayetas indias, ni la actual de Bodegones, entonces de "los Ropavejeros". Hay también dos plazas que enorgullecen a los vecinos: la de la Universidad y el Santo Oficio—hoy plaza Bolívar—y la de Santa Ana—hoy Raimondi—, con hospital y mercado. El lujo y el envejecimiento limeño lo constituyen, sin embargo, dos grandes monumentos urbanos: el Puente de Piedra y la Alameda de los Descalzos. El puente flamante, con sus pretiles y estribos de piedra, se prepara a desafiar a los siglos. La Alameda, trazada a imitación de la de Sevilla, con sus hileras de naranjos y limoneros y el pequeño convento de franciscanos al fondo, arrimado contra el cerro, es aún un lugar despoblado, pero auspicioso, listo para recoger todo el esplendor de los desfiles limeños del siglo XVII. Entre "el río, el puente y la alameda", podría titularse toda la historia de Lima, como uno de los capítulos de la Historia de Cobo, escritos en loor de la ciudad del marqués de Montesclaros.

DE LA FORMA Y GRANDEZA QUE HOY TIENE ESTA CIUDAD, NÚMERO DE VECINOS Y CASAS, COPIA DE MATERIALES PARA EDIFICAR

Edificadas al principio las casas que bastaban para morada de los pobladores, de fábrica humilde y baja, acomodándose a los materiales que entonces había, cupieron todas en las dos primeras cuadras en torno de la plaza, por ser corto el número de vecinos; el demás sitio de la traza fué fundando el regimiento a los que

venían a vecindar, y hubo sitio que repartir de este modo por muchos años; las cuadras que se edificaban cercábanlas de tapias y hacían ellas huertas y rancherías de indios y negros, de las cuales duraron algunas hasta nuestros tiempos, y son las que llamábamos corrales de negros, en que, de treinta años a esta parte que yo entré en esta ciudad, he visto edificar muchísimas casas, de manera que ya no queda cuadra entera dentro de la planta de la ciudad en que no haya edificios de españoles. Por causas de las alteraciones y guerras civiles que se siguieron en este reino, a tres o cuatro años de la fundación de esta ciudad, y duraron más de quince años, tuvo ella muy poco crecimiento en todo aquel tiempo; pero luego que cesó el ruido de las armas, abonanzó el tiempo y comenzaron los españoles a gozar de paz y quietud, mediante la prudencia y buen gobierno del Virrey marqués de Cañete, el primero a quien debidamente da este reino el honorífico título de Padre de la Patria. Respiró esta ciudad y comenzó a ir en tan grande aumento, favorecida e ilustrada de aquel excelente príncipe, que desde su tiempo hasta este presente año de 1629, en que esto se escribe, ha traído en muy próspero curso de crecimiento, sin que se haya interrumpido ni se pueda antes ver el fin y término que ha de llegar a tener su aumento.

Y así, aunque les pareció a los pobladores extendían mucho los cordeles y ánimo cuando la trazaron, juzgando que por mucho que creciese la población haría harto en llegar a henchir el sitio que le señalaron y dejaron repartido, con todo eso anduvieron muy cortos, vista la grandeza a que ha llegado, pues ocupa el día de hoy doblado sitio del que le dieron en su planta, en que se han edificado cuatro mil casas, con las del barrio y parroquia del Cercado, que son de indios, y

serán hasta doscientas, las demás son de españoles, y de ella caen las seiscientas de la otra parte del río en el barrio llamado San Lázaro, por la iglesia parroquial de esta advocación que está en él; en todas ellas se cuentan de cinco a seis mil vecinos españoles, que con los entrantes y salientes serán hasta veinticinco mil almas; treinta mil negros esclavos de todo sexo y edades, de los cuales la mitad, poco más o menos, residen lo más del tiempo en las chacras y heredades de este valle, y hasta cinco mil indios, así como de todas edades, con que vienen a ser sesenta mil personas, de toda suerte de gente, las que habitan en esta ciudad. Son tan poco estables las cosas del mundo y están tan sujetas a mudanza y variedad, que no es bastante la industria y providencia de los hombres a eximir las y defenderlas de ellas: buen ejemplo de esto tenemos en la materia que vamos tratando, pues por más cuidado y diligencia que pusieron los pobladores de esta ciudad en asentarla con el orden y concierto que hemos visto, y en prevenir los accidentes que podían alterar, sin mudar su forma y traza, con todo eso, en tan pocos años como han pasado por ella, sin haber padecido las calamidades de incendios, sacos y asolamientos que las ciudades de Europa, tiene ahora tan diferente figura y estado del que le dieron en su institución, que admira. Porque, si bien ha tenido siempre cuidado el Cabildo de nombrar alarifes que atiendan a que lo que se edifica dentro de la traza no se desvíe de ella, y en lo que se acrecienta de nuevo se guarde el mismo concierto y uniformidad de cuadras y calles parejas, y suelen penar a los que lo contrario hacen, todo eso no ha sido poderoso para resistir a esta tan propia condición del tiempo: de mudar y alterar todas las cosas que están debajo de su jurisdicción.

Por razón de lo dicho, vemos hoy que no todas las cuadras de la primera planta se han edificado y poblado, porque lo que se les dieron de ancho, por partes apenas tienen la mitad y las otras se han desbaratado, y en lo que de nuevo se ha ido acrecentando no se ha guardado tanta igualdad que no esté la ciudad por unas partes más ancha que por otras y tenga cuadras desiguales y algunas calles torcidas y otras sin salidas; verdad es que este desorden no cae en lo principal de la ciudad, que es más de un cuarto de legua en largo, sino en lo que no ha mucho tiempo que eran arrabales donde no se pensó llegaran jamás las casas de vecinos; y a esa causa, y por ser ranchos viles de indios y gente de servicio los que se comenzaron a edificar en los tales sitios, no se tuvo al principio tanta cuenta con que fuesen concertados, a los cuales después acá han ido sucediendo muy buenos edificios de españoles.

Asentóse la planta de la ciudad en la banda del Sur del río, apartada de los cerros la distancia arriba dicha; mas con el gran barrio de San Lázaro, que se ha fundado de la otra parte, viene ahora a quedar el río dentro de la ciudad, y los últimos edificios de ella no distan de los cerros doscientos pasos, y no dudo yo, sino que antes de muchos años han de llegar las casas a la misma falda de la sierra, donde está el convento de los descalzos de San Francisco. El sitio que ocupa es muy grande para la vecindad, que corre en su longitud desde la parroquia y barrio de Santiago del Cercado, exclusive, hasta Nuestra Señora de Montserrat, veinticuatro cuadras, que hacen más de media legua; y su latitud, por donde más se ensancha, desde Nuestra Señora de Guadalupe hasta el río, un buen cuarto de legua, y si metemos en cuenta el río y juntamos

con el espacio dicho el barrio de San Lázaro, viene a ser su anchura casi de media legua. La razón de ocupar tan grande trecho es porque muchas de las casas son bajas y sencillas, por temor a los temblores, y casi todas son muy capaces y anchurosas, con grandes patios, corrales, huertas y jardines.

El edificio, generalmente, de las casas es de adobes; las primeras que se labraron es de ruín fábrica cubiertas de esteras tejidas de carrizos y madera tosca de mangles y con poca majestad y primor en las portadas y patios, aunque muy grandes y capaces; después acá se han ido derribando casi todas y edificándose más costosamente, con enmaderamientos fuertes y curiosos, de gruesas vigas y tablón de roble, con toda la curiosidad que pudo el primor del arte; son ya muy pocas las que se cubren de esteras, a causa de las garúas, que cuando son copiosas suele el agua calar los techos de esteras y henchir las casas de goteras; los edificios de canterías son pocos, por la mucha falta que hay de materiales, porque no se halla en todo este valle cantería buena de donde cortar piedra para labrar, y a esta causa la que se gasta es por la mayor parte traída por mar de Panamá, quinientas leguas; de Arica, doscientas, y de otras tierras remotas. Poco ha se descubrió una excelente cantería diez leguas de aquí, mas por estar en lugar yermo, áspero de camino y dificultoso, donde no pueden llegar carretas, no se traen piedras grandes: las mayores que se sacan son de a tercio, que dos hacen una carga de mula, y con estar muy caras puestas en esta ciudad es grande el gasto que hay de ellas; en el cerro de Surco o Morro Solar hay otra cantera, que por ser de piedra muy dura se saca poca de ella, aunque no está más de dos leguas de la ciudad.

De los demás materiales para edificar, fuera de la

madera, que también se trae de lejos, hay abundancia en este contorno, porque los adobes y ladrillos se hacen dentro de la ciudad, en sus arrabales, y vale el millar de adobes a 26 pesos y a 18 el ladrillo. Para cal hay mineras de buena piedra, y en gran abundancia, un cuarto de legua; cal hay hasta en las orillas del río: vale la fanega de cal ocho reales. También para cimientos y obras de mampostería hay copia de piedras toscas de rocas y lajas en las sierras vecinas. La madera se trae toda por la mar, la mayor parte de la ciudad de Guayaquil, más de doscientas leguas de aquí: es casi toda de roble; del reino de Chile se trae también alguna, que dista de esta ciudad quinientas leguas, y antes que se perdiera la ciudad de Valdivia se traía muchísima y andaba muy barata, pero después que se perdió aquella ciudad, como es poca la que viene de aquel reino, ha subido más de la mitad del precio la de Guayaquil, porque una viga de dos palmos de ancho en cuadro, y larga de 30 a 40 pies, vale de 40 a 50 pesos, y con todo es inmensa la cantidad de madera que entra al año en esta ciudad y muchos los navíos que andan en este trato. Asimismo se trae de Tierra Firme y de la Nueva España madera de cedro, de granadillo y de otros géneros preciosos para labrar puertas, balcones, sillas, mesas y otras cosas de este jaez.

En su traza y forma tienen las casas mucho primor y arte; edificanse las más por su planta y dibujo, y artífices muy primorosos en dibujarlas y trazarlas; no hay casa principal que no tenga su portada vistosa y de piedra o ladrillo; el hacer una portada de éstas cuesta de tres a cuatro mil pesos, y más zaguán y patio con sus corredores altos y bajos, de columnas de piedra o ladrillo: las columnas son traídas de Panamá y cuesta cada una más de cien pesos; sus oficinas, muy

cumplidas; jardines y oratorios bien adornados de ricas imágenes y ornamentos, en que de poco tiempo acá ha crecido tanto la curiosidad y devoción en esta parte, que pasan de doscientos oratorios los que hay en casas particulares, en los más de los cuales, por composición que tienen con la Cruzada, se dice misa los días de fiesta.

Item tiene diversos cuartos y aposentos bien compartidos, en que pueden vivir cómodamente dos o tres vecinos (como de hecho viven en muchas), con morada bastante para amos y criados; esméranse mucho en labrar grandes y curiosos balcones de madera, y es muy grande el número que hay de ellos; son algunos muy costosos y todos de gran recreación, en especial los de las esquinas, porque, como las calles son derechas, se descubre desde cada esquina las dos calles que cruzan hasta el cabo de la ciudad. Está aquí tan recibido el uso de los balcones, que no hay casa de mediana estofa que deje de tener alguno, y las principales muchos. Usanse pocas rejas de hierro, porque con la humedad del aire se toman luego de mohó, se deslustran y aun se deshacen.

Tiénese mucha cuenta en el ventanaje, que en cuanto el sitio diere lugar miren las ventanas al Sur y tengan su correspondencia para gozar de fresco en el verano; porque puesto que en el temple de esta ciudad de llanos, adonde (como en la primera parte dijimos) no son tan recios los calores como los del estío de España, con todo eso se procura en cuanto es posible el reparo de ella; y lo es tanto el viento sur, que en la pieza y aposento que tiene entrada nunca se siente calor, por gozarse de una saludable y deleitosa brisa que regaladamente refresca. Todos estos buenos efectos causa en esta costa el viento sur, con ser las casas de esta

ciudad en lo interior tan capaces, alegres y lustrosas, tienen por de fuera ruín apariencia, lo uno por ser las paredes de adobes, y las más por enlucir, y lo otro por tener los techos llanos de azoteas y sin corriente, por no estar hecho para defensa de las lluvias, que no hay, y faltarles la hermosura que suelen causar los tejados; las más principales y de mejor sitio suelen valer de alquiler de ochocientos a mil pesos al año, y las medianas, desde trescientos hasta quinientos, y de ahí para abajo, conforme a su calidad y barrio en que están.

DE LAS CASAS Y EDIFICIOS PÚBLICOS

En grandeza y lustre, se aventajan los edificios públicos a los particulares; la mayor parte de ellos caen en la plaza principal, la cual es la más capaz y bien formada que yo he visto, ni en España. Ocupa todo el sitio de una cuadra, con el ancho de las cuatro calles que por los cuatro lados la cercan, y así tiene de ver (?) por los cuatro lados más de dos mil pies; es muy llana, con una gran fuente-pila en medio; las dos aceras tienen de portales, con columnas de piedra y arquería de ladrillo, y muchas y muy grandes ventanas y balcones; en el uno de estos lados están las casas del Cabildo seglar, más fuertes y suntuosas que lo restante de toda la acera, con unos muy vistosos corredores delante de la sala del Ayuntamiento, y que es una grande y hermosa pieza; debajo de estos portales caen la cárcel de la ciudad, con su capilla, que es tan grande y bien adornada y servida que se puede llamar iglesia, y los oficios de los escribanos, en especial de Cabildo, en cuya puerta hacen audiencia los alcaldes ordinarios.

La otra acera de portales consta de tiendas de diferentes oficios. La mayor parte ocupan sombrereros, se-

deros y mercaderes; la cuadra de este lienzo y lado está partida por medio por una calle que, por ser angosta, la llamamos el Callejón: va a salir a la calle de los Plateros, y por ambos lados no tiene otra cosa que tiendas de mercaderes. En el tercero lado y lienzo de esta plaza están la iglesia mayor y las casas arzobispales, y por la suntuosidad, de estos edificios es el más adornado y vistoso de todos; sale a la plaza la frontera de la iglesia, con las tres puertas principales, de siete que tiene, y dos torres a los lados, en cada esquina la suya; lo restante de esta acera cogen las casas del Arzobispo, que son muy magníficas y de muy lindo ventanaje, particularmente el cuarto y sala del Cabildo eclesiástico, que se labró en vida del tercer Arzobispo; en el cuarto y último lado, que cae hacia el río, a la banda del Norte, están las casas reales, palacio y morada de los Virreyes. Es la mayor y más suntuosa casa de este reino, por su gran sitio y por lo mucho que todos los Virreyes han ido ilustrándola con nuevos y costosos edificios, porque apenas ha habido Virrey que no la haya acrecentado con algún cuarto o pieza insigne, con que ha llegado a la majestad que representa; el edificio es doblado, de sólo un alto, con espaciosos tejados y azoteas, demás de los cuartos y aposentos en que mora el Virrey con su familia, están los estrados y salas de la Real Audiencia, del Acuerdo y del Crimen, costosamente adornados. La cárcel de Corte, que se acabó y pobló el año 1621, la cual es muy capaz, de buena fábrica, con su patio y corredores y fuente en medio, y una gran capilla con puerta a la calle; el Tribunal de los contadores mayores, el de la contratación de los oficiales reales, con la casa de la Real Hacienda, la capilla real y la sala de armas; tiene dos grandes patios con sus corredores y un grande y bien tra-

zado jardín, con todas las oficinas que pide una casa acabada y perfecta para morada de tan gran señor. La frente que mira a la plaza es de una hermosa galería y mirador, de corredores hasta la mitad, adonde está la puerta principal con una suntuosa portada de piedra y ladrillo, que hizo labrar el Virrey don Luiz de Velazco, y la otra mitad de esta acera es de ricas ventanas, obra también de don Luis de Velazco; demás de la puerta que sale a la plaza tiene otras tres, en cada lado la suya; la otra frente, opuesta a la de la plaza, cae sobre el río y goza de muy apacible vista. Labró estas casas para su morada y vínculo de su estado el Marqués don Francisco Pizarro, y como por su muerte quedase debiendo al Rey cantidad de pesos, mandó Su Majestad, por una cédula que está entre las demás de la Real Audiencia, que se tomase para su real Corona, haciéndose pago en ellas de la dicha deuda; con estas cuatro aceras que cercan la plaza, adornada de tan suntuosos edificios, viene a ser ella tan hermosa y de tanta majestad, que pudiera ilustrar cualquiera ciudad de Europa.

Desde la fundación de la ciudad estuvo esta plaza con muy pocos adornos, cercada de humildes edificios, cuales eran los que al principio se hacían, con la picota en medio, como la puso en medio el Marqués Pizarro, hasta que gobernando el Virrey Conde de Niebla trató de ennoblecerla. Hizo lo primero quitar de ella la picota y pasarla a la puerta del río, dió principio a la fábrica de los portales, ordenó se metiese agua en la ciudad y se labrasen fuentes, comenzando por la de la plaza. Todo lo cual, aunque se empezó entonces, se vino a acabar en tiempo y con el favor del Virrey don Francisco de Toledo.

El comercio y bullicio de gente que siempre hay en

esta plaza es muy grande; más de la cuarta parte de ella, enfrente de la iglesia mayor, ocupa el mercado o Tianguetz, que en esta ciudad llamamos el Gato, donde se vende todo género de frutas y viandas; todo lo cual venden negras e indias, en tanto número, que parece un hormiguero; y porque los días de fiesta no se quede sin misa esta multitud de vulgo, desde un balcón o corredor de la iglesia mayor, que señorea toda la plaza, se les dice una misa rezada. Las cosas que se hallan en este mercado son cuantas una muy abastecida república puede apetecer para su sustento y regalo. Hay asimismo muchos tenderijos de mercaderijos, indios que venden mil menudencias. Por toda la acera de Palacio corre hilera de cajones o tiendas de madera, arriadas a las paredes, de mercaderes de corto caudal, sin otras muchas tiendezuelas portátiles que hay en las dos aceras y en el tianguetz o mercado; en el lado de las casas de Cabildo nunca deja de haber almonedas, donde se venden a precios bajos ropas traídas, y cuantas cosas pertenecen para alhajar una casa.

Las ocho calles que desembocan en la plaza son las más principales y de mayor concurso de la ciudad. La que va al convento de la Merced es la que llamamos de los Mercaderes, porque toda ella está ocupada de tiendas ricas de mercaderes caudalosos; es muy hermosa y fresca, porque la baña a lo largo el viento sur, y entoldada de verano como la entoldan, se goza de mucho fresco y sombra, y así está en ella todo el trato y bullicio de la mercadería, no sólo de esta ciudad, sino de todo el reino, pues de todas partes tienen sus correspondencias con los mercaderes de ella. La segunda en comercio es su vecina, que con ella hace ángulo recto, llamada la calle de las Mantas; ésta corre hacia el poniente y hospital del Espíritu Santo. Danle este nom-

bre porque a los principios, en las tiendas que tiene, la principal mercadería que se vendía era ropa de la tierra, vestidos de indios, mantas y camisetas; ahora tiene tan ricas tiendas de ropa de Castilla como las de los mercaderes, si bien no tantas en número; lo restante de ella ocupan oficiales de diversos oficios.

El tercero lugar en frecuencia de gente tienen las dos calles de la esquina de la iglesia mayor: la una camina derecha para el Sur, y va a dar al convento de la Encarnación, y la otra hacia el Oriente, al convento de la Concepción, que ambos son de monjas. La primera es llamada de los Ropavejeros, por las tiendas que hay en ella de vestidos hechos, viejos y nuevos; la otra calle tiene una sola acera de tiendas, porque la de enfrente de ella es la iglesia mayor.

Las otras cuatro calles que restan son también de mucho comercio y frecuencia, y aunque no tienen tiendas de mercaderes, hay tiendas de muchos oficiales. Las dos de entre las casas reales y arzobispales van a dar, la una, a la Universidad, y la otra, al río y Carnicería y Pescadería, por el un lado de Palacio. Las otras dos tampoco se vacían de gente en todo el día, puesto que tienen menos tiendas de oficiales que las demás. La una va a dar a la puerta del río, barrio de San Lázaro y a la Lameda (*sic*), y la otra, al convento de Santo Domingo, que cae al poniente de la plaza; a los principios llamaban esta calle de Trujillo, porque salían por ella al camino de aquella ciudad, cuando la puente estaba abajo de la ciudad. Estuvo primero en esta calle la cárcel de Corte, con que era más frecuentada que ahora. Sin estas calles que salen derecho hasta el campo de la ciudad, hay otras de gran comercio, como son las que caen a la espalda de la plaza, por todos cuatro lados, especialmente la de los Plateros, que es la que corre de

la Compañía de Jesús a la parroquia de San Sebastián, que tiene de largo más de un cuarto de legua.

Plazas principales hay otras dos menores: a la una llamamos plazuela del Santo Oficio y de la Universidad, porque están en ella las casas de este Santo Tribunal y las escuelas; y la otra es de Santa Ana, por igual razón de caer en ella la parroquia y hospital de Santa Ana. La primera está adornada de edificios graves, porque tiene a un lado las casas del Santo Oficio, al otro el hospital de la Caridad y la Universidad, y respecto de los estudios es muy frecuentada. Las otras dos aceras son de muy buenos edificios, con muchos balcones y ventanas; en la otra plaza, por estar más apartada de la principal, hay su tianguéz o mercado, donde se venden cosas de comer; adórnala la parroquia de Santa Ana y el monasterio de las monjas Descalzas.

DEL RÍO. PUENTE Y ALAMEDA

Entre las cosas que pertenecen a la provisión y sustento de una república es tenida por una de las más necesarias el agua; de ésta goza Lima en tanta abundancia, que no se halla otra ciudad en el reino más proveída de ella, así por las fuentes públicas y de casas particulares, en que se reparte de un gran golpe de agua que le entra por secretos conductos, de que trata el capítulo siguiente, como por el caudaloso río que corre por dentro de ella, el cual, teniendo su nacimiento en la cumbre de la cordillera general de este reino, en los términos de la provincia de Huarochiri, veinticinco leguas de aquí, hace su curso hasta desembocar en la mar, a dos leguas de esta ciudad, de Oriente a Poniente, y siete antes de su fin se le junta otro, poco menor

que él, llamado río de Santa Olaya, por un pueblo de este nombre que está casi en la junta de los dos. El agua de este segundo está en opinión de más delgada y sana, y a esta causa no pocas veces se ha puesto en práctica meterla en esta ciudad, antes que se mezcle con la de este otro río, cuya agua ha mostrado la experiencia ser menos saludable.

Así por bajar este río de Lima de tierras altísimas y tener toda la tierra por donde pasa mucha declinación hasta la mar, como por ser la madre de él de piedra y cascajo, y poco recogida y honda, es muy impetuosa la corriente y ruido que trae, mayormente en el verano, cuando son sus corrientes. Con el mismo raudal y furia atraviesa la ciudad, y en el silencio de la noche se percibe en toda ella el murmullo de sus aguas; ha destruído y robado con sus avenidas gran cantidad de tierra de labor de esta campiña y ha causado a la ciudad no pocos daños, costa y temores, porque desde que se fundó hasta el tiempo presente le ha comido el espacio que se le dió para égida de sus riberas, y en partes entrándosele por su traza, llevándose algunas casas y destruído y asolado de ellas más de cien pasos en ancho, como vemos a las espaldas del convento de San Francisco, con que ha tenido a los ciudadanos en perpetuo cuidado y obligándoles a hacer excesivos gastos de cimientos y tajamares de cantería que resistan el ímpetu y furia con que embiste y rompe sus márgenes, particularmente la barranca de lo principal de la ciudad, que es lo de la banda del Sur.

El año de 1578 salió de madre tan desazonadamente, que, extendiéndose y derramándose por el barrio de San Lázaro, se llevó todas las casas que había en él, con la hacienda y muebles que tenían, si bien no fué muy grande la pérdida, por ser entonces pocas y sus habita-

dores no de la gente rica de la ciudad. Pasando aquella primera inundación, fueron con el tiempo echando en olvido aquel daño y pérdida, y sin tener seguro que no asegundaría el río por allí, han ido poblando aquel barrio, tan a prisa, que siendo tenido antes por humilde arrabal, es ahora muy principal parte de esta República.

De pocos años a esta parte se han labrado en ambas orillas del río más fuertes reparos de cantería, en que he visto gastar más de cien mil ducados; porque se había arrimado su corriente tan a prisa al convento de San Francisco, que no quedaba ya entre la pared y la huerta y la barranca del río más que un estrecho de dos o tres pasos. Cobróse con este reparo tanto lugar de la madre del río, que en él se ha edificado una hilera de casas, entre la cual y el sobredicho convento ha quedado una calle tan ancha como las demás.

También se ha asegurado el convento de Santo Domingo, en cuya cerca bate el río, con otro fuerte tajamar, y es necesario recorrer y repasar cada año estos tajamares y otros que se han hecho por ambas riberas, porque no hay verano que no los dejen las corrientes y avenidas sentidos y desportillados, con que vienen a costar estos daños mucho dinero, y aun las vidas a muchos, porque apenas hay año que no se deje de ahogar alguna gente.

Ya que habemos publicado los daños de este río, fuera hacerle oprobio el callar los bienes que acarrea de esta ciudad, que son tan grandes y conocidos cuanto es la sequedad y esterilidad de esta región marítima del Perú, por cuanto carece de lluvias y riego del cielo, por lo cual donde no alcanza el de los ríos es yerma y desaprovechada. Y así, dejado parte este principal beneficio de hacer fértil y fructuosa con sus aguas la

comarca y la campiña de esta ciudad, la provee también abundantemente de agua, entrándose por medio de ella y con las muchas acequias que la sangran, y corren con tal orden repartidas por las casas, que no hay cuadra ni solar que no alcance a participar de ellas. Valen mucho estas acequias para el servicio y limpieza de la ciudad y para el riego de las huertas y jardines que hay dentro de ella, y le causan no poca amenidad y hermosura. La antigüedad de estas acequias es mayor que la de la misma ciudad, porque antes que ella fuera fundada corrían por su sitio, y los indios regaban con ellas sus chacaras y heredades, lo cual consta de la primera Ordenanza que hizo el Cabildo sobre las acequias, que fué el mismo año de la fundación de este pueblo, y es de esta manera:

“En once de Mayo de 1535, estando en cabildo, dijeron que era necesario para servicio de la ciudad que anduviese el agua por calles y solares por sus acequias, como solía antes que la ciudad se fundase, y que para esto cada vecino tenga cargo de hacer y dar lugar para que pase por su solar y le dé salida para que sirva á los otros solares, y que aquel que por cuya pertenencia pasase por la calle sea obligado a cubrirla.” Poco después se ordenó en otro Cabildo que cada vecino tuviese en su acequia una redecilla o rejuela de hierro, como hasta ahora se guarda, y la ejecución de esto y cargo de repartir y distribuir el agua se cometi6 entonces al alarife, mas al presente toca al juez de Aguas. Como ha ido creciendo la población, se han hecho de nuevo otras muchas acequias, por dar agua a todas las casas, y las antiguas se han sacado derechas; están casi todas labradas de cal y ladrillo, y al cruzar las calles van cubiertas con portezuelas y alcantarillas de lo mismo o de madera, mas por los

patios, huertas y corrales de las casas van descubiertas.

La mayor parte de estas acequias se derivan de una muy grande que, por entrar en la ciudad por frente al Monasterio de Santa Clara, la llamamos de este nombre; la cual, no embargante que cuando se fundó esta ciudad caía fuera de su traza, con todo eso, por lo mucho que por encima de ella se ha poblado, viene ahora a estar de la otra parte de ella toda la parroquia de Santa Ana. Trae a todas horas tan grande golpe de agua, que muelen juntas tres o cuatro ruedas de molinos de pan, y hay en su curso de la ciudad cinco molinos, de a tres y cuatro piedras cada uno, y hay piedras que muelen a más de cien fanegas de trigo entre día y noche. Sin esta acequia sacan del río en el espacio que corre por la ciudad otras dos menores: la una por el molino de Aliaga, que está pegado al puente, y molino y acequia tienen poco menos antigüedad que la misma ciudad. Al principio dió esta acequia mucho que entender al Regimiento, porque iba poco a poco robando la barranca del río, y muchas veces ordenó el Cabildo que se le hiciesen reparos, hasta que se labró de cantería, como está hoy, y sirve de resistir al río tanto cuanto antes era de perjuicio y daño a la ciudad. Por la tercera acequia se encamina también a otras tres paradas de molinos y para el servicio de las casas de la parte más baja de la ciudad: con ellas muelen dos molinos de pan, de a tres piedras cada uno, y un ingenio o molino de pólvora, de dos piedras, y después de salidas estas acequias del pueblo riegan muchas heredades y sembrados

Por el otro lado del río y barrio de San Lázaro corre otra acequia de igual grandeza, con que muele otro molino de pan de tres piedras y los molinos de pólvora, y se riegan muchas huertas y chácaras, por manera que los molinos de pan que hay entre la ciudad

son nueve, sin otros muchos que hay por la comarca. Tuvieron principio estos molinos poco después de poblada la ciudad, en cuyos pobladores se repartían los hegidos y sitios para ellos, por el mismo tenor que los solares; y la primera licencia que halló haber conocido el Cabildo para edificar molinos es la que dió a Francisco de Ampuero, a 26 de julio de 1540. La cual hubo con condición que si lo vendiese o denajenase, la persona a cuyo poder viniese quedase obligada a pagar de censo perpetuo doce pares de gallinas negras en cada un año, aplicadas para que las gastase el Cabildo en los días de los Reyes o en otras fiestas que le pareciese.

La primera puente que se hizo al río de esta ciudad por sus pobladores fué de madera y estaba fuera de población, enfrente de donde ahora es la iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, la cual sirvió hasta el Virreinato del Marqués de Cañete; el primer edificio de este Virrey, obra de piedra y ladrillo en el propio lugar que está la que hoy permanece, y duró hasta el año 1567 en que, por el mes de febrero, viniendo el río muy crecido, derribó un estribo de ella, tras del cual cayeron los dos arcos que en él eran sustentados, de seis o siete que tenía. Tratando la ciudad de repararla, vino en aquella sazón por Virrey el Marqués de Montes Claros, el cual, con el parecer de los arquitectos y maestro de factura, juzgó que era más conveniente hacer otra puente de nuevo que aderezar lo arruinado de la vieja, y en conformidad de esta resolución se comenzase desde luego la obra, derribando la vieja y en su mismo sitio se sacó de cimientos y labró la que hoy sirve. Se hizo todo de piedra, excepto la arquería, que es de ladrillo, con muy fuertes estribos y seguros y galanos pretiles, con sus ángulos o recodos sobre los estribos, donde se pone la gente a ver el río, sin estorbar a los que pasan

por la parte de San Lazaro. Tiene por remate dos galanos torreoncillos, y por esta otra de la ciudad se entra por ella por muy suntuoso arco y puerta como de ciudad, de piedra labrada, que se descubre por la plaza. Acabóse esta puente por el año 1610, y llegó su gasto a doscientos mil pesos. Salió más ancha, hermosa y mejor que la primera y con seis ojos mayores que los de ella.

El mismo año de 1610, y por mandato del mismo Virrey Marqués de Montes Claros, se plantó la alameda al pie del barrio de San Lázaro, desde donde llega hasta el convento de los frailes Descalzos de San Francisco, que será de largo más de doscientos pasos; tiene tres muy anchas calles, con ocho hileras de árboles de varios géneros, y en la calle de en medio, a iguales trechos, tres fuentes de pila, labradas de piedra, con agua de pie, para que se hizo su cañería sacada el agua del río. Túvose atención a que saliese del modelo de la Alameda de Sevilla en su traza y grandezas, y fuéranlo, sin duda, si le ayudara el suelo; pero está muy desmedrada respecto de abono, puesto en un seco pedregal, sin otro migajón de tierra de lo que el río en años pasados ha dejado robados con sus corrientes: con todo eso es muy frecuentada de la ciudad, que sobre tarde salen de verano a ella a pasearse y tomar el fresco.

CIUDAD COLONIAL

(LIMA-PERÚ)

POR

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

I

¡Oh, Ciudad de los Reyes! Va a cantarte el poeta.

No es el Inca suntuoso de arrogante silueta,

ni es el aventurero de infatigable espada:

es el virrey galante de peluca empolvada.

Va a cantarte el poeta, que el Virreinato evoca

con el llanto en los ojos y el suspiro en la boca,

porque extraña ese tiempo de primor y nobleza.

¡Oh, dolor blasonado! ¡Oh, elegante tristeza!...

Quien enjoya a su musa con atávicas leyes,

con la heráldica pompa de tus claros virreyes

o la envuelve en misterios con su saya y su manto,

¡te devuelve lo tuyo, porque tuyo es su canto!

II

Una vez que, cansado de mi inútil paseo

por el mundo, entré a Lima, cual si entrase a un museo,

sentí en mi alma el encanto de las viejas ternuras;

y, en la noche, ganoso de correr aventuras,

me lancé al otro lado del granítico puente

y vagué por las calles de un gran barrio silente.

Me seguía la luna como el sueño de un hada,

con su blanco casquete de virreina encantada;

y, a la luz pavorosa de su fría linterna,

escuché los rumores de una música interna,

que me hablaba de cosas que se fueron, de gentes que pasaron, de tiempos que no son los presentes.

Las callejas tortuosas, los vetustos balcones, los arcaicos portales con sus pétreos blasones y las plazas rendidas en que sólo la luna divagaba a manera de un amor sin fortuna, fueron dando a mis ojos la impresión de esos días, de prosapias heroicas, de noblezas bravías y de clásicos trajes que arrastraban sus colas en un largo paseo de tricornos y golas...

Vi temblar los relieves de las casas antiguas, animarse los santos de figuras exiguas que empotrados reposan en la esquina de cada callejón silencioso, desatarse la atada cuerda de las dormidas campanas herrumbrosas, abrirse los balcones cual fuertes mariposas que sus alas despliegan, brillar en los cristales floreados de las hondas ventanas conventuales las luces de otras fiestas y, entre pausados sonos, salir pesadamente las largas procesiones... Entendí lo que el río va diciendo en sus quejas, descifré el jeroglífico heroico de las rejas, combiné mentalmente las letras iniciales grabadas en la puerta, leí los madrigales y epigramas escritos en la cal de los muros y platiqué con frailes de conventos oscuros... Y la luna, ceñida de religioso velo, mientras que yo vagaba, desde el fondo del cielo, parecía seguirme, como una enamorada, con la muda caricia de su lenta mirada...

III

¡Oh, Ciudad de los Reyes! Evocada en mis sueños resurgiste en la noche de ayer, con diseños imprecisos y tintas sin vigor... Resurgiste —tú, la mujer alegre— como una estatua triste; pero al soplo de mi alma se reanimó tu barro. Cual las tenues visiones del humo del cigarro

que desenvuelve ensueños en largas espirales,
desataron los siglos sus sombras espectrales,
y fueron dando vueltas ante mi fantasía,
que entre las espirales de ese humo te veía.
Vi la Fuente de Bronce, prestidigitadora
de agua en múltiples arcos en que la risa llora,
que en mitad de tu plaza dice murmuraciones
y chismes por la boca de todos sus leones;
tu Catedral, que es de esas ancianas catedrales
con torres que parecen mitras episcopales;
tu Palacio—el Palacio de los Conquistadores—,
que es un recuerdo vivo de otras gentes mejores;
tu Puente de granito, que ante tantos despojos
dilata mudamente sus espantados ojos;
tu Alameda—anacrónica y solemne alameda—,
que luce su follaje de encarrujada seda
como una dama antigua su acuchillado traje,
a lo largo del río con su espuma de encaje;
y tu Plaza de Toros, que es alegre y coqueta
y vibrante como una redonda pandereta...

Y vi pasar hileras de ya olvidadas gentes:
rostros enjutos, hondas pupilas, finos dientes
entre risueños labios de epigrama, sombrías
arrugas de entrecejos, sutiles ironías
de expresión picaresca, semblantes satisfechos
de nobleza, ostentosos y fementidos pechos;
calesas, mitras, luces; ora un galán que escapa:
la punta de un estoque debajo de su capa;
ora una dama noble que va a misa: un rosario,
que sujeta su nácar entre un devocionario;
gregüescos y jubones de pompa florentina;
sayas de canutillo; peines de cornalina;
hopalandas fastuosas y floretes labrados;
tricornios de virreyes y cotas de soldados;
casacones bordados de una caligrafía
de oro y con botones hechos de pedrería,
y, sobre todo aquello, la tapada limeña,
la tapada que ríe, la tapada que sueña
con un sabroso encanto de helénicos amores
y va ofreciendo gracias y recogiendo flores,

hundida en el misterio de su mantón, en que ella descubre sólo un ojo como una sola estrella, pues la mujer ceñida con un mantón de viuda es más pecaminosa que la mujer desnuda...

Es así como pasa la astuta Castellanos, que enjoya a su faldero con primorosas manos y cubierto de alhajas lo luce en la alameda, donde la aristocracia mirándola se queda, consiguiendo la dama galante y desdenosa que se ocupen del perro los que no de la hermosa; y es así como es digna de las muertas edades con su caricatura del perro de Alcibiades.

Es así como pasa la querida del viejo virrey Amat: le pide que la obsequie un espejo; y él le obsequia las aguas de un paseo en que un día multiplicadamente la cara se vería.

¡Salud, Paseo de Aguas, inconcluso y durmiente!
Eres ruina y no fuiste; tu pasado es presente;
pero en medio de tanta belleza o picardía,
finges un cristal roto para mi fantasía,
que te ve con tus aguas, con tu arco hoy derruido
y con todo el orgullo que tú hubieras tenido.
Así, miro en tus aguas la Lima del pecado
como el remordimiento se mira en el pecado;
y por eso es que en mi alma surge tu transparencia
acusadora como si fuese una conciencia...

IV

¡Oh, Lima, ¡Oh, dulce Lima! Ciudad de los amores:
en ti sí que los tiempos pasados son mejores...
Tus fiestas y tus damas, tus cortes y tus lances,
tus glorias llenarían diez tomos de romances;
y has sido y serás siempre ciudad de la aventura,
desde que el gran Pizarro vertió su sangre pura,
que se esparció en las losas así como un manojo
de rosas que se hubieran mojado en vino rojo...

Bajo tu sol, que es tibio, ni hay nieve ni hay ardores;
por eso son tan bellas tus damas y tus flores.

Y así, como en ninguna región, se ve en tu suelo
entreverados frutos del trópico y del hielo;
que sólo en ti se juntan, cual si un milagro fuera,
los dos enamorados: el pino y la palmera.
Como tu clima, extraño, también lo tienes todo.

En el frontón de piedra sus armas talló el godó;
y tras los cortinajes de seda desteñida,
está la sala llena de una remota vida:
en ella, los tapices borrados ya por viejos;
los muebles de caoba; los húmedos espejos
de lunas biseladas y marcos con escudos,
que ven pasar los años como testigos mudos;
las líricas arañas con tules; las alfombras
en que sonar parecen los pasos de las sombras;
los cuadros de dolientes y mágicas pinturas,
que evocan todo un tiempo; y, a veces, armaduras
en donde, entre las aspas de acero contra acero,
sobre un broquel, un casco sacude su plumero...
Retrato de hace un siglo: tú sabes propiamente
que es un fantasma apenas la Lima del presente;
tú que a las nietas oyes, sentadas en el piano,
resucitar las notas de un tiempo ya lejano...
¡Oh, quién violar pudiese la idea y el anhelo
que sólo tiene el mudo retrato del abuelo!

Así, cuando, en el fondo del cielo, se destaca
la Luna como el vidrio de una linterna opaca,
en las estrechas calles de tétricos balcones
parece que renacen pretéritas visiones;
y ya del cofre abierto de algún balcón resbala
un lúgubre embozado por la colgante escala,
ya contra un quicio oculto le aguarda un caballero
y hay de repente un choque relampagueante y fiero,
ya por la esquina llega la ronda y en un trazo
se ven dos sombras que huyen y un solo linternazo...

V

¡Ciudad de los amores! Tú siempre grande has sido;
por eso no te emboza la capa del olvido;

fué grande tu jolgorio, fué grande tu aventura ;
¡y fueron también grandes tus días de amargura!...
Quien rió tu alegría, quien lloró tu quebranto,
quien enoja a su musa por atávicas leyes
con la heráldica pompa de tus claros virreyes
o la envuelve en misterios con su saya y su manto,
¡te devuelve lo tuyo, porque tuyo es su canto!

LOS CONVENTOS LIMEÑOS

POR

DON JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO Y OSMA.

Del libro básico para los estudios históricos en el Perú, de José de la Riva Agüero, titulado La Historia en el Perú, destacamos dos fragmentos que reflejan admirablemente el alma del Setecientos limeño. Siglo devoto y erudito, está estereotipado en sus conventos y en sus certámenes universitarios. De los conventos habla Riva Agüero, a propósito de los cronistas conventuales y del ambiente universitario, en su magnífico ensayo sobre don Pedro de Peralta y Barnuevo, pismo de sabiduría y afectación de su siglo barroco. Limeño de la más genuina cepa, como descendiente de los primeros vecinos y fundadores de Lima y de compañeros inseparables de Pizarro, como Nicolás de Ribera, "el Viejo", Riva Agüero es, no sólo uno de los más caracterizados historiadores de esa época y gallardo mantenedor de la tradición hispánica, sino también de los mejores intérpretes del alma colonial.

El convento es la institución que representa y encarna el espíritu colonial. Esto, verdadero en todas las posesiones del continente americano, lo es mucho más en el Perú, y especialmente en Lima. El alma de nuestra ciudad es un alma conventual. Todavía vive aquí oculta y olvidada, todavía podemos sentirla a ratos. Ahuyentada del centro urbano por el bullicio moderno y por la vulgaridad pretenciosa de las construcciones nue-

vas, se refugia en los rincones en donde aún no llegan las fábricas actuales y los disparatados remiendos que llamamos reparaciones. Duerme el tranquilo sueño del pasado en las iglesias y las calles silenciosas, y al abrigo de las largas cercas del monasterio. Pero hay



Iglesia de San Francisco

momentos—bajo la luz de oro y el delicado y profundo azul del verano, o de fresca blancura y de pálido sol que se filtra rasgando en jirones el gris de estaño del cielo en ciertos días de invierno—en que, evocada por el sonido de las antiguas campanas, ora grave, ora alegre y argentino, el alma de Lima se despierta y difunde en el ambiente su dulzura, a la vez voluptuosa y mística.

Subsisten las principales iglesias que nos legó la época colonial. A pesar de las numerosas reparaciones a

que obligaron los terremotos, retenían bastante bien, hace pocos años, su particular fisonomía. Ninguna de ellas es, por cierto, una obra de arte, ni merece las consideraciones de tal. En su mayor parte construídas durante la centuria décimaséptima, participan, cuál más, cuál menos, del cespó estilo churrigueresco, que en ellas, a veces, coexiste y contrasta de extraña manera con el severo estilo del Renacimiento español. Pero aquella arquitectura de decadencia, aquellos adornos amanerados y floridos, sobre los cuales han impréso sus huellas los años, no están desprovistos de algún interés; son representativos de un período de la Historia. El tiempo ha idealizado el aspecto del presuntuoso barroquismo, suavizando los colores chillones, opacando el reflejo de los oros, extendiendo en las pinturas las pátinas, imprimiendo en todos los objetos el encanto del recuerdo. No hay decadencia arquitectónica que, vista a través de los siglos, carezca de poética sugestión. Con los pomposos altares de talla, la profusión de dorados y de columnas salomónicas, la ornamentación de líneas inverosímilmente redondas y torcidas, nuestras iglesias suscitan la imagen de viejecitas que conservaran y usaran los tontillos y complicados lazos, las extravagantes modas de su remota juventud. En todo caso, poseen carácter histórico y se lo comunican a la ciudad. Pero un viento de ignorancia y necedad sopla desde hace algún tiempo, y se afana por convertir a Lima en el más incoloro lugar de la tierra. Y las comunidades religiosas son activísimas cooperadoras de tan absurda tarea. Contamos ya con abominables caricaturas de lo gótico moderno—¡hechas con adobes y maderas!—, que constituyen aquí un viviente desentono, algo completamente anatópico, en ridícula y dolorosa pugna con la tradición y el medio. Las mismas an-

tiguas Ordenes de los mercenarios y los dominicos, los franciscanos, los agustinos y los jesuitas, en vez de limitarse (como lo aconsejaban la discreción y el buen gusto) a reparar en lo necesario sus templos, respetando en cuanto fuera posible el sello histórico (que es lo único que los avalora), o cuando más rectificándolos en el sentido de la pura arquitectura herreriana, se desviven por construir las vejeces que desconocen y desdeñan. No podríamos quejarnos, sin duda, si las reemplazaron con novedades positivamente hermosas y artísticas, o siquiera decentes y aceptables. Mas, por la modestia de los recursos del país y por la penuria de invención de los arquitectos, no aciertan sino a deshonar la ancianidad de las iglesias con composturas de modernidad barata y mezquina, a menudo de fealdad irritante y lamentable pobreza. Las degradan, quitándoles su relativo, aunque pequeño, mérito extrínseco, y, lejos de darles en cambio mérito intrínseco alguno, las estragan y las infaman haciéndolas trasuntos de desoladora trivialidad. San Pedro ha perdido las redondas y macizas torres berninescas, y ofrece a las miradas, con provocativa insolencia, una fachada angulosa, de triste hebridismo. Todo hace presumir que San Agustín, en actual reconstrucción, se trocará en un fastidioso pastiche pseudorromántico. En la Merced ha desfigurado la torre y la churrigueresca portada con una ignominiosa máscara semigriega, semibizantina, Dios sabe qué, obra maestra de ramplonería y cursilería, cuyos adornos de merengues salpicados de vidrios de colores hieren la vista y sublevan el más tibio y paciente criterio estético. Como casi siempre las refacciones son parciales, resulta que hay templos con unos trozos barrocos, otros del Renacimiento y otros de indefinible hermafroditismo moderno. Y esta penosa sensación de

loca incoherencia, de heteróclitos retazos, al penetrar en las iglesias, se agrava cuando vemos junto a ventanones viejos de gruesos barrotes, a doradas molduras jesuíticas, a zócalos y revestimientos de pintorescos azulejos, altares de clasicismo insignificante y descolorido, o remedos y adornos de formas neogóticas. En los retablos de talla que todavía quedan, entre la confusión laberíntica de las líneas que ondulan, se rompen y entrelazan, entre las columnas ceñidas de pámpanos, recargadas de follaje—allí donde se encuadran las antiguas imágenes españolas, los santos vestidos, las vírgenes de mantos en forma triangular, los crucifijos llagados, sangrientos y cárdenos—, aparecen adocenadas y dulzonas imágenes francesas de cartón-piedra. Así, nuestros santuarios pierden todo carácter de época y degeneran en una especie de depósitos de *bric á bric*. Semejan esos puestos de ropavejeros en que yacen revueltos los desechos de todas las modas.

En los conventos no ha sido mucho menor el destrozo. La espantosa relajación en que los hallaron Juan y Ulloa, y que tan enérgicamente está descrita en las célebres *Noticias secretas*, continuó y creció en los primeros años de la República. Libres de la obediencia de las provinciales y de la vigilancia de los visitadores, a causa de los trastornos de la Independencia y de las revoluciones sucesivas; quebrantado su prestigio religioso por la propagación de las ideas liberales; menoscabadas las rentas por las leyes de desvinculación y de redención de capellanes, por el cínico nepotismo de los prelados, por el régimen de la enfiteusis, que los despojó de sus bienes; extinguidas hasta la sombra de vida común y hasta la memoria de los estudios teológicos, los conventos criollos organizaban la inanición o eran foco de vergonzosos vicios: se hundieron en el más bo-

chornoso embrutecimiento; en el más repugnante parasitismo, se enfangaron en la más inmunda depravación, en la más odiosa haraganería, en la más sucia pereza. Redujéronse a polvo al paso importantísimos documentos de los archivos, descabaláronse las bibliotecas, extraviáronse los cuadros, destruyéronse o recibieron lastimoso trato los muebles enconchados y tallados y los miniados libros de coro. Tan completo desorden, tan indescriptible abandono reinaron hasta tiempos muy recientes, en que, con la venida de frailes extranjeros, se ha logrado restaurar la vida monástica de los antiguos conventos grandes, limpiarlos de sus mayores impurezas y levantarlos de la miserable condición en que habían caído a la mediocridad presentable y casi decorosa en que actualmente se encuentran.*Apreciar lo que en la reanimación presente de los conventos viejos de Lima hay de artificial, y aun de peligroso—por estar basada de modo exclusivo en elementos extranjeros—, es problema importante, pero cuya discusión es muy ajena a la índole de este ensayo. Desde el punto de vista artístico, no tienen remedio los daños que produjo la pasada incuria. Truncos están en muchas partes los mosaicos, podridos y rotos a trechos los artesonados. Han desaparecido casi todos los lienzos y muebles valiosos, por obra de viajeros inteligentes o ávidos negociantes que se apresuraron a arrebatarnos de manos de sus ignaros dueños. Pero lo peor es que la devastación lleva camino de continuar y de consumir la ruina de todo lo que de característico y tradicional encierra todavía los conventos limeños. La relativa holgura económica de que ahora gozan (gracias a la ley que les reconoció la facultad de vender sus fincas) les permite reconstruir los ruinosos claustros; y es de temer que los buenos frailes se preparen a modernizarlos, seguramen-

te con esa misma ausencia del sentido de color local, con ese mismo cursi y estúpido cosmopolitismo que hoy inspiran las construcciones en Lima, y que ya han hecho de las iglesias desventuradas y risibles parodias. Y será lástima grande que los claustros sigan la desastrosa suerte de las pobres iglesias. Algunos, como el primero de San Francisco, por ejemplo, son de efectivo mérito. Por de contado, los creemos superiores a sus respectivos templos, los cuales, si bien agradan por los recuerdos históricos, son, a la verdad, de pésima época, y sólo pueden preferirse a estos insípidos engendros con que el gusto contemporáneo nos obsequia y que hacen echar de menos la caprichosa originalidad y la viciosa lozanía del barroquismo.

Los claustros conventuales son—con unos pocos caserones, cada día más raros—los únicos sitios en que aún es posible imaginar y sentir la poesía de la Colonia. Poesía blanda y muelle, enervadora. En vano las anchurosas y solemnes escaleras fingen magnificencias áulicas, y los coros y las salas capitulares ostentan el sombrío esplendor de sus talladas sillerías; en vano el desnudo estilo escurialense resurge con frecuencia entre la hinchazón barroca y lucha por imponer a nuestros claustros la ceñuda adustez de los monasterios castellanos. Disipan toda impresión de severidad las exageradas redondeces de los arcos y las cúpulas, la prodigalidad de los adornos, las doradas hojarascas del churriguerismo, la alegre policromía de los azulejos, que tienen reminiscencias moriscas, y los coquetones jardincillos, cuyas pilas ríen y cantan bajo la área caricia del sol o bajo las suaves y tibias brumas, en el sedante clima limeño.

Aunque hijos de los duros cenobios de Castilla, los conventos de Lima en nada se les asemejaron. Fueron

conventos netamente meridionales, hermanos de los andaluces, de los portugueses y de los napolitanos. No produjeron un solo escritor propiamente místico (el dominicano Hojeda y el agustino Valverde no son sino ascéticos), porque la esterilidad de espíritu, esterilidad no seca, sino floja, laxa, de empalagosa molicie, es rasgo dominante en la vida intelectual de la Colonia. Pero si hubiera surgido un autor místico, de seguro se hubiera inclinado al alumbrismo o al quietismo: todo en estos conventos era propicio a las doctrinas de pasividad y negación, de anegamiento del individuo. Estudiando la existencia monástica de la época de la Colonia descubrimos una perezosa rutina, una completa inercia mental y moral encubiertas por vanas algazaras de festejos y escándalos, una brutal superstición, la pedantesca y yerma escolástica, la hórrida barbarie del ergotismo junto con la mujeril dulcedumbre de la devoción jesuítica, milagrerías groseras y necias y pueriles patrañas de apariciones de la Virgen, los santos y las ánimas del Purgatorio.

La Historia todo lo hermosea y purifica. En su mágico espejo, hasta los peores tiempos se nos antojan bellos. Mas no olvidemos nunca que es esto una ilusión. En los viejos conventos criollos, entre las reliquias de un lujo extinto, saboreemos en buena hora, con agradable diletantismo, sensaciones de melancólica paz. Pero en el fondo del alma felicitémonos de no haber nacido en la edad en que aquellos conventos imperaban sobre la sociedad toda y la cubrían y ahogaban como una negra red de fanatismo, de ignorancia y de silencio.

ERA UNA BLANCA ROSA

POR

LUIS FERNÁN CISNEROS

Luis Fernán Cisneros, poeta y periodista, ministro en el Uruguay, es por tradición romántica y por vocación de su ingenio—uno de los más finos y cáusticos que hayan alegrado el periodismo peruano—un representante genuino del limeñismo literario. A falta de otras composiciones suyas, clásicas en el acervo de Lima, reproducimos sólo una poesía a Santa Rosa, el mayor elogio lírico que se ha hecho de la mística limeña.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfume florece todavía.

Hace trescientos años, al caer de la noche,
cuando limpios luceros desataban el broche
y a probar su fortuna
descendía el Ensueño con su traje de luna,
adormido en un vuelo de blancas mariposas,
el jardín daba rosas;
y así, leves sus galas,
bajo la suave lumbre y el batir de las alas,
humilde entre los muros, perfumado y tranquilo,
el jardín era asilo
de un rumor de sandalias en piadoso desvelo.
y de tenues suspiros, y de voces del cielo.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfumes florece todavía...

Era un jardín cerrado
al placer de la vida y al dolor del pecado;
rincón hecho de sueños, oculto a la inclemencia
del mundanal ruido y abierto a la inocencia;

jardín que era una lira
 que vibrando muy quedo, como alma que suspira
 con ayes de ternura,
 llevaba sus acordes a la celeste altura
 por un blanco camino.
 Era un jardín, oculto, cerrado y prisionero,
 que temblaba en la noche como un hilo divino.
 Y era una blanca sombra dormida en su sendero...

Era un jardín de rosas, todo él enamorado
 de la mano de lirio que le daba cuidado;
 un jardín que en el claro de luna parecía
 que, orgulloso, sabía
 cómo se retrataba sobre el éter inmenso
 vestido de pureza y oloroso de incienso;
 dulce refugio, lírico por su ambiente y su calma,
 hecho para el reposo perfumado de un alma;
 jaula tejida en flores de matiz marfileño,
 hecha para las alas flotantes del Ensueño;
 jardín en cuya arena, con trémula congoja,
 se arrastraba una hoja
 ambulante y vencida,

murmurando en voz baja cómo se va la vida...

Era un jardín oculto, cerrado y prisionero...

Y era una blanca sombra perdida en su sendero.

¿Qué quieres, blanca sombra que vagas lentamente
 en medio de la noche, como alma penitente?

Sombra blanca, ¿qué buscas mirándote en las rosas
 abiertas y olorosas?

¿Será acaso que sufres? ¿Será, tal vez, que, impía,
 la suerte te hizo presa de la melancolía?

¿O será que tu sueño,
 por ser sueño de amores, es inútil empeño?

En el jardín, la sombra, doliente y solitaria,
 responde en un ansioso murmullo de plegaria
 que con suaves deliquios acompañan las rosas
 y en un trémulo enjambre las blancas mariposas.

¿Qué quieres, blanca sombra errante en tu retiro?

La sombra, estremecida, responde en un suspiro.

¿A quién, a quién consagras la luz que arde en el vaso?

¿Dónde vas paso a paso.

mirando a las estrellas,
 como si les pidieras ir a morir en ellas?
 ¿Es, acaso, que esperas a tu amado y no viene?
 La sombra se detiene,
 cual si quedara presa
 en el haz de la luna que la envuelve y la besa,
 y una voz, en suspiro, temblorosa musita.
 —¡Aquí espero una cita!
 ¡Pero Amor, blanca sombra, es placer y es aliento!
 —Mi Amado es mi tormento.
 ¿Y su amor a curarte de tortura no alcanza?
 —Mi Amado es mi esperanza.
 Sueños de amor eterno—. ¿Sueños de amor profundo?
 —Mi Amado no es del mundo.
 ¿Entonces, blanca sombra, no viene tu trovero?
 —Vendrá, porque le espero.
 ¿Y por amado ausente pasión tan sobrehumana?
 —Vendrá, vendrá mañana.
 ¡No viene, blanca sombra!
 —¡Vendrá! ¡No desconfío!
 ¡Y dándole la vida, la muerte lo hará mío!—
 Y al eco de estas bellas palabras amorosas,
 en el jardín lunado palpitaban las rosas.

Hace trescientos años que el jardín florecía,
 y lleno de perfumes florece todavía...

Era una blanca luna, y era en dulce reposo,
 el jardín silencioso,
 y dormido el jilguero,
 en quietud el sendero,
 y la noche sumisa
 y callado el ramaje,
 y dormido, entre tules de ilusión, el paisaje.
 Era una noche clara
 y era un jardín de rosas tan blanco como un ara.
 Y era una blanca ermita
 que esperaba el milagro de una dulce visita.
 Y era, sobre la alfombra
 de las hojas caídas, aquella blanca sombra...



SANTA ROSA DE LIMA,

por el gran pintor peruano Francisco Lazo.

De repente, del cielo,
estremecido el velo
que sujeta en el éter el haz de las estrellas,
cae un fragante lirio de plateadas huellas.
Y hay un rumor de alas
en las empíreas salas,
y el jardín va tomando del cielo los colores,
y el cielo se reviste del color de las flores.
Y una música lenta, susurrante, galana
estremece en la ermita a la sombra radiosa,
que ya no es sombra blanca: ya es una blanca rosa...

Blanca tiembla la noche, como la veste alada
de tierna desposada,
y a su amparo, surgidas de sus leves capuces,
vuelan las mariposas consteladas de luces.
Y hay al pie de la ermita
un alma que palpita,
y unos brazos abiertos, de frente al infinito,
y un ímpetu anhelante, y un sollozo, y un grito:
—¡Aquí estás, vida mía!
Y se mecen las rosas en un son de alegría,
y despierta el jilguero,
y refulge el sendero,
y es música el ramaje,
y es música, entre tules de ilusión, el paisaje...
Y una voz dice: —¡Toma,
toma rosas, mi vida, que te guardan aroma!—
Y otra voz en suspiro,
adornida en la humilde soledad del retiro,
le responde, amorosa:
—¡Oh, blanca rosa virgen! ¡Tú sola eres mi rosa!—

Hace trescientos años que el jardín florecía,
y lleno de perfumes florece todavía.

LOS MOSQUITOS DE SANTA ROSA

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

Cruel enemigo el zancudo o mosquito de trompetilla, cuando le viene en antojo revolotear en torno de nuestra almohada, haciendo imposible el sueño con su incansable musiquería. ¿Qué reposo para leer ni para escribir tendrá un cristiano si, en lo mejor de la lectura o cuando se halla absorbido por los conceptos que del cerebro traslada al papel, se siente interrumpido por el impertinente animalejo? No hay más que cerrar el libro o arrojar la pluma, y coger el plumerillo o abanico para ahuyentar al mal criado.

Creo que una nube de zancudos es capaz de acabar con la paciencia de un santo, aunque sea más cachazudo que Job, y hacerlo renegar como un poseído. Por eso mi paisana Santa Rosa, tan valiente para mortificarse y soportar dolores físicos, halló que tormento superior a sus fuerzas morales era el sufrir sin refunfuño las picaduras y la orquesta de los alados musiquines.

Y ahí va, a guisa de tradición, lo que sobre tema tal refiere uno de los biógrafos de la Santa limeña.

* * *

Sabido es que en la casa en que nació y murió la Rosa de Lima hubo un espacioso huerto, en el cual edificó la

Santa una ermita u oratorio destinado al recogimiento y penitencia. Los pequeños pantanos que las aguas de regadío forman son criaderos de miriadas de mosquitos, y como la Santa no podía pedir a su divino Esposo que, en obsequio de ella, alterase las leyes de la naturaleza, optó por parlamentar con los mosquitos. Así decía :

—Cuando me vine a habitar esta ermita, hicimos pleito homenaje los mosquitos y yo: yo, de que no los molestaría, y ellos, de que no me picarían ni harían ruido.

Y el pacto se cumplió por ambas partes, como no se cumplen... ni los pactos politiqueros.

Aun cuando penetraban por la puerta y ventanilla de la ermita, los bullangueritos y lanceteros guardaban compostura, hasta que, con el alba, al levantarse la Santa, les decía :

—¡Ea, amiguitos, id a alabar a Dios!— Y empezaba un concierto de trompetillas, que sólo terminaba cuando Rosa les decía :

—Ya está bien, amiguitos; ahora vayan a buscar su alimento.

Y los obedientes sucrosios se esparcían por el huerto.

Y al anochecer los convocaba, diciéndoles :

—Bueno será, amiguitos, alabar conmigo al Señor, que los ha sustentado hoy.

Y repetíase el matinal concierto, hasta que la bienaventurada decía :

—A recogerse, amigos. formalitos y sin hacer bulla.

Eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenes, que se le insubordinan y forman algazara cuando los manda a la cama.

No obstante, parece que alguna vez se olvidó la San-

ta de dar orden de buen comportamiento a sus súbditos; porque, habiendo ido a visitarla en la ermita una beata llamada Catalina, los mosquitos se cebaron en ella. La Catalina, que no aguantaba pulgas, dió una manotada y aplastó un mosquito.

—¿Qué haces, hermana?—dijo la Santa—. ¿Mis compañeros me matas de esa manera?

—Enemigos mortales, que no compañeros, dijera yo—replicó la beata—. ¡Mira éste cómo se ha cebado en mi sangre, y lo gordo que se había puesto!

—Déjalos vivir, hermana; no me mates ninguno de estos pobrecitos, que te ofrezco que no volverán a picarte, sino que tendrán contigo la misma paz y amistad que conmigo tienen.

Y ello fué que, en lo sucesivo, no hubo zancudo que se le atreviera a Catalina.

También la Santa, en una ocasión, supo valerse de sus amiguitos para castigar los remilgos de Frasquita Montoya, beata de la Orden Tercera, que se resistía a acercarse a la ermita, por miedo de que la picasen los jenjenes.

—Pues tres te han de picar ahora—le dijo Rosa—: uno en nombre del Padre, otro en nombre del Hijo y otro en nombre del Espíritu Santo.

Y simultáneamente sintió la Montoya en el rostro el aguijón de tres mosquitos.

Y, comprobando el dominio que tenía Rosa sobre los bichos y animales domésticos, refiere el cronista Meléndez que la madre de nuestra Santa criaba con mucho mimo un gallito que, por lo extraño y hermoso de la pluma, era la delicia de la casa. Enfermó el animal y postróse de manera que la dueña dijo:

—Si no mejora, habrá que matarlo para comerlo guisado.

Entonces Rosa cogió al ave enferma y, acariciándola, dijo:

—Pollito mío, canta de prisa; pues si no cantas, te guisa.

Y el pollito sacudió las alas, encrespó la pluma y, muy regocijado, soltó un

¡Quiquiriquí!
 (¡Qué buen escape el que di!)
 ¡Ququiricuando!
 (Ya voy que me están peinando.)

LOS RATONES DE FRAY MARTIN

TRADICIÓN

POR

DON RICARDÓ PALMA

Y comieron en un plato
 perro, pericote y gato.

Con este pareado termina una relación de virtudes y milagros que, en hoja impresa, circuló en Lima, allá por los años de 1840, con motivo de celebrarse en nuestra culta y religiosa capital las solemnes fiestas de la beatificación de Fray Martín de Porres.

Nació este santo varón en Lima, el 9 de diciembre de 1579, y fué hijo natural del español don Juan de Porres, caballero de Alcántara, en una esclava panameña. Muy niño Martincito, llevólo su padre a Guayaquil, donde en una escuela cuyo dómine hacía mucho uso de la cáscara de novillo, aprendió a leer y es-

cribir. Dos o tres años más tarde, su padre regresó con él a Lima, y púsolo a aprender el socorrido oficio de barbero y sangrador, en la tienda de un rapista de la calle de Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja y la lanceta, si bien salió diestro en su manejo, y, optando por la carrera de santo, que en estos tiempos era una profesión como otra cualquiera, vistió, a los veintiún años de edad, el hábito de lego o donado en el convento de Santo Domingo, donde murió el 3 de noviembre de 1639, en olor de santidad.

Nuestro paisano Martín de Porres, en vida y después de muerto, hizo milagros por mayor. Hacía milagros con la facilidad con que otros hacen versos. Uno de sus biógrafos (no recuerdo si el Padre Manrique o el médico Valdez) dice que el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera milagreando (dispénsemme el verbo). Y para probar cuán arraigado estaba en el siervo de Dios el espíritu de obediencia, refiere que, en momento de pasar Fray Martín frente a un andamio, cayóse un albañil desde ocho o diez varas de altura, y que nuestro lego le detuvo a medio camino, gritando:

—¡Espere un rato, hermanito!

Y el albañil se mantuvo en el aire hasta que regresó Fray Martín con la superior licencia.

Buenazo el milagrito, ¿eh? Pues donde hay bueno hay mejor.

Ordenó el prior al portero donado que comprase, para consumo de la enfermería, un pan de azúcar. Quizá no le dió el dinero preciso para proveerse de la blanca y refinada, y presentósele Fray Martín trayendo un pan de azúcar moscabada.

—¿No tiene ojos, hermano?—díjole el superior—

¿No ha visto que, por lo *prieta*, más parece chancaca que azúcar?

—No se incomode su paternidad—contestó con chanza el enfermero—. Con lavar ahora mismo el pan de azúcar se remedia todo.

Y, sin dar tiempo a que el prior le arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

¡Ea!, no me hagan reír, que tengo partido un labio.

Crear o reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra.

Y aquí noto que, habiéndome propuesto sólo hablar de los ratones sujetos a la jurisdicción de Fray Martín, el santo se me estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grano, digo, a los ratones.

* * *

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista, pues hasta el año 1552 no fueron esos animalejos conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que, con cargamento de bacalao, envió a nuestros puertos un don Gutierre, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron a los ratones con el nombre de *hucuchas*, esto es, salidos del mar.

En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era casi una curiosidad, pues, relativamente, la familia ratonésca principiaba a multiplicar. Quizá desde entonces encariñóse por los roedores, y, viendo en ellos una obra del Señor, es de presumir que diría, estableciendo

comparación entre su persona y la de esos chiquitines seres, lo que dijo un poeta:

El mismo tiempo malgastó en mí Dios
que en hacer un ratón, o a lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba, en el convento, las funciones de enfermero, los ratones campaban como moros sin señor en celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno en el Cuzco, y en seiscientos pesos, a don Diego de Almagro, el Viejo.

Aburridos los frailes con la invasión de roedores, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfermería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertólo el lego y, colocándolo en la palma de la mano, le dijo:

—Váyase, hermanito, y diga a sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas; que se vayan a vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento la ratonil muchitanga abandonó claustros y se trasladó a la huerta. Por supuesto que Fray Martín los visitó todas las mañanas, llevando un cesto de desperdicios o provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.

Mantenia en su celda nuestro buen lego un perro y un gato, y había logrado que ambos animales viviesen

en fraternal concordia. Y tanto, que comían juntos en la misma escudilla o plato.

Mirábalos una tarde comer en sana paz, cuando, de pronto, el perro gruñó y encrespóse el gato. Era que un ratón, atraído por el olorcillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubriólo Fray Martín, y, volviéndose hacia perro y gato, les dijo:

—Cálmense, criaturas del Señor; cálmense.

Acercóse en seguida al agujero del mur y dijo:

—Salga sin cuidado, hermano pericote. Paréceme que tiene necesidad de comer; aporíncuese, que no le harán daño.

Y, dirigiéndose a los otros dos animales, añadió:

—Vaya, hijos, denle siempre un lugarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón, sin hacerse de rogar, aceptó el convite y desde ese día comió en amor y compañía con perro y gato.

Y.... y.... y... ¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS EN LA VIDA COLONIAL

POR

JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO

La Universidad de Lima—patrocinada por el evangelista del toro es la más antigua de América, pues fué fundada por cédula imperial de Carlos V, expedida el 12 de mayo de 1551, con los mismos privilegios y estatutos que la Universidad de Salamanca. Su local estuvo primero en los aledaños de una iglesia dominica, en San Marcelo, y

desde el Virrey Toledo, su protector y laicalizador, en la plaza del Santo Oficio de la Inquisición. En 1882 se instaló ahí el primer Congreso peruano, que se quedó ya en ese lugar. Las aulas funcionaban en el colegio de San Carlos, donde subsisten hasta hoy. En la Colonia, la Universidad fué sede de pedantismo y de dialéctica ergotista; en las vísperas de la revolución, conciliábulo de agitadores, clausurado por los Virreyes, y en los de la República, seminario de nacionalismo, reducto de libertades y fuente de ideas renovadoras.

La Universidad de Baquijano y Carrillo se atrevió a romper el servilismo colonial y a censurar el despotismo peninsular. La de Rodríguez de Mendoza divulgó secretamente las ideas de la enciclopedia y preparó el estallido revolucionario. La de Bartolomé Herrera intentó enseñar una norma de autoridad a la República y poner un dique a la anarquía; la de José Gálvez, implantar la libertad en los espíritus y favorecer la democracia; Prado y M. V. Villarín le trazan su orientación nacionalista, encarnada en seguida en la obra de hondo peruanismo de Riva Agüero, Francisco García Calderón, Belaúnde, Gálvez, Oliveira, Barreda, Oscar Miró Quesada, César A. Ugarte, Encinas, Castro Pozo, Sánchez, Leguía, Basadre, Romero. Manzanilla impulsa los estudios económicos, y Prado, Deustua e Iberico los filosóficos. La Facultad de Medicina, cuyo prestigio se inicia con la obra médico-social de Unánué y se ilumina de abnegación profesional con el sacrificio del estudiante Carrión, inoculándose la verruga, ha dado contribuciones originales y capacidades de la talla de las de Odríosola, Ulloa, Valdizán, Monje, Honorio Delgado, Gastañeta, Aljovín, Mackchenie, Paz Soldán, Weiss. La de Ciencias está prestigiada por las figuras de Barranca, Villarreal y García. En la de Derecho presiden la evolución jurídica del Perú, con sus obras y con su enseñanza, Francisco García Calderón, J. G. Paz Soldán, Cisneros, Barrenechea, Ribeyro, L. F. Villarín, Manuel Augusto Olaechea, M. V. Villarín, Angel Gustavo Cornejo, Alberto Ulloa y otros. La de Letras se ilustra con la enseñanza de Lorente, de Prado y de Wiesse; y con el aporte nuevo de Riva Agüero, Belaúnde, Gálvez, Tello, Iberico, Ureta, Leguía, Abastos, Sánchez, Valcárcel, García, Basadre, Jiménez Borja, Barbosa, la más brillante generación de maestros de San Marcos. La Facultad de Ciencias Económicas, recién fundada, cuenta ya con el aporte de los estudios de Ugarte, Romero, Arruz y Rodríguez Dulanto.

Sobre la evolución de San Marcos existen magníficas síntesis de Belaúnde, Oliveira, Lavalle, Varela, Del Aguila, Leguía y Rubio, que no tenemos al alcance. Del más puro saber son las páginas de Jorge Guillermo Leguía sobre el Colegio de San Carlos y el rumor estudiantil en los patios de Naranjos y Jazmines en los días del rectorado de Herrera, que hubiéramos querido reproducir en homenaje a la memoria del fraternal estudiante y profesor, último secretario genuino de la vieja Universidad reformada.

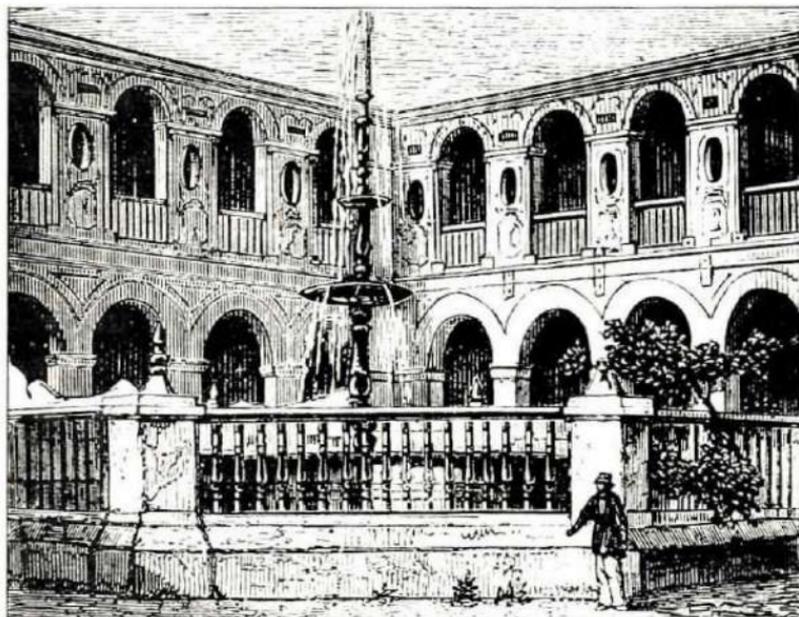
Los párrafos que siguen han sido desglosados de la clásica obra de Riva Agüero y pintan acertadamente el influjo de la Universidad sobre la ciudad colonial, de la que también podría decirse que en ella "el aire olía a latín".

El apogeo de la antigua Lima fué en el siglo XVII. Desde principios del XVIII la incorporación de las encomiendas en la Corona empobreció a la nobleza, y los permisos de comercio y el contrabando por Buenos Aires arruinaron el monopolio de los mercaderes. Pero bajo la dinastía de Austria, Lima, en medio de la general decadencia de la Monarquía española, creció opulenta y magnífica, enriquecida por las minas y los obrajes de la Sierra y por el retorno de las armadas de Tierra Firme, cuyos efectos se distribuían desde sola nuestra ciudad a casi toda Sudamérica. Con la riqueza vinieron, como suelen, el lujo, la cultura y el refinamiento de las costumbres—refinamiento colonial, infantil, vano y vacío, pero innegable. A pesar de su monotonía de enclaustrada—encerrada por tantas barreras naturales y políticas—, la vida limeña de los tiempos de los Reyes austríacos y de Felipe V no carece de elementos pintorescos. Con sus fastuosos Virreyes, su turba de pretendientes y palaciegos, sus frailes analistas, sus letrados, panegiristas y retóricos, Lima era como una nueva Bizancio—una Bizancio pálida y quieta, sin herejías ni revoluciones militares.

Al lado del mundo conventual, que ya hemos estudiado, brillaba el mundo oficial y gubernativo, el ceremonioso y lucido séquito del Virrey, de la Audiencia y de los diversos Tribunales; y puede decirse que como lazo de unión entre ambos, como esfera en que se unían la grave erudición del uno a la hinchada pompa del otro, figura el mundo universitario, el de los catedráticos y doctores de la real y pontificia Universidad de San Marcos, semieclesiástica y semicortesana.

Nació la Universidad al amparo del monasterio de Santo Domingo. Por más de veinte años funcionó en él, y tuvo como primeros rectores y maestros a sus

priores y frailes. Aun después de secularizada, los dominicos conservaron en ella numerosos privilegios. Todas las Ordenes religiosas poseían cátedras especiales. De los tres colegios reales anexos a la Universidad, el Mayor de San Felipe, el de San Martín y el de Santo



Claustro de Santo Domingo

Toribio, el segundo corría a cargo de los jesuitas y el tercero era y continúa siendo el Seminario diocesano, y se consideraban como colegios menores los particulares de las religiones, como el de Santo Tomás, de la dominicana; el de San Ildefonso, de la agustina; el de San Pedro Nolasco, de la mercedaria; el Máximo de San Pablo, de los jesuitas; el de San Buenaventura, de los franciscanos. Los regulares no podían ser elegidos rectores; pero, en cambio, era tanta la importancia de los clérigos, que se estableció la alternativa en el rec-

torado entre ellos y los legos, debiendo ser sacerdote el rector de un año y seglar el del siguiente, con el objeto de que el clero no monopolizara el cargo. La Facultad principal y mejor dotada de cátedras era, naturalmente, la de Teología. Venían después, iguales en el aprecio, la de Cánones y la de Leyes. Las menos atendidas fueron las de Medicina y Matemáticas.

Pero a la vez que institución eminentemente religiosa, baluarte de la Teología, palestra del Escolasticismo, foco de los estudios de Derecho canónico y Derecho romano en toda la América del Sur, la Universidad, por la frecuencia de sus certámenes poéticos, recibimientos y fiestas, venía a ser como la academia literaria oficial de la Corte de los Virreyes. No era, por cierto, Lima una ciudad predominantemente universitaria (como lo fué Córdoba en el Río de la Plata), un lejano y tranquilo refugio del saber y de la meditación; era una verdadera y brillante capital (en proporción a América, se entiende), el centro político y administrativo y el rico emporio de las posesiones meridionales de España. Estas condiciones tenían que influir en la Universidad e imprimirle decidido carácter mundano, cortesano, palatino. Por la acción del ambiente, por imitación, afición y conveniencia, se dedicó a halagar el gusto y lisonjear la vanidad de las autoridades y la aristocracia. En el personal universitario, desde los más estirados catedráticos y los más rumbosos doctores (pretendientes, casi siempre desahuciados, a una toga o a una mitra), hasta los famélicos *bachilleres de pupilos* y la muchedumbre de 1.500 estudiantes que poblaban los claustros en los más florecientes días, pocos eran los que no deseaban y necesitaban atraer con el alarde de sus talentos y conquistar con la novedad de sus elogios la atención y benevolencia del Virrey, de los oidores,

de los altos empleados y hasta de los particulares distinguidos. De allí esos famosos recibimientos a Virreyes y arzobispos, torneos de pervertido ingenio, de monstruosa literatura, de extraordinario acatamiento y de alabanzas inverosímiles, que serían degradantes e infames si no provinieran en gran parte, como en efecto provienen, de extravío del criterio y puerilidad de los sentimientos más que de abatimiento de la voluntad. De allí que la retórica imperara en todas las plumas con señorío tiránico; y de que la mala planta del culteranismo, sembrada en tan adecuado terreno, se desarrollara prodigiosamente, ocultara con su vegetación gigante los aspectos naturales de las cosas e invadiera las más severas disciplinas, las más austeras enseñanzas y los más elevados y devotos temas, del propio modo que en los altares de aquel tiempo las columnas y cornisas dislocadas, los adornos de espejería, las cornucopias y los racimos dorados parecen encubrir y disfrazar la santidad de las imágenes.

Contribuían eficazísimamente a propagar el estilo encrepado y campanudo y la extrema hinchazón literaria las aparatosas costumbres de los limeños de entonces. La capital vivía en continua fiesta, y sus habitantes, como es fama que le dijo cierto Virrey al Monarca, no hacían sino repicar campanas y tirar cohetes. Cualquier suceso daba motivo para ruidosas y ostentosas ceremonias seculares y de iglesia, besamanos, procesiones, desfiles, cabalgatas, comparsas, iluminaciones y corridas de toros. En las grandes ocasiones, como proclamación o exequias de los Reyes, celebración de victorias, nacimientos y casamientos de los príncipes, entradas públicas o defunciones de los Virreyes y de los arzobispos, canonizaciones de los santos y autos de fe, Lima entera tomaba parte en las solemnidades; y por las ca-

lles, repletas de gentío, bajo los balcones henchidos de mujeres deslumbradoras por los encajes, los diamantes y las perlas, pasaban en vistosa formación las compañías de milicias y sus alegres músicas, las lujosas guardias de a caballo y de alabarderos del Virrey, uniformadas de rojo y de azul; los timbaleros y clarineros de la ciudad, con ropones carmesíes guarnecidos de franjas plateadas; las comunidades religiosas, con sus hábitos de varios colores; los estudiantes de los tres colegios, con hopas y becas azules, verdes, rojas y pardas; el claustro universitario, con mucetas y borlas; el grave cortejo de los Tribunales y la Audiencia, en caballos enjaezados de gualdrapas negras; los alcaldes y regidores del Cabildo, vestidos de escarlata; el cuerpo de la nobleza, con sus lacayos de diversas libreas; los gentilhombres de lanza y las carrozas de gala. Los literatos más renombrados se disputaban luego el honor de perpetuar por escrito el recuerdo de estas magnificencias cortesanas; y los complicados arabescos de estilos, los recamos, pedrería y churriguerismos de la frase, las metáforas coruscantes y las artificiosas y sonoras cláusulas de las descripciones impresas debían superar el boato y esplendor de las mismas fiestas que recordaban.

Entre este cúmulo de ceremonias y funciones no eran las menores las de la Universidad de San Marcos. Siguiendo en todo los usos de las grandes Universidades de España, rodeaba de extraordinaria pompa los grados doctorales. El graduando, que ya había pasado los rigurosos exámenes de la licenciatura, adornaba la puerta de su casa con el escudo de sus armas propias bajo dosel, y salía la víspera del acto a recorrer la ciudad con música de atabales, trompetas y chirimías, precedido del estandante y las mazas de la Real Escuela, y de

lacayos y pajes de librea, y seguido del rector y todos los maestros y doctores, con sus ropas doctorales e insignias, y de mucho acompañamiento de gente a caballo. El día del grado la comitiva se dirigía desde la casa del doctorando a la catedral. En la capilla de la Virgen de la Antigua, adornada para el efecto de tapices, colgaduras, alfombras, fuentes de plata y escudos de armas, se erigía un tablado, sobre el cual tomaban asiento el rector y los doctores, y enfrente una cátedra muy bien decorada. A ella subía el padrino y proponía en latín una cuestión al graduando, y éste entonces, de pie en medio del concurso, la explicaba en el mismo idioma. Venía luego la parte bufa de tan seria función: el vejamen o discurso burlesco dicho por un estudiante. En seguida, el graduando pronunciaba de rodillas los juramentos de profesión de la fe católica, según el concilio de Trento, misterio de la Inmaculada Concepción y fidelidad y obediencia al Rey de España, a su representante el Virrey, al rector y a las constituciones y ordenanzas universitarias. Hecho lo cual, el canónigo maestrescuela, que era el canciller de la Universidad, le concedía el grado, y el padrino le daba un ósculo de paz, le ponía un anillo y le daba un libro, símbolos de la ciencia, y le ceñía una espada y le calzaba espuelas de oro, como en la profesión de las Ordenes militares de caballería. (Estas dos últimas insignias no se imponían a los teólogos.) El nuevo doctor abrazaba al rector y a todos los del claustro, y se sentaba a la derecha de aquél. Se repartían guantes a los asistentes. La procesión regresaba a casa del ya doctorado, que ofrecía un gran banquete, y después, en la misma tarde, volvía en orden a la plaza de Armas, para presenciar la lidia de toros, que era obligatorio costear como fin del regocijo.

Pero el acontecimiento más celebrado y suntuoso de la existencia universitaria era el recibimiento especial consagrado a los Virreyes algún tiempo después de la toma de posesión del mando y entrada pública en la ciudad. En aquel día honraba Su Excelencia a la Universidad con su persona y numeroso acompañamiento oficial, oía el rendido elogio académico de sus propias grandezas y virtudes y distribuía los premios del certamen poético que en loor suyo se celebraba; y los doctores arrojaban a sus pies en profusión incomparable las más peregrinas flores del gongorismo, los más alquitarados y sutiles conceptos, las más excesivas alabanzas y las más abultadas expresiones de respeto y admiración. Advierte muy bien cierto crítico que en este descomunal concierto laudatorio había de ordinario más afectación retórica que adulación interesada y más cortesanía que servilismo. La lealtad monárquica, la veneración al principio de autoridad, se satisfacían con los homenajes rendidos al representante del Rey; y los archicultos panegiristas y versificadores exageraban la nota y exornaban y recargaban el tema con la serena alegría de quien cumple un sagrado deber y el fervor de quien se entrega a un brillante ejercicio literario. Sin embargo, había de todo; y ese prolongado e intenso cultivo del arte de la sumisión y la lisonja, tenía a la postre que estragar el entendimiento y enervar la dignidad. ¿No es triste que un sabio como don Pedro de Peralta niegue el derecho de criticar y aconsejar a los gobernantes y aun el de resistir a la tiranía, y que, llegando así a un punto a que muy pocos de los absolutistas se atrevieron a llegar en España, escribiera estas palabras: "Aun el tirano se tiene para la veneración la justicia de la majestad... Es el príncipe una deidad visible, con quien no tiene otro

oficio la lengua sino el del himno o el del ruego”?

En esta Lima tan frívola y ceremoniosa, en esta Universidad tan cortesana y hueca, existían, no obstante, aplicación al estudio y vivo amor a la ciencia—ciencia palabrera y de relumbrón, erudición indigesta y ostentativa, pero ciencia y erudición, al fin y al cabo—. Venciendo los obstáculos que oponían el aislamiento y el atraso intelectual, y desinteresadamente, sin esperanza de premios, los criollos se empeñaban en vastas lecturas, escribían obras defectuosas, pero a veces de largo aliento, se ensayaban en los diferentes ramos de la literatura, y aun se aventuraban a tentativas históricas y científicas. El que las emprendió con mayor éxito, constancia y amplitud; la acabada personificación de todas las tendencias de aquella sociedad pomposa y estudiosa, palaciega, erudita y devota, fué el muy célebre doctor don Pedro de Peralta Barnuevo, principal gloria de la antigua Universidad.

EL PATRONATO DE SAN MARCOS

TRADICIÓN

POR

RICARDO PALMA

Gran *tole-tole* había en la buena sociedad limeña por el mes de septiembre del año 1574. Y la cosa valía la pena; como que se trataba nada menos que de elegir santo patrono para la real y pontificia Universidad de Lima, recientemente creada por cédula del Monarca y bula de Roma.

El nuevo rector, don Juan de Herrera, que era abogado y que había reemplazado a los médicos Meneses y Sánchez Renedo, que fueron los dos primeros rectores, se inclinaba con los demás leguleyos a San Bernardo. El partido de los galenos exhibía a San Cipriano, y los teólogos estaban decididos por Santo Tomás. El Virrey, para poner en paz a los tres bandos, propuso la candidatura de San Agustín.

Las limeñas, que en esos tiempos (y, por no perder la costumbre, hasta en los nuestros) se metían en todo, se propusieron hacer capítulo por los cuatro evangelistas; y húbolas partidarias de San Juan, San Lucas, San Marcos y San Mateo. Así cada doctor de la Universidad, si era hombre en disponibilidad para marido, se encontraba con que su novia le pedía el voto para el águila de Patmos, y sus hermanas para San Lucas. Y si era casado, la mujer aspiraba a conquistarlo para San Marcos y la suegra para San Mateo.

Ni los teólogos estaban libres de que la confesada o hija de espíritu se insinuase en favor del evangelista de sus simpatías.

¡Qué desgracia la mía! Si yo hubiera comido pan en ese siglo, y además sido doctor, créanme ustedes que sacaba el vientre de mal año. Vendía mi voto baratito. Me parece que un celemín de besos no habría sido mucho pedir.

Convocóse a claustro para el 6 de septiembre, y San Marcos sacó cinco votos, cuatro San Juan y San Lucas y tres San Mateo, que fué el candidato de las viejas. En cuanto a San Agustín, San Cipriano, Santo Tomás y San Bernardo, todos pasaron de la docena; como que eran sesenta y ocho los doctores del claustro.

No habiendo alcanzado mayoría ningún santo, que-

dó la votación para repetirse en la semana siguiente. A cubiletear se ha dicho.

Las limeñas calcularon entonces, y calcularon muy juiciosamente, que, anarquizadas como estaban, no había triunfo posible para evangelista alguno.

Dicen los hombres de política que esto del voto acumulativo para dar representación a las minorías es invento del siglo XIX. Mentira, y mentira gorda, digo yo. El voto acumulativo es cosa rancia en el Perú, por lo menos. Lo inventaron las limeñas ha tres siglos.

Ellas querían un evangelista, y resolvieron acumular en favor de San Marcos, que fué el que mejor parado salió en la votación primera.

En el segundo claustro, que se efectuó el 16 de septiembre, retiró el Virrey la candidatura de San Agustín, y diz que en ello cedió a influencias de faldellín de raso. Los adeptos del santo obispo de Hipona fueron a reforzar las filas de los tomistas, bernardistas y ciprianistas.

Divide et impera, se habían dicho mis paisanas. También el bando de los evangelistas se reforzó con dos o tres agustinianos.

La votación fué reñida, muy reñida; pero nadie sacó la mayoría precisa. Resolvióse convocar a claustro para el día 20, y que la suerte decidiera.

Llegado el día, echáronse en la ánfora cuatro papeletas con los nombres de Santo Tomás, San Bernardo, San Cipriano y San Marcos; y un niño de cinco años, de la familia del Virrey, fué llevado para hacer la extracción. Así no habría sospecha de trampa.

¡Victoria por las limeñas! La suerte, que es femenina, las favoreció.

En pleno claustro, el 22 de diciembre de 1574, fué solemnemente proclamado y jurado el evangelista del

toro matrero como patrón de la real y pontificia Universidad de Lima.

EL POETA DE LA RIBERA

POR

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

El prestigio de Ventura García Calderón como cronista, como conteur y como crítico literario es universal. No obstante de su inquietud viajera, de su don de afortunado intérprete de ciudades—Madrid, París, vistos tras el reflector ilusionado de Bajo el clamor de las sirenas y En la verbená de Madrid—, este cronista, que supera en elegancia a Gómez Carrillo, no se ha olvidado de su vieja ciudad melancólica, ni se ha despojado de su innato criollismo. En cuentos, en páginas de crítica literaria, le acomete, al paso, la nostalgia incurable. En su antología comentada, Del romanticismo al modernismo, hay admirables evocaciones de Lima, a propósito de los niños relamidos de las comedias de Pardo, de las mulatas de Segura o de las limeñas caprichosas de las Tradiciones. También las hay en su deliciosa síntesis de La Literatura Peruana, de la que desglosamos el trozo sobre Caviedes. Pero, acaso, si su página de más acendrado limeñismo y de mayor gracia artística, verdadero poema en prosa, es su Elegía, que sentimos no traer a esta antología, como muestra del más fino incienso quemado en lisonja de la vieja ciudad.

¡Prosa del Lunarejo y poesía de Caviedes! Es el más prestigioso momento, el siglo de oro. Juan del Valle y Caviedes (1653(?)-1692) inicia la vena satírica en el Perú. Otros se burlaron antes; nunca con esta gracia aleve. En las postrimerías del siglo XVIII representa y define la literatura vernal, que en otra parte he llamado criollismo, y cuyo árbol genealógico se extenderá en línea recta sin extinguirse por todo el siglo XIX de nuestras letras: Felipe Pardo, Manuel Ascencio Segura, Manuel Atanasio Fuentes, Ricardo Palma...

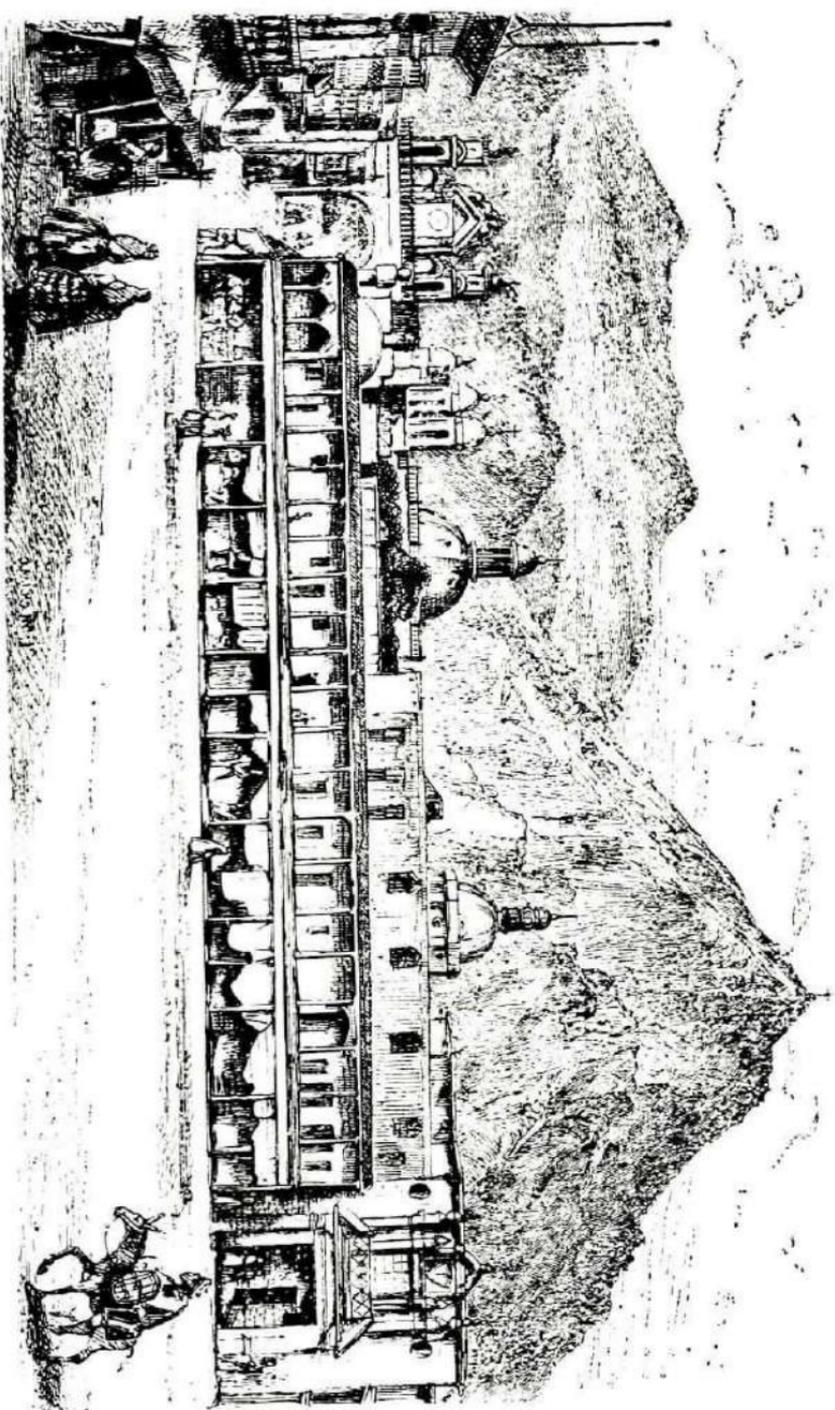
Es el primer realista, es el único que parece haber mirado bien la pintoresca vida del coloniaje. Hemos visto lo ficticia que era entonces la literatura de circunloquios. Faltaba siempre en ella la franca gracia, la negligente sinceridad que se abandona. Estorbaban la erudición y la tiranía de la poética, la penosa ambición de mostrar ingenio y sutileza, ausente siempre de esas páginas, porque la gracia no puede ser deliberada. Fresca, espontánea, surge, en cambio, la poesía de Caviedes. Poco sabemos de su vida. Era, según parece, hijo único de un comerciante español acaudalado. Este lo envía a España a los veinte años. ¿Qué libros lee allí? ¿A qué maestros sigue nuestro criollo? Tal vez ni libros ni maestros le hacen falta, pues sólo en 1761 va a ocurrírsele escribir. Dirá más tarde arrogantemente:

Cuando a hacer versos me eché
sin ser el único, solo
llegué a la casa de Apolo.

Muere su padre. Caviedes regresa a Lima en jóvenes años. A los veinticuatro de su edad es el limeño manirroto que se entrega a la alegre fiesta hasta enfermar. De su dolencia va a conservar acerba y graciosa inquina a los físicos de su tiempo. Con los restos del malgastado patrimonio pondrá uno de esos "cajones de ribera", adonde las limeñas de saya y manto acudían por la mañana, bajo la mirada gabilana de los hidalgos, a comprar alfileres y fruslerías, después de adquirir mixtura en la calle simbólica de Peligros. No se sabe si la historia es auténtica. Lo parece, y quisiéramos que fuera así. Un "cajón" es una excelente butaca para observar la comedia pintoresca de la ciudad. La plaza es entonces el mercado y la escuela matinal de travesu-

ra. En torno de la pila pintada de verde están dispuestas viandas y frutos, en anchas hojas de plátano. Allí se vende y se aprende galantería. Las limeñas que hoy van a tiendas iban a revolver, más que a adquirir, en los tenduchos los chapines sevillanos y los guantes de polvillo de Roma, y los dedales de marfil, y las agujas capoteras, y las servilletas damascadas, y los bofetanes, y los baroches, y las trancaderas de hilo blanco que dicen de balduque finas... ¿Cuál de estas cosas leves y femeninas vendía nuestro Caviedes? Sospechamos que, si vendía mal, ganaba el tiempo en bien mirar. De un espectador apasionado son sus consejos a una dama:

Anda tú, menudito, muy aprisa
con hipócrita pie martirizado,
pues siendo pecador anda ajustado:
usarás al andar muchas corbetas,
mencos y gabetas,
que es destreza en la dama que se estima
imitar a los recortes de la esgrima.
Fingirás la palabra de ceciosa,
sincopando las frases que repites
con unas palabritas de confites,
y aunque tengas la boca como espuerta,
frúncela por un lado un poco tuerta,
y harás un hociquito
de arcángel trompetero tan chiquito
que parezca una boca melisendra,
que no cabe por ella ni una almendra.
Procura conseguir una tercera
de las que en su florida primavera
fueron damas y ahora, jubiladas,
conocen mil pasadas.
Así los mercaderes superiores
se meten, en quebrando, a corredores,
ajustando los precios de otra hacienda,
ya que no venden nada de su tienda.



El Palacio de los Virreyes, remozado por el Virrey Velasco, y con sus estícos "cajones de Ribera" o tenduchos, en los que se alojó el ingenio de Caviedes.

Desfilan damas; maestros en santidad fingida, "que parecen en las cruces un calvario"; la beata provista siempre de medallas de azófar, que camina "resonando cencerros, por memoria de que es mula de recua de la gloria"; los "caballeros chanflones", parecidos en esponjada arrogancia y en miseria al melancólico hidalgo del Lazarillo; los médicos, en fin, que son el blanco preferido de su malicia. El físico es entonces un hombre solemne y latinizante, que no suelta a Hipócrates de la mano. Usa irremisiblemente, como en la sátira de Caviedes, anteojos; "con sus tirantes largos de cerda" va en mula paciente y doctoral; tiene pergeño de astrólogo, y lo es a ratos, porque la medicina es todavía una ciencia oculta. Se escribe gravemente tratados sobre el ojo; se reparan las fuerzas del enfermo con darle a oler viandas nutritivas, y el doctor Pedro Gago Vadillo, que estuvo largos años en el Perú, nos cuenta, en su *Luz de verdadera cirugía*, que para cicatrizar pronto la herida, algunos cirujanos la curaban con vino o aplicaban paños secos en forma de cruz. ¡Cómo no había de reír nuestro burlón de las "tumbas con golilla", los "fracasos con barba", los "asesinos graduados", como él llamaba a los galenos! No les perdona sus malos ratos cuando estuvo próximo a morir. Uno por uno, los analiza y los zahiere. La hipérbole constante parece aprendida en Quevedo, a quien recuerda siempre. Aquellos ojos de que nos habla el español, "tan hundidos y oscuros que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes"; aquellas "barbas descoloridas de miedo de la boca vecina", nos hacen recordar al "cierzo de la medicina y carámbano con golilla", ante quien tiritaban los tabardillos, según Caviedes. Curioso influjo, que no le resta originalidad a nuestro autor. Sus temas, su inspiración son nacionales. Cotejando sus bur-

las con los relatos de los viajeros, estamos seguros de la veracidad del costumbrista. Por primera vez un peruano trata de retratar la vida ambiente, y, olvidando la poética *elevada*, desciende al profano vulgo y tira por los aires el postizo coturno de nuestros líricos. ¡Qué sana y fresca alegría circula en *El diente del Parnaso*, la obra más homogénea de Caviedes! Alguna vez se desacata esta poesía, como en Quevedo; mas casi siempre el ingenio es de fina calidad, como cuando dice a la hermosa Arnarda, que estaba en el Hospital de la Caridad curando discretos males:

En la Caridad se halla
por su mucha caridad,
que a ningún amor mendigo
negó limosna jamás.

A un "hombre viejo y rico, que casó con moza arrogante y pobre", le pregunta, interpretando los signos del Zodíaco:

¿Qué amor caduco te ciega,
siguiendo signos errados,
pues pensando dar en Virgo
has venido a dar en Tauro?

Mas no se crea que, por reír, no conozca más alta y solemne inspiración nuestro Caviedes. Su *Diente del Parnaso* es sólo sátira. Sus poesías diversas contienen endechas y romances de una adorable tristeza que sonríe:

En mis penas inmortales
sin esperanza padezco,
por ser un achaque amor
que se cura con el mismo.

Cuando sanar solicito,
 procuro estar más enfermo;
 porque los remedios matan
 y me mato por Remedios.

.....
 Muriendo estoy por morir,
 si contraria me persigue
 una voluntad alegre
 con una memoria triste.

Las "lamentaciones sobre la vida en pecado" acentúan la voz de Segismundo y su nostalgia de otra vida:

¡Ay, mísero de mí; ay, desdichado!,
 que, sujeto al pecado,
 vivido he tanto tiempo orgullecido.
 Si es vivir el pecado en que he vivido,
 ¿cómo puedo vivir en tal tormento
 sin dar velas al mar del sentimiento?

Nace el ave ligera
 de rizado plumaje, y a la esfera
 irguiéndose veloz y enriquecida,
 a Dios está rendida,
 y yo, con libertad, en tanta calma,
 nunca, Señor, os he ofrecido el alma.

.....
 Nace el arroyo de cristal de plata,
 y apenas entre flores se desata,
 cuando en sonoro estilo guijas mueve
 y a Dios alaba con su voz de nieve.
 Sólo yo, con terrible desvario,
 nunca os postré, Señor, el albedrío.

Melancolías de madurez, la más patética poesía de estos tiempos. Desamparado por la muerte de su esposa, a quien canta en *Poesías diversas*, comienza a beber, hasta su temprana muerte, como cualquier vate romántico. No se disipó nunca en Lima la nombradía del Poe-

ta de la Ribera, como se le llamaba entonces. En 1700, los concurrentes a la tertulia del Virrey Castel dos-Rius lo plagiaban descaradamente. Por donde la vena del ingenio popular, tantas veces disparado a Palacio para ofender a un Virrey, entra allí, en fin, mezclándose su acento casquivano, familiar y jovial, a ese penoso juego malabar de poetas galeotes que presidía Peralta. Y en cuadernos manuscritos, o transmitido oralmente, su ingenio continuaba enseñando la picaresca alegría y el realismo desenfadado, que fueron y son virtud limeña.

LA PROCESION DE ANIMAS DE SAN AGUSTIN

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA.

No hay limeño que en su infancia no haya oído hablar de la procesión de Animas de San Agustín. Recuerdo que antes que tuviésemos alumbrado de gas no había hija de Eva que se aventurase a pasar, dada la media noche, por esa plazuela, sin persignarse previamente, temerosa de un encuentro con las ciudadanas del Purgatorio.

Ni Calancha ni su continuador el Padre Torres hablan en la *Crónica Agustina* de esta procesión, y eso que refieren cosas todavía más estupendas. Sin embargo, en el Suelo de Arequipa, convertido en cielo, se re-

lata del alcalde ordinario don Juan de Cárdenas algo muy parecido a lo que voy a contar.

A falta de fuente más auténtica, ahí va la tradición, tal como me la contó una vieja muy entendida en historias de duendes y almas en pena.

I

Alcalde del Crimen por los años de 1697 era don Alfonso Arias de Segura, hijo de los reinos de España y hombre que se había conquistado en el ejercicio de su cargo la reputación de severo hasta rayar en la crueldad. Reo que caía bajo su férula no libraba sino con sentencia de horca, que, como ven ustedes, no era mal librar. Con él no había circunstancias atenuantes, ni influencias de faldas o bragas. Y en esta su intransigencia y en el terror que llegó a inspirar fincaba el señor alcalde su vanidad.

Habitaba su señoría en la casa fronteriza a la iglesia de San Agustín, y hallábase una noche, a hora de las nueve, leyendo un proceso, cuando oyó voces que clamaban socorro. Cogió don Alfonso sombrero, capa y espada, y, seguido de dos alguaciles, echóse a la calle, donde encontró agonizante a un joven de aristocrática familia, muy conocido por lo pendenciero de su genio y por el escándalo de sus aventuras galantes.

Junto al moribundo estaba un pobre diablo, que vestía hábito de lego agustino, con un puñal ensangrentado en la mano.

Era éste un indiecillo de raquílica figura, capaz por lo feo de dar susto a una noche oscura, al que toda Lima conocía por *el Hermano Cominito*. Era el lego generalmente querido por lo servicial y afectuoso de

su carácter, así como por su reputación de hombre moral y devoto. El repartía al pueblo los panecillos de San Nicolás, y por esta causa gozaba de más popularidad que el Gobierno.

Incapaz, por la mansedumbre de su espíritu, de matar una rata, regresaba al convento después de cumplir una comisión del Padre provincial, cuando acudió en auxilio del herido, y, creyendo salvarlo, le quitó el puñal del pecho, acto caritativo con el que apresuró su triste fin.

Viéndolo así armado nuestro alcalde, le dijo:

—¡Ah, pícaro, asesino! ¡Date a la Justicia!

La intimación asustó de tal modo al *Hermano Cominito*, que, poniendo pies en polvorosa, se entró en la portería del convento. Siguióle el alcalde, echando ternos, y dióle alcance en el corredor del primer claustro.

Alborotáronse los frailes, que, encariñados con *Cominito*, sacaron a relucir un arsenal de argumentos y latines en defensa de su lego y de la inmunidad del asilo claustral; pero Arias de Segura no entendía de algórgoras, y *Cominito* fué a dormir en la cárcel de Corte, escoltado por una jauría de alguaciles, gente de buenos puños y de malas entrañas.

Al día siguiente principió a formarse causa. Las apariencias condenaban al preso. Se le había encontrado puñal en mano junto al difunto, y emprendió la fuga, como hacen los delincuentes, al presentársele la Justicia. *Cominito* negó, poniendo por testigos a Dios y a sus santos, toda participación en el crimen; pero en aquellos tiempos la Justicia disponía de un recurso con cuya aplicación resultaba criminal de cuenta cualquier papamoscas. Después de un cuarto de rueda, que le hizo crujir los huesos, se declaró *Cominito* convicto y confeso de un delito que, como sabemos, no soñó en

cometer. La tortura es argumento al que pocos tienen coraje para resistir.

Queda, pues, sobrentendido que el terrible alcalde, a quien bastaba con una sombra de delito para dar ocupación al verdugo, sentenció a *Cominito* a ser ahorcado por el pescuezo.

Llegó la mañana en que la vindicta pública debía ser satisfecha. Al pueblo se le hizo muy cuesta arriba creer en la criminalidad del lego, y se formaron corrillos en el Portal de Botoneros para arbitrar la manera de libertarlo. Los agustinos, por su parte, no se descuidaban, y, a la vez que azuzaban al pueblo, conseguían conquistar al verdugo, no sé si con indulgencias o con relucientes monedas.

Ello es que al pie de la horca, y entregado ya al ejecutor, éste, en un momento propicio, le dijo al oído:

—Ahora es tiempo, hermano. Corre, corre, que no hay galgos que te pillen.

Cominito, que estaba inteligenciado de que el pueblo le protegería en su fuga, emprendió la carrera en dirección a las gradas de la catedral para alcanzar la puerta del Perdón. El pueblo le abría paso y lo animaba con sus gritos.

Pero el infeliz había nacido predestinado para morir en la ene de palo. El alcalde Arias de Segura desembocaba a caballo por la esquina de la Pescadería, al tiempo que el fugitivo llevaba vencida la mitad del camino. Don Alfonso aplicó las espuelas al animal, y atropellando al pueblo lanzóse sobre *Cominito* y le echó la zarpa encima.

El verdugo murmuró:

—Por mí no ha quedado. Ese alcalde es un demonio.

Y cumplió su ministerio, y *Cominito* pasó a la tierra de los calvos.

Y qué verdad tan grande la que dijo el poeta que zurció estos versos:

La vida es comparable a una ensalada,
en que todo se encuentra sin medida:
que unas veces resulta desabrida
y otras, hasta el fastidio avinagrada.

II

La víspera de estos sucesos, un criado del conde de ... se presentó en casa del alcalde Arias de Segura y puso en sus manos una carta de su amo. Don Alfonso, a quien asediaban los empeños en favor de *Cominãto*, la guardó, sin abrirla, en un cajón del escritorio, murmurando:

—Esos agustinos no dejan eje por mover para que prevarique y se tuerza la justicia. ¡Mucha gente es la frailería!

Despachado ya el lego para el viaje eterno, entró en su casa el alcalde, después de las diez de la noche, y, acordándose de la carta, desplegó la oblea. El firmante escribía desde su hacienda, a quince leguas de Lima:

“Señor licenciado: Cargo de conciencia se me hace no estorbar que tan sesuda y noble persona como vuesa merced se extravíe por celo y amor a la justicia. El devoto agustino que en carcelería mantiene está inocente de culpa. Agravios en mi honra me autorizaron para hacer matar a un miserable. Otra conducta hubiera sido dar publicidad al deshonor y no lavar la mancha. Vuesa merced tome acuerdo en su hidalguía y sobresea en la causa, dejando en paz al muerto y a los vivos. Nuestro Señor conserve y aumente en su santo servicio la

magnífica persona de vuesa merced. A lo que vuesa merced mandare.—*El conde de ...*”

Conforme avanzaba en la lectura de esta carta, el remordimiento se iba apoderando del espíritu de don Alfonso. Había condenado a un inocente, y, por no haber leído en el momento preciso la fatal carta, tenía un crimen en su conciencia. Su orgullo de juez lo había cegado.

La cabeza del alcalde era un volcán. Se ahogaba en la tibia atmósfera del dormitorio, y necesitaba aire que refrescase su cerebro. Abrió una celosía del balcón y recostóse en él de codos, con la frente entre las manos.

Sonó la media noche, y don Alfonso dirigió una mirada hacia la iglesia fronteriza. Lo que vio heló la sangre en sus venas y quedóse como figura de paramento. El templo estaba abierto y de él salía una larga procesión de frailes con cirios encendidos. Don Alfonso quiso huir, pero una fuerza misteriosa lo mantuvo como clavado en el sitio.

Entretanto, la procesión adelantaba por la plazuela, salmodiando el fúnebre *Miserere*, y se detenía bajo el balcón.

Entonces Arias de Segura pudo, al resplandor fatídico de las luces, contemplar, en vez de rostros, descarnadas calaveras, y que los cirios eran canillas de difuntos. Y de pronto cesaron las voces, y uno de aquellos extraños seres, dirigiéndose al alcalde, le dijo:

—¡Ay de ti, mal juez! Por tu soberbia has sido injusto, y por tu soberbia has sido feroz con nuestro hermano que gime en el Purgatorio, porque tú le hiciste dudar de la justicia de Dios. ¡Ay de ti, mal juez!

Y tres campanadas de la gran campana de la torre resonaron siniestramente, poniendo término a la procesión de ánimas. La campana era generalmente llamada

en Lima *la Mónica*, nombre de la madre de San Agustín.

Y continuó su camino la procesión alrededor de la plaza, hasta perderse en las naves del templo.

III

¿Sería esto una alucinación del cerebro de don Alfonso? Lo juicioso es dejar sin respuesta la pregunta y que cada cual crea lo que su espíritu le dicte.

Por la mañana, un criado encontró a don Alfonso privado de sentido, en el frío piso del balcón. Al volver en sí refirió a los deudos y amigos que lo cuidaban la escena de la procesión, y el relato se hizo público en la ciudad.

Pocos días más tarde, don Alfonso Arias de Segura hizo dimisión de la vara y tomó el hábito de novicio de la Compañía de Jesús, donde es fama que murió devotamente.

Hubo más. Dos viejas declararon, con juramento, que desde la calle de San Sebastián habían visto las luces de los cirios, y ante tan autorizado testimonio no quedó en Lima prójimo que no creyera a puño cerrado en la procesión de las ánimas de San Agustín.

Y a propósito de procesión de ánimas, es tradicional entre los vecinos del barrio de San Francisco que los lunes salía también una de la capilla de la Soledad, y que, habiéndose asomado a verla cierta vieja grandísima pecadora, sucedióla que al pasar por su puerta cada fraile encapuchado apagaba el cirio que en la mano traía, diciéndola:

—Hermana, guárdeme esta velita hasta mañana

La curiosa se encontró así depositaria de casi un centenar de cirios, proponiéndose en sus adentros vender-

los al día siguiente, sacar subido producto, pues artículo caro era la cera, y mudar de casa antes que los aparecidos vinieran a fastidiarla con reclamaciones. Mas al levantarse por la mañana encontróse con que cada cirio se había convertido en una canilla y que la vivienda era un camposanto u osario. Arrepentida la vieja de sus culpas, consultóse con un sacerdote que gozaba fama de santidad, y éste la aconsejó que escondiese bajo el manto un niño recién nacido y que lo pellizcase hasta obligarlo a llorar, cuando llegara la procesión. Hízolo así la ya penitente vieja, y gracias al ardid no se la llevaron las ánimas berditas, por no cargar también con el mamón, volviendo las canillas a convertirse en cirios, que iba devolviendo a sus dueños.

Francamente, no puede ser más prosaico este siglo XIX en que vivimos. Ya no asoma el diablo por el cerrito de las Ramas, ya los duendes no tiran piedras ni toman casas por asalto, ya no hay milagros ni apariciones de santos, y ni las ánimas del Purgatorio se acuerdan de favorecernos siquiera con una procesioncita vergonzante. Lo dicho: con tanta prosa y con el descreimiento que nos han traído los masones, está Lima como para correr de ella.



Fachada de la iglesia de san Agustín.

MOTIN DE LIMEÑAS

TRADICIÓN

POR

DON RICARDO PALMA

Aquel día, que era el 10 de febrero de 1601, Lima estaba en ebullición. El siglo XVII, que apenas contaba cuarenta días de nacido, empezaba con berridos y retortijones de barriga. Tanta era la alarma y agitación en la capital del Virreinato, que no parecía sino que se iba a armar la gorda y a proclamar la Independencia, rompiendo el yugo de Castilla.

En las gradas de la por entonces catedral en fábrica, y en el espacio en que más tarde se edificaron los portales, veíase un gentío compacto y que se arremolinaba, de rato en rato, como las olas de mar embravecido.

En el patio de palacio hallábanse la compañía de lanzas, escolta de su excelencia el Virrey marqués de Salinas, con los caballos enjaezados; un tercio de Infantería con mosquetes, y cuatro morteros servidos por soldados de Artillería, con mecha azufrada o candelilla en mano. Decididamente, el Gobierno no las tenía todas consigo.

Algunos frailes y cabildantes abríanse paso por entre los grupos, dirigiendo palabras tranquilizadoras a la muchedumbre, en la que las mujeres eran las que mayor clamoreo levantaban. Y, ¡cosa rara!, azuzando

a las hembras de medio pelo veíanse varias damas de basquiña, con soplillo (abanico) de filigrana, chapín con virillas de perlas y falda de gorgorán verde marino con ahuecados o faldeín de campana.

—¡Juicio, juicio, y no vayan a precipitarse en la boca del lobo!—gritaba Fray Antonio Pesquera, fraile que, por lo rechoncho, parecía un proyecto de apoplejía, comendador de la Merced; que en Lima, desde los tiempos de Pizarro, casi siempre anduvieron los mercenarios en esos trotes.

—Tengan un poquito de flema—decía en otro grupo don Damián Salazar, regidor de alcabalas—, que no todo ha de ser cata la gallina cruda: cáatala cocida y menuda.

—No hay que afarolarse—peroraba más allá otro cabildante—, que todo se arreglará a pedir de boca, según acabo de oírsele decir al Virrey. Esperemos, esperemos.

Oyendo lo cual, una mozuela con peineta de cornalina y aromas y jazmines en los cabellos, murmuró:

Muchos con la esperanza
viven alegres:
muchos son los borricos
que comen verde.

—La Real Audiencia—continuaba el comendador—se está ahora mismo ocupando del asunto, y tengo para mí que, cuando la resolución demora, salvos somos.

—*Benedicamus Domine et benedictus sit Regem*—añadió, en latín macarrónico, el lego que acompañaba al Padre Pesquera.

Las palabras del lego, por lo mismo que nadie las entendía, pesaron en la muchedumbre más que los dis-

cursos del comendador y cabildantes. Los ánimos principiaron, pues, a aquietarse.

* * *

Ya es tiempo de que pongamos al lector al corriente de lo que motivaba el popular tumulto.

Era el caso que la víspera había echado anclas en el Callao una escuadra procedente de La Coruña y traído el Cajón de España, como si dijéramos hoy las valijas de la Mala Real.

No porque la imprenta estuviera aún, relativamente con su desarrollo actual, en pañales, dejaban de llegar-nos gacetas. A la sazón publicábase en Madrid un semanario titulado *El Aviso*, y que durante los reinados del tercero y cuarto Felipes fué periódico con pespuntos de oficial, pero en el fondo una completa crónica callejera de la coronada villa del oso y del madroño.

Los avisos recibidos aquel día traían, entre diversas Reales cédulas, una pragmática promulgada por bando en todas las principales ciudades de España, en junio de 1600, pragmática que había bastado para alborotar aquí el gallinero. “Antes morir que obedecerla”—dijeron a una las buenas mozas de mi tierra, recordando que ya se las habían tenido tiasas con Santo Toribio y su Concilio, cuando ambos intentaron legislar contra la saya y el manto.

Decía así la alarmadora pragmática:

“Manda el Rey nuestro señor que ninguna mujer, de cualquier estado y calidad que fuere, pueda traer ni traiga guardainfante, por ser traje costoso y superfluo, feo y desproporcionado, lascivo y ocasionado a pecar, así a las que los llevan como a los hombres por causa de ellas, excepto las mujeres que públicamente son malas

de su persona y ganan por ello. Y también se prohíbe que ninguna mujer pueda traer jubones que llaman escotados, salvo las que de público ganen con su cuerpo. Y la que lo contrario hiciere incurrirá en perdimiento del guardainfante y jubón y veinte mil maravedís de multa."

Precisamente no había entonces limeña que no usara faldellín con aro, lo que era una especie de guardainfante más exagerado que el de las españolas, y en materia de escotes, por mucho que los frailes sermonearan contra ellos, mis paisanitas, erre que erre.

Todavía prosigue la Real pragmática:

"Y asimismo se prohíbe que ninguna mujer que anduviere en zapatos pueda usar ni traer verdugados, virillas claveteadas de piedras finas, como esmeraldas y diamantes, ni otra invención, ni cosa que haga ruido en las basquiñas, y que solamente pueda traer los dichos verdugados con chapines que no bajen de cinco dedos. Item, a las justicias negligentes en celar el cumplimiento de esta pragmática se les impone, entre otras, la pena de privación de oficio."

Y al demonche de las limeñas, que tenían (y tienen) su diablo en calzar remononamente, por aquello de que *por la patita bonita se calienta la marmita* (refrán de mi abuela), ¡venirles el Rey con pragmáticas contra el zapatito de raso y la botina!... ¡Vaya un rey de baraja sucia!

¡A ver si hay hogaño padre o marido que se atreva a legislar en su casa contra el taquito a lo Luis XV! Desafío al más guapo.

Con una rica media
y un buen zapato
siempre harán las limeñas
pecar a un beato.

Afortunadamente, la Real Audiencia, después de discutirlo y alambicarlo mucho, acordó dejar la pragmática en la categoría de *hostia sin consagrar*. Es decir, que no se promulgó por bando en Lima, y que Felipe II encontró aceptables las observaciones que respetuosamente formularon los oidores, celosos de la tranquilidad de los hogares, quietud de la república y contentamiento de los vasallos y vasallas.

El día, que había empezado amenazando tempestad, terminó plazeramente y con general repique de campanas.

Por la noche hubo saraos aristocráticos, se quemaron voladores y se encendieron barriles de alquitrán, que eran las luminarias o iluminaciones de aquel atrasado siglo, en que habría sido despapucho de febricitante soñar con la luz eléctrica.

ELOGIO DE DON RICARDO PALMA

POR

JOSÉ GÁLVEZ

De José Gálvez debieran traerse a esta Antología versos y crónicas del más auténtico limeñismo: algunas de sus "Estampas limeñas" o de sus sápidas evocaciones de "Una Lima que se va", trasunto nostálgico de una Lima fin de siglo, con faites, nacimientos, pulperías, cometas, mataperros y coroneles caceristas. Nadie ha pintado como él la Lima de 1895 y del ¡Viva Piérola!. Páginas suyas han pasado de la literatura al folklore y viven en el recuerdo popular. A falta de aquéllas van estos versos en homenaje a Palma, que le legara su pluma antes de morir.

Sobre la gracia leve de la ciudad dormida
puso mi ensueño el sueño de volverte a escuchar.
y el ansia de mi espíritu te devolvió a la vida
por una magia bruja, bajo la paz lunar...

Y trasnoché contigo, que ibas erguido y fuerte,
la capa suelta al viento, lírica la actitud,
ya seguro en la Gloria que te robó a la Muerte,
en un alarde pleno de eterna juventud.

No eras el viejecito mimado y fatigado
que en el sillón tallado poníase a soñar;
eras el mozo altivo, desafiador y osado
en la fresca pujanza de luchar y crear.

La mirada encendida, rebelde la melena,
conquistador el gesto, resuelto el ademán,
presto a la serenata o a la marimorena,
en una mezcla airosa de trovero y de truhán.

En la clara vendimia de tus años jugosos,
en la embriaguez sagrada de tu fecundo ardor,
como contraste hiriente de estos tiempos borrosos,
viniste a mí, Maestro del estro creador.

Todo el encanto vivo del ayer florecía
y seguía tus pasos en procesión caudal,
mientras iba la gracia de tu imaginería
haciendo un mundo nuevo ideal y real.

Maravillosamente, bajo tu audaz conjuro,
borróse la miseria del presente dolor,
y surgió de tus frases, en un ambiente puro,
tu ciudad de balcones y jazmines en flor...

A esconderse fugaron estas horas prosaicas,
te hizo guiños la reja y te atisbó el zaguán,
y salieron a verte, auténticas y arcaicas,
todas las nobles cosas de Lima que se van...

¡Esfumado el presente, sólo quedó tu gesta
como blasón de orgullo que siempre ha de vivir,
y, más allá de toda mezquindad, se alzó en fiesta
tu ciudad, con el alma que le diste a lucir!

Toda la maravilla
que el Escritor forjara.

perfuma a nuestro paso, y canta y brilla
bajo el encanto de la noche clara.

Mientras en gracia de sus glorias iba
el Maestro mostrándome la senda,
apareció el conjuro, rediviva,
toda la historia y toda la leyenda:

Incas dorados, ñustas engreídas,
mitos solares, tribus sometidas,
ciclópeas fortalezas
y músicas sangrando sus tristezas;
el Sol hecho metales en las piedras andinas
y entre los corazones la religión del Sol,
y de pronto, a distancia, unas velas latinas
y frente al Sol Incano el gran Sol Español.

Conquistadores fieros y dulces misioneros,
Pizarro, que su espada le rinde al trovador;
criollas que arrebatan su luz a los luceros
y Virreyes que se hacen gobernar del Amor.

Salen a recibirlo Virreyes y Tapadas,
los ñorbos, por mirarlo, desbordan el tapial,
y el viento trae un chisme romántico de espadas,
envuelto en un aroma de huertas encantadas,
de templos, y en fragancias de místico rosal.

Dicen los pregoneros las pragmáticas reales,
se alza de las limeñas el sonoro motín,
y mientras el Maestro borda sus madrigales
ruegan al cielo perla los bronces conventuales
y las guitarras lloran en un claro jardín.

Pasan altivas damas que sostienen sus fueros,
asoma la aventura de un Virrey trovador
y entre las turbulencias de los Encomenderos
brota en un rosal santo la primigenia flor.

Hace una venia clásica la Virreina ingeniosa
que gobernó estas tierras doradas del Perú,

y eleva su plegaria, férvida y armoniosa,
por ti, Ricardo Palma, aquella Santa Rosa
que ha perfumado todo lo que creaste tú.

¡Con tu presencia todo se anima, los rincones
de la ciudad nos dicen su historia y su blasón,
y entre las celosías de los moros balcones,
los ojos, como estrellas, atraen ilusiones,
y hacen temblar el corazón.

El ayer se hace cálido, viviente, deslumbrante,
el milagro se cumple en un nuevo nacer.
¡Incanato! ¡Conquista! ¡Epopeya gigante
de libertad! ¡Se acerca todo lo que es distante,
y es con nosotros el ayer!

Toda la maravilla
que el Escritor forjara
perfuma a nuestro paso, y canta y brilla
bajo el encanto de la noche clara...

Y fueron al conjuro las Tapadas
con su pícaro y púdico embeleso,
y haciendo orquesta al susurrar de un beso
tintineo de espuelas y de espadas.

La lunada alameda,
la fuga del romántico encapado,
y en el balcón el escalón de seda
colgado como un lírico pecado.

Las nuevas de los últimos galeones
el chismorrear de miles de campanas
y al ondular de lentas procesiones,
tapices y festones
pendientes de balcones y ventanas,
humos de incienso, sones de cohetones,
versos cifrados, místicos aromas
y revolar de flores y palomas...

Plumas, caireles, brillos,
casacas y tontillos,

áureas carrozas, leves balancines,
togas de odores, becas de estudiantes,
corazas deslumbrantes,
son de verbenas y de serenata.

El Gran Inquisidor, los cabildantes,
la testa rubicunda de un pirata,
el paso de Virreyes resonantes
pisando en la ciudad, pisos de plata,
y cual tajos que rompen una Edad,
nuestros libertadores fulgurantes
que hicieron la Patria y la Libertad!

Y la gloriosa cauda se hacía interminable
en la noche de siglos que esa magia forjó,
mientras iba diciendo con la conseja amable
su sésamo inefable
el mágico Maestro que a vida la llamó.

Fué cayendo la luna, se hizo más perla el cielo,
y a la luz de una aurora que empezaba a clarear
se fué volviendo ingrávido, como aprestado al vuelo,
el mago prodigioso que me atreví a llamar.

Volví a ver sus cabellos blancos como la espuma,
tenía el aire triste de quien mucho soñó,
y lenta y gravemente la disolvió en la bruma
mañanera, y al cielo de su ciudad voló...

Y allí está con su Gloria que cubre a la Ciudad
y a la Patria, acogiéndolas en su inmortalidad.

